ALMANAQUE

SUD-AMERICANO



SUD-AMERICANO

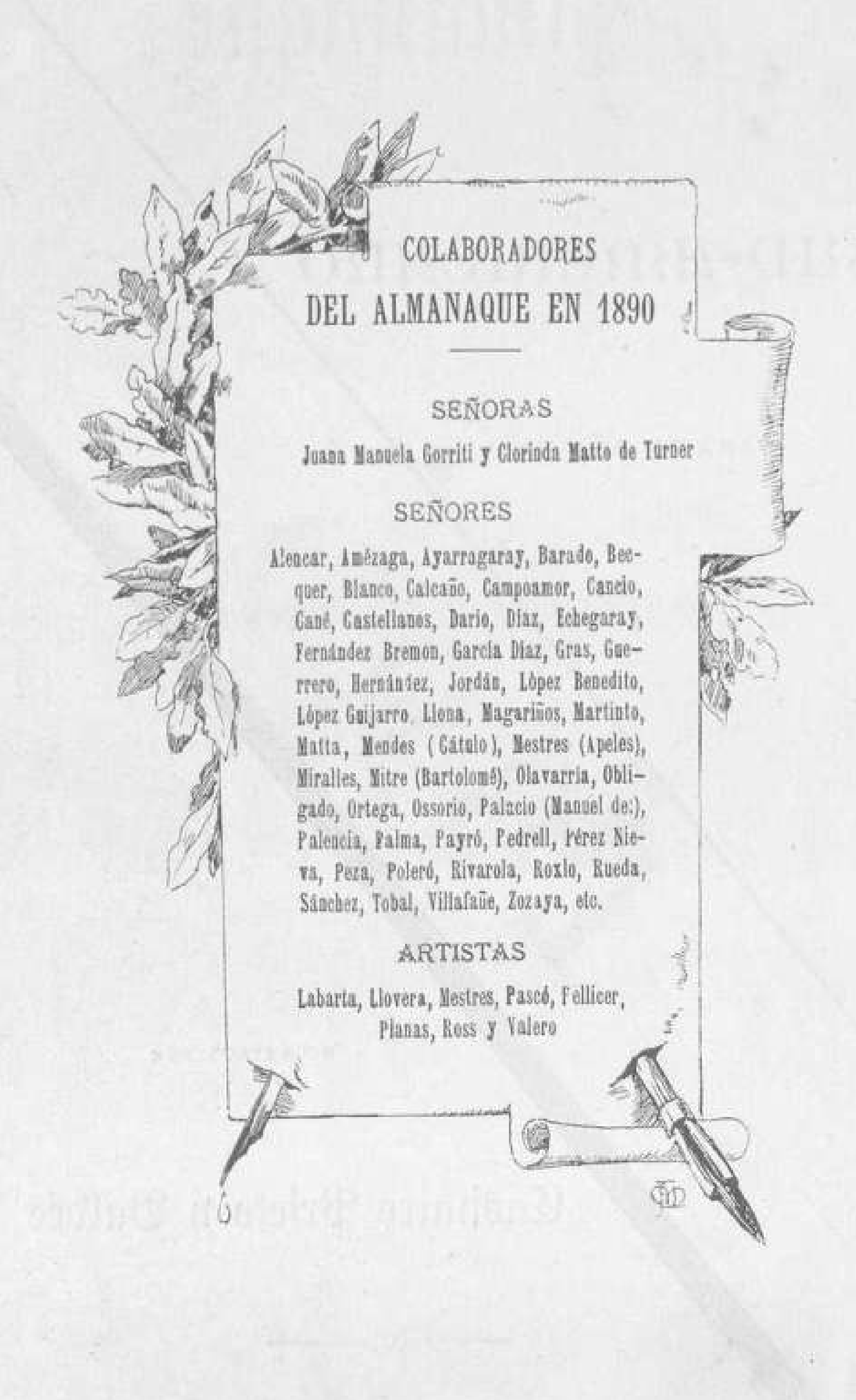
PARA EL AÑO

1890

REDACTADO POR

Casimiro Prieto y Baldés

BUENOS AIRES.—LIBRERÍA DE «EL SIGLO ILUSTRADO»
CERRITO, 170 Y 174, N/N



COLABORADORES DEL ALMANAQUE EN 1890

SEÑORAS

Juana Manuela Gorriti y Clorinda Matto de Turner

SEÑORES

Alencar, Amézaga, Ayarragaray, Barado, Becquer, Blanco, Calcaño, Campoamor, Cancio, Cané, Castellanos, Dario, Diaz, Echegaray, Fernández Bremon, García Diaz, Gras, Guerrero, Hernández, Jordán, López Benedito, López Guijarro, Llona, Magariños, Martinto, Matta, Mendes (Cátulo), Mestres (Apeles), Miralles, Mitre (Bartolomé), Olavarria, Obligado, Ortega, Ossorio, Palacio (Manuel de:), Palencia, Palma, Payró, Pedrell, Pérez Nieva, Peza, Poleró, Rivarola, Roxlo, Rueda, Sánchez, Tobal, Villafañe, Zozaya, etc.

ARTISTAS

Labarta, Llovera, Mestres, Pascó, Pellicer, Planas, Ross y Valero


1890
Pascó
89





ENERO

31 días

ACUARIO

1 M. LA CIRCUNCISIÓN DE N. S. J.
2 J. S. Isidoro, obispo y mártir.
3 V. S. Florencio y sta. Genoveva, virgen.
4 S. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
5 D. Stos. Telesforo, papa y márt. y Eduardo, rey.
6 L. LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.
7 M. S. Julián, mártir.—ABRENSE LAS VELACIONES.

luna llena á la 1 y 25 m. de la mañana.

8 M. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mártires.
9 J. S. Fortunato, mártir y sta. Basilisa, mártir.
10 V. Stos. Nicanor, mártir y Guillermo, arzobispo.
11 S. Stos. Higinio, papa y Salvio, mártires.
12 D. S. Benedicto, obispo.
13 L. Stos. Gumersindo, presb. y Leoncio, obispo.
14 M. S. Hilario, obispo.

cuarto menguante á las 2 y 40 m. de la mañana.

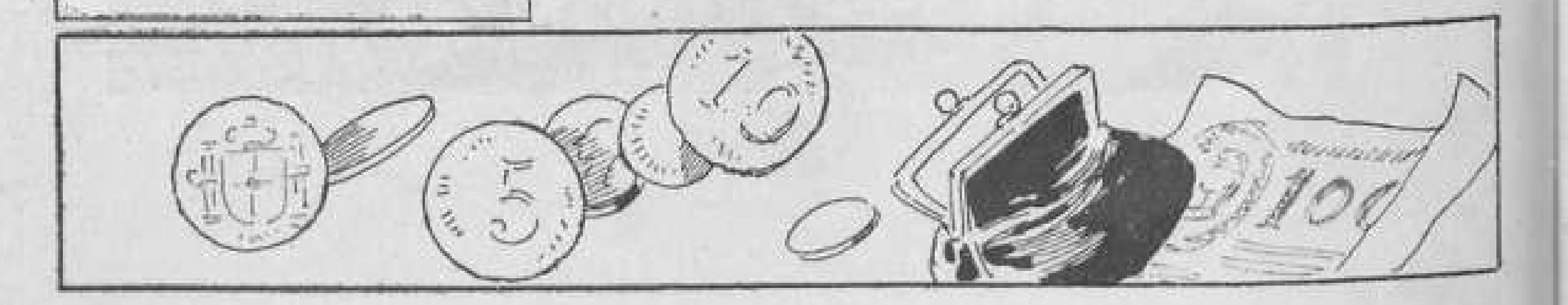
15 M. Stos. Pablo, primer ermitaño y Mauro.
16 J. Stos. Marcelo, papa y mártir, y Fulgencio, ob.
17 V. Stos. Antonio Abad y Sulpicio.
18 S. La Cátedra de san Pedro en Roma y sta. Liberata, virgen.
19 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.—S. Canuto y sta. Marta, mrs.
20 L. Stos. Sebastián y Fabián, márs.

luna nueva á las 8 y 21 m. de la noche.

21 M. Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.
22 M. Stos. Vicente y Anastasio, mrs.
23 J. Stos. Ildefonso, arzobispo y Raimundo de Peñafort.
24 V. Nuestra Señora de la Paz y s. Timoteo, ob.
25 S. La Conversión de san Pablo apóstol y san Máximo.
26 D. Ntra. Sra. de Betlehém.—S. Policarpo, obispo y mártir y sta. Paula, virgen.
27 L. S. Juan Crisóstomo, obispo y doctor.

cuarto creciente á las 5 y 7 m. de la tarde.

28 M. S. Julián, obispo y confesor.
29 M. Dedicación de esta Santa Catedral.—Stos Valerio y Francisco de Sales.
30 J. S. Hipólito, mr. y sta. Martina, virgen.
31 V. S. Pedro Nolasco.







1 S. Stos. Cecilio é Ignacio, ob. mr.
2 D. *De Septuagésima.*—LA PURIFICACION DE N. S. —Santos Firmo y Cándido.
3 L. Stos. Blas, obispo y Laurentino, mártires.
4 M. *La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.*— Stos. Andrés Corsino, ob. y Donato, mr.

luna llena á las 8 y 59 m. de la noche.

5 M. S. Albino, obispo y sta. Agueda, virgen.
6 J. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires y santa Dorotea, virgen y martir.
7 V. Stos. Romualdo, abad y Ricardo, rey.
8 S. Stos. Juan de Mata, confesor, Lucio y Ciriaco, mártires.
9 D. *De Sexagésima.*—S. Alejandro, m. y sta. Polonia.
10 L. Stos. Ireneo y Amancio, y sta. Escolástica.
11 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.*— Stos. Félix, mr. y Saturnino, papa.
12 M. Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia.

cuarto menguante á las 3 y 9 m. de la tarde.

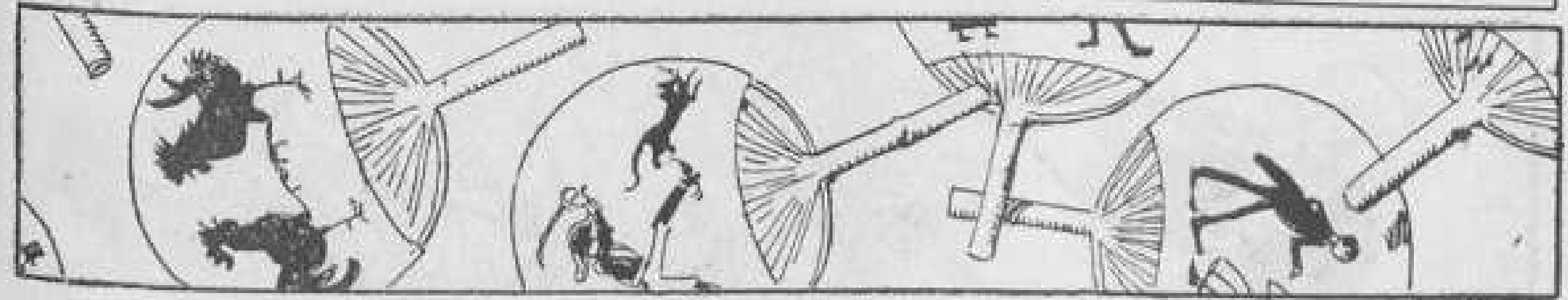
13 J. S. Benigno, mr. y sta. Catalina, virgen.
14 V. Stos. Valentín, pb. y Zenón, mrs.
15 S. S. Faustino y sta. Jovita, mártires.
16 D. *De Quincuagésima.—Indulg. de 40 h. en las Catalinas.* —Stos. Gregorio, p. y Elías, prf.—Carnaval.
17 L. Stos. Rómulo, mártir y Julián.
18 M. Stos Simeón, obispo y Claudio, mártires. — Ciérranse las velaciones.
19 M. Ceniza.— *Abstinencia y ayuno.*— Stos. Gavino y Marcelo, mrs.—*Principia el ayuno cuaresmal.*

luna nueva á las 6 y 53 m. de la mañana.

20 J. Stos. Eleuterio, obispo y Nemesio, mrs.
21 V. *Abstinencia.*— S. Félix ob. — La fiesta de la Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.
22 S. La cátedra de San Pedro en Antioquía.
23 D. *1.º de cuaresma.*— Stos. Pedro Damián, obispo y Policarpo, mártir.
24 L. Stos. Matías, apóstol, y Modesto.
25 M. S. Sebastián.
26 M. *Témporas.*—N. Sra. de Guadalupe.—S. Alejan.

cuarto creciente á las 10 y 28 m. de la mañana.

27 J. S. Baldomero, confesor.
28 V. *Témporas.-Abstinencia.*-Stos. Justo y Rufino mrs. —La fiesta de la Lanza y Clavos de N. S. J. C.







1 S. *Témporas.*—S. Rudesindo, obispo.
2 D. *2.º de cuaresma.*—Stos. Heraclio, mártir, y Florencio.
3 L. Stos. Hemeterio y Celedonio, mártires.
4 M. S. Casimiro, confesor.
5 M. Stos. Adrián y Eusebio, mártires.
6 J. Stos. Olegario, obispo y Victoriano, mártir.

luna llena á las 2 y 53 m. de la tarde.

7 V. *Abstinencia.*—La fiesta de la santa Sábana de N. S. J. C.—Sto. Tomás de Aquino.
8 S. S. Juan de Dios.
9 D. *3.º de cuaresma.*—Sta. Francisca Romana, viud.
10 L. S. Melitón y los 40 mártires.
11 M. San Zacarías, padre de san Juan Bautista.
12 M. S. Gregorio.
13 J. Stos. Leandro, obispo y Macedonio.
14 V. *Abstinencia.*—La fiesta de las Cinco Llagas de N. S. J. C.—Stas. Florentina, virgen y Matilde, reina.

cuarto menguante á las 12 y 33 m. de la noche.

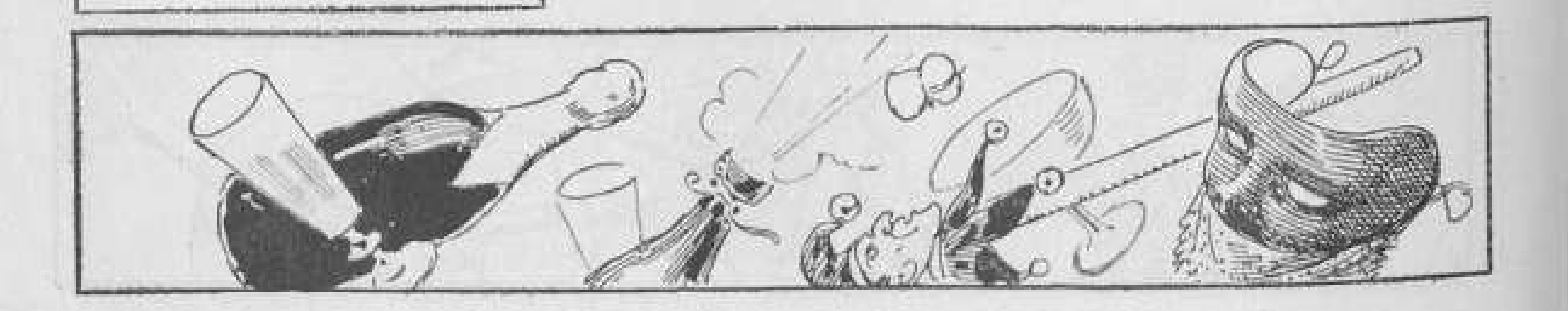
15 S. S. Raimundo, abad.
16 D. *4.º de cuaresma.*—Sta. Isabel, madre de s. Juan Bautista.
17 L. S. Patricio y sta. Gertrudis.
18 M. Stos. Gabriel arcángel y Alejandro, ob.
19 M. + El Patriarca S. José.
20 J. S. Braulio y sta. Eugenia, virgen.

luna nueva á las 5 y 35 m. de la tarde.

21 V. *Abstinencia.*—La Preciosa Sangre de N. S. J. C. —S. Benito abad. OTOÑO.
22 S. Stos. Deogracias, obispo y Octaviano. Reseña.
23 D. De Pasión.—S. Victoriano y sta. Teodosia, mr. Reseña.
24 L. Stos. Agapito, obispo y Dionisio.
25 M. LA ENCARNACION DE N. S. J. C.—S. Ireneo.
26 M. Stos. Manuel y Braulio, obispo.
27 J. S. Ruperto, obispo y confesor.
28 V. *Abstinencia.*—Los siete Dolores de María Santísima.—Stos. Sixto, papa y Doroteo, mártir.

cuarto creciente á las 5 y 29 m. de la mañana.

29 S. Stos. Cirilo y Pastor.—Reseña.
30 D. De Ramos.—S. Juan Clímaco.—Reseña.
31 L. Santo.—S. Benjamín y santa Balbina.







1 M. Santo — S. Venancio. — La impresión de las llagas de sta. Catalina.
2 M. Santo.— Stos. Urbano, obispo y Francisco de Paula. *Ayuno y abstinencia hasta el Sábado Santo inclusive.*—Reseña.
3 J. Santo.—S. Benito de Palermo.—La Traslación de las reliquias de sta. Rosa de Lima.
4 V. Santo.—S. Isidoro, arzobispo.
5 S. Santo.—San Vicente Ferrer y sta. Irene.

luna llena á las 6 de la mañana.

6 D. De Pascua.— Stos Sixto, p. y mártir y Celestino.—*Indulg. de 40 h. en Montserrat.*
7 L. Stos. Epifanio y Rufino.
8 M. Stos. Dionisio, obispo y Máximo, mr.
9 M. Stas. Casilda y María Cleofé.
10 J. Stos. Ezequiel y Pompeyo.
11 V. Stos. León, doctor y Felipe, papa.
12 S. Stos. Julio, papa y Víctor, mártir.

cuarto menguante á las 7 y 40 m. de la mañana.

13 D. De Cuasimodo.—Stos. Hermenegildo y Justino, mártires.
14 L. S. Pedro G. Telmo.— Abrense las velaciones.
15 M. S. Máximo y sta. Anastasia.
16 M. S. Toribio de Liébana, obispo.
17 J. S. Aniceto, p. y Beata María Ana de Jesús.
18 V. S. Eleuterio, obispo y mártir.
19 S. Stos. Jorge, obispo y Vicente.

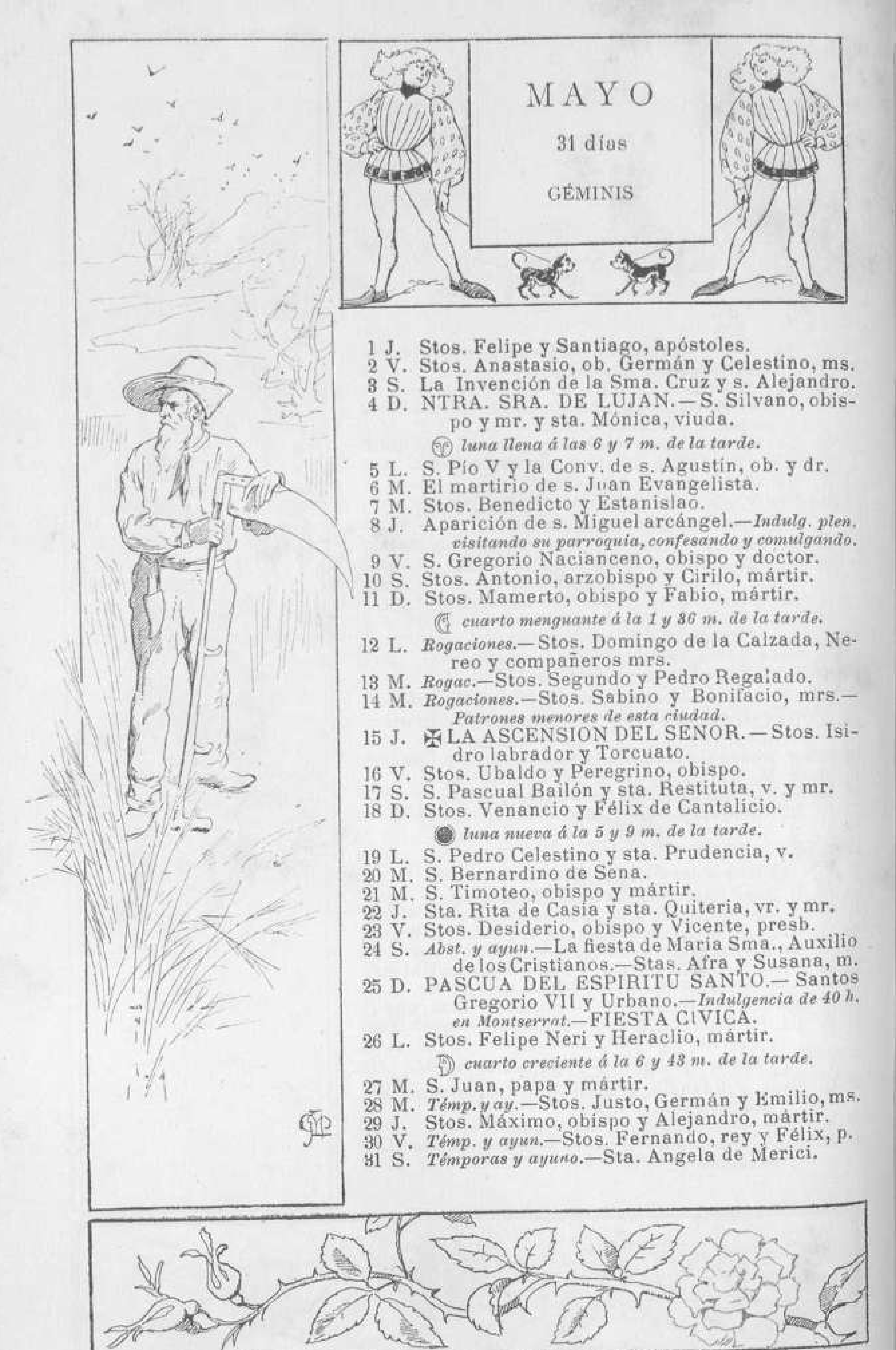
luna nueva á las 4 y 53 de la mañana.

20 D. S. Serviliano, mártir y sta. Inés.
21 L. S. Anselmo, ob. y dr. y s. Simeón, ob. y mr.
22 M. Stos. Sotero, Cayo, papas y márs. y Teodoro.
23 M. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, mártires.
24 J. Stos. Honorio, obispo y Fidel de Samaria, mr.
25 V. S. Marcos Evangelista.—*Letanías mayores.*
26 S. Stos. Cleto, Marcelino, p. y mr. y Pedro, ob.
27 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSE.— Stos. Toribio, arz., y Pedro Armengol, mr.

cuarto creciente á las 12 y 40 m. de la noche.

28 L. Stos. Prudencio, arzobispo, Vital, mártir y su esposa santa Valeria.
29 M. Stos. Pedro, mártir y Paulino, obispo.
30 M. Sta. Catalina de Sena. — *Indulgencia de 40 h. en su iglesia.*





MAYO

31 días

GÉMINIS

1 J. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.
2 V. Stos. Anastasio, ob. Germán y Celestino, ms.
3 S. La Invención de la Sma. Cruz y s. Alejandro.
4 D. NTRA. SRA. DE LUJAN.—S. Silvano, obispo y mr. y sta. Mónica, viuda.

luna llena á las 6 y 7 m. de la tarde.

5 L. S. Pío V y la Conv. de s. Agustín, ob. y dr.
6 M. El martirio de s. Juan Evangelista.
7 M. Stos. Benedicto y Estanislao.
8 J. Aparición de s. Miguel arcángel.—*Indulg. plen. visitando su parroquia, confesando y comulgando.*
9 V. S. Gregorio Nacianceno, obispo y doctor.
10 S. Stos. Antonio, arzobispo y Cirilo, mártir.
11 D. Stos. Mamerto, obispo y Fabio, mártir.

cuarto menguante á la 1 y 36 m. de la tarde.

12 L. *Rogaciones.*—Stos. Domingo de la Calzada, Nereo y compañeros mrs.
13 M. *Rogac.*—Stos. Segundo y Pedro Regalado.
14 M. *Rogaciones.*—Stos. Sabino y Bonifacio, mrs.—*Patrones menores de esta ciudad.*
15 J. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR.—Stos. Isidro labrador y Torcuato.
16 V. Stos. Ubaldo y Peregrino, obispo.
17 S. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, v. y mr.
18 D. Stos. Venancio y Félix de Cantalicio.

luna nueva á la 5 y 9 m. de la tarde.

19 L. S. Pedro Celestino y sta. Prudencia, v.
20 M. S. Bernardino de Sena.
21 M. S. Timoteo, obispo y mártir.
22 J. Sta. Rita de Casia y sta. Quiteria, vr. y mr.
23 V. Stos. Desiderio, obispo y Vicente, presb.
24 S. *Abst. y ayun.*—La fiesta de María Sma., Auxilio de los Cristianos.—Stas. Afra y Susana, m.
25 D. PASCUA DEL ESPIRITU SANTO.—Santos Gregorio VII y Urbano.—*Indulgencia de 40 h. en Montserrat.*—FIESTA CIVICA.
26 L. Stos. Felipe Neri y Heraclio, mártir.

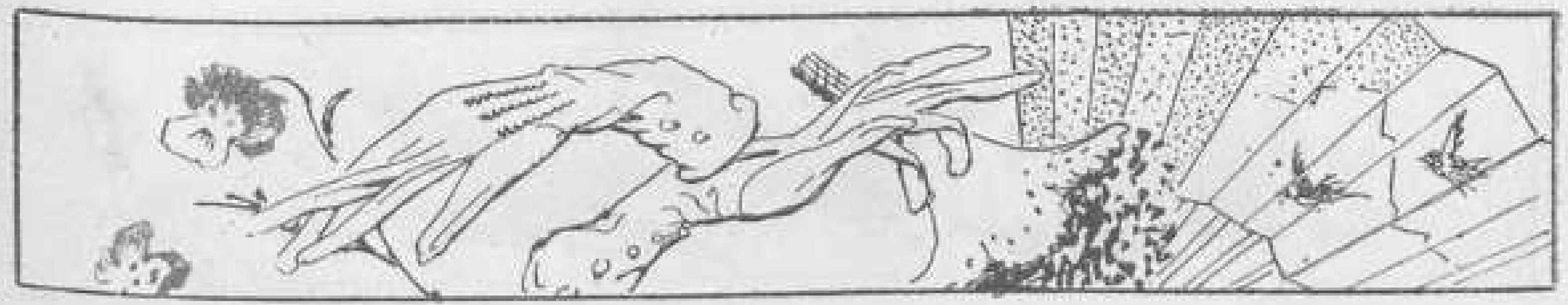
cuarto creciente á la 6 y 43 m. de la tarde.

27 M. S. Juan, papa y mártir.
28 M. *Témp. y ay.*—Stos. Justo, Germán y Emilio, ms.
29 J. Stos. Máximo, obispo y Alejandro, mártir.
30 V. *Témp. y ayun.*—Stos. Fernando, rey y Félix, p.
31 S. *Témporas y ayuno.*—Sta. Angela de Merici.





1 D. LA SANTISIMA TRINIDAD.—*Titular de esta archidiócesis.*—Santos Segundo y Fortunato. —*Indulgencia de 40 h. en la Catedral.*
2 L. S. Marcelino y compañeros, mártires.
3 M. S. Isaac, confesor y santa Paula, virgen.
luna llena á las 3 y 38 m. de la mañana.
4 M. S. Francisco Caracciolo y sta. Saturnina, mr.
5 J. ✠ CORPUS CHRISTI.—S. Marciano, mártir.
6 V. S. Norberto, obispo, y sta. Paulina, mr.
7 S. Stos. Pablo, ob., Pedro y compañeros mrs.
8 D. S. Salustiano.
9 L. Stos. Primo y Feliciano, mártires.
cuarto menguante á las 7 y 26 m. de la tarde.
10 M. S. Zacarías, mr. y santa Margarita, reina.
11 M. S. Bernabé, apóstol.
12 J. S. Juan de Sahagún.
13 V. El Sagrado Corazón de Jesús.—*Indulg. de 40 h. en S. Ignacio.*—S. Antonio de Padua.
14 S. Stos. Basilio, ob. y doctor y Eliseo, profeta.
15 D. El Purísimo Corazón de María. —Stos. Vito y Modesto, mártires.
16 L. S. Aureliano, obispo.
17 M. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano, mrs.
luna nueva á las 6 y 28 m. de la mañana.
18 M. Stos. Ciriaco, Marcos y sta. Paula, mrs.
19 J. Stos. Gervasio, Protasio, mrs. y Juliana, vn.
20 V. Sta. Florentina, virgen.
21 S. S. Luis Gonzaga.—*Ind. plen. por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Cated.*, y sta. Demetria. INVIERNO.
22 D. Stos. Paulino, ob., Albano y Fabio, mártir.
23 L. *Ayuno.*—Stos. Zenón y Apolinario.
24 M. LA NATIVIDAD DE S. JUAN BAUTISTA. *Indulgencia de 40 h. en San Juan.*
25 M. Stos. Eloy, obispo y Guillermo, abad.
cuarto creciente á las 10 y 22 m. de la mañana.
26 J. Stos. Juan y Pablo, mrs.
27 V. Stos. Zoilo, mártir y Ladislao, rey.
28 S. *Vigilia y ayuno con abst.*—Stos. León, papa é Ireneo, obispo.
29 D. S. PEDRO Y S. PABLO APÓSTOLES.—*Indulgencia de 40 h. en la Catedral.*
30 L. Conmem. de s. Pablo ap. y sta. Emiliana, mr.







1 M. Stos. Secundino y Casto, obs. y Julio, mártir.
2 M. Ntra. Sra. de los Desamparados, la Visitación de Ntra. Sra. y s. Martiniano, mr. — *Ind. de 40 h. en S. Nicolás de Bari.*

luna llena á las 11 y 26 m. del día.

3 J. Stos. Ireneo, Jacinto, Trifón y Eulogio, mrs.
4 V. La Traslación de las reliquias de nuestro patrón san Martín, ob., y s. Laureano, arz.
5 S. S. Miguel de los Santos y sta. Filomena, vn.
6 D. La Sma. Sangre de N. S. J. C.—S. Rómulo, ob. el Santo profeta Isaías y sta. Lucía.
7 L. Stos. Fermín, ob., Claudio y Sinforiano, ms.
8 M. Sta. Isabel, reina de Portugal.
9 M. S. Cirilo, y sta. Natalia.—FIESTA CÍVICA.

cuarto menguante á las 2 y 28 m. de la mañana.

10 J. Stos. Januario, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vital, Marcial, ms. hij. de sta. Felicitas.
11 V. Stos. Pío, papa y Cipriano, mártires.
12 S. Stos. Juan Gualberto abad y Félix, mártir.
13 D. S. Anacleto, papa y mártir.
14 L. Stos. Buenaventura, ob. y dr. y Cirilo, mr.
15 M. S. Enrique, emperador.
16 M. El Triunfo de la Sma. Cruz. — Ntra. Sra. del Carmen. — *Indulgencia de 40 h. en Montserrat, la Concepción, las Teresas é iglesia del Carmen.*

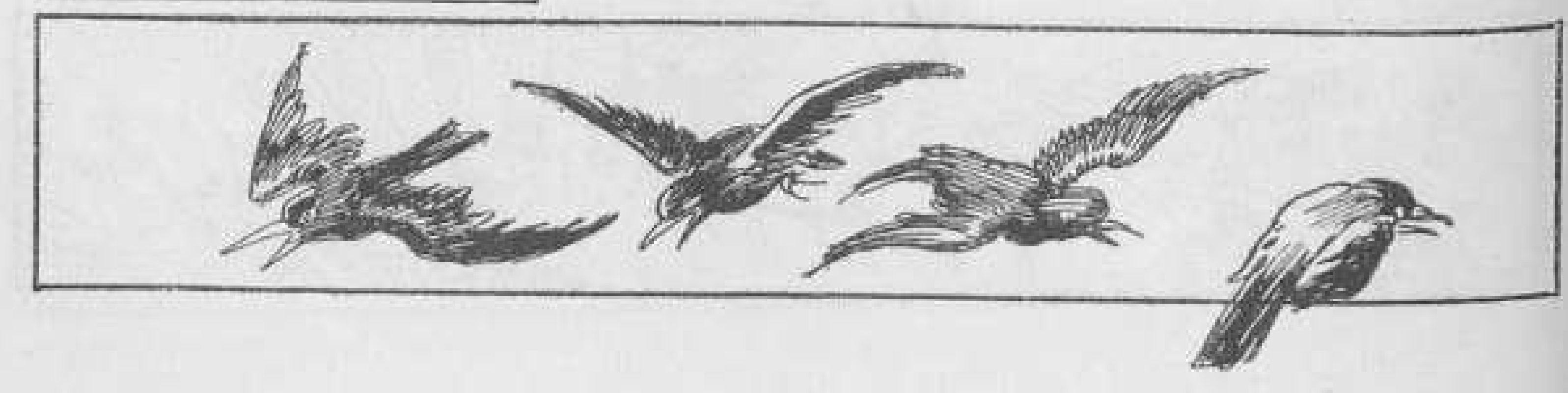
luna nueva á las 9 y 4 m. de la noche.

17 J. S. Alejo, conf., stas. Donata y Segunda, ms.
18 V. S. Camilo de Lelis, fund., y sta Sinforosa, v.
19 S. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina, v. y m.
20 D. Stos. Jerónimo, Elías, prof. y sta. Liberata, vr.
21 L. Stos. Víctor y Feliciano, mártires.
22 M. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
23 M. Stos. Apolinario, obispo y mr. y Liborio.
24 J. S. Francisco Sol.

cuarto creciente á las 11 y 22 m. de la noche.

25 V. Santiago, ap., s. Cristóbal y sta. Valentina.
26 S. Santa Ana, madre de Ntra. Sra. y s. Jacinto, m.
27 D. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs. y sta. Natalia.
28 L. Stos. Inocencio, p., Nazario y Acacio, mrs.
29 M. Sta. Marta, virgen y s. Faustino, mr.
30 M. Stos. Abdón, Senén y sta. Máxima, mártires.
31 J. S. Ignacio de Loyola, fr. - *Ind. de 40 h. en su iglesia.*

luna llena á las 6 y 25 m. de la tarde.







1 V. Stos. Pedro Advíncula, Domiciano y Rufo, ms.
2 S. Ntra. Sra. de los Angeles, stos. Esteban y Alfonso M. de Ligorio. —*Jub. de Porciúncula.*
3 D. Invención de s. Esteb., pr-mr., y s. Eufronio.
4 L. S. Domingo de Guzmán, fr.—*Indulg. de 40 h. en su iglesia*
5 M. Ntra. Sra. de las Nieves.—S. Osvaldo, rey.
6 M. La Transfig. de N S. J. C., s. Sixto, p. y mr.
7 J. Stos. Cayetano, fundador, Pedro y Julián, ms.

cuarto menguante á las 11 y 47 m. del día.

8 V. Stos. Ciriaco, Eleuterio y compañeros márts.
9 S. Stos. Justo y Pastor, hermanos mártires.
10 D. S. Lorenzo, mr. y sta Paula, virgen y mr.
11 L. Stos. Rufino, ob., Tiburcio, y sta. Susana, ms.
12 M. Sta. Clara, virgen y fundadora.—*Patrona menor de esta ciudad en acción de gracias por su reconquista.—Ind. de 40 h. en S. Juan.*
13 M. Stos. Hipólito, Casiano y sta. Elena, mártires.
14 J. *Vigilia, ayuno y abstinencia.*—S. Eusebio, mr.
15 V. ✠ LA ASUNCION DE MARIA SANTISIMA.

luna nueva á las 12 y 28 m. del día.

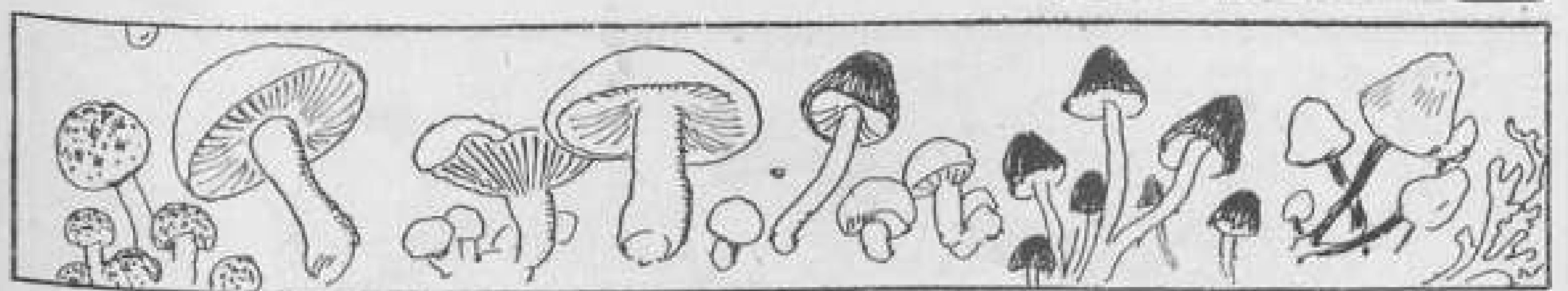
16 S. S. Roque y s. Jacinto.-*Ind. de 40 h. en S. Francisco.*
17 D. *El Sr. San Joaquín.*-Stos. Anastasio y Bonifacio.
18 L. Stos. Floro y Agapito.
19 M. S. Joaquín, padre de Ntra. Sra., y s. Julio, mr.
20 M. S. Bernardo abad y el sto. profeta Samuel.
21 J. Sta. Anastasia.
22 V. Stos. Hipólito y Marcial, mártires.
23 S. Stos. Felipe Benicio y Restituto.

cuarto creciente á las 9 y 58 m. de la mañana.

24 D. Stos. Bartolomé, apóstol y Romano, obispo.
25 L. Stos. Julián, mr., y Luis, rey de Francia.
26 M. Stos. Ceferino, papa, Ireneo y Adriano, ms.
27 M. S. José de Calasanz.—El Dardo de sta. Teresa.
28 J. Stos. Agustín, obispo y doctor y Bibiano, ob.
29 V. La degollación de s. Juan Bautista, sta. Cándida, virgen.
30 S. ✠ SANTA ROSA DE LIMA, virgen, patrona principal de esta América Meridional.—*Indulg. de 40 h. en Sto. Domingo.*

luna llena á la 1 y 40 m. de la mañana.

31 D. S. Ramón Nonato.—*Indulgencia de 40 h. en la iglesia de la Merced*, y s. Robustiano, mr.







SETIEMBRE

30 días

LIBRA

1 L. Stos. Sixto, obispo y Gil, abad.
2 M. Stos. Antonino, mártir y Esteban, rey.
3 M. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia, ms.
4 J. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalía, virgen.
5 V. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano, ob.

☾ *cuarto menguante á las 12 y 14 m. de la noche.*

6 S. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.
7 D. S. Juan, mártir y sta. Regina, virgen y mr.
8 L. ✠ LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA. —*Indulgencia de 40 h. en S. Juan, S. Francisco y en Montserrat por la fiesta de su titular.*
9 M. S. Jerónimo, mr. y santa María de la Cabeza.
10 M. Stos. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio, ob.
11 J. S. Emiliano, obispo y mártir.
12 V. S. Serapio y Leoncio, mrs.
13 S. Stos. Eulogio, ob. y Amaro, abad.
14 D. El Dulce Nombre de María. — La Exaltación de la Sma. Cruz.—*Ind. de 40 h. en el Socorro.*

● *luna nueva á las 4 y 17 m. de la mañana.*

15 L. La Aparición de sto. Domingo de Guzmán en Soria.—Santa Melitona.
16 M. Stos. Cornelio y Cipriano, mártires.
17 M. *Témp. y ay.*—S. Pedro de Arbués y la Impresión de las llagas de s. Francisco de Asís.
18 J. Sto. Tomás de Villanueva y sta. Sofía, mártir.
19 V. *Tém. y ay.*—S. Genaro y compañeros mártires.
20 S. *Témporas y ayuno.*—S. Eustaquio.
21 D. La Conmem. de los Dolores de la Sma. Virgen. —S. Mateo, ap. y evang. PRIMAVERA.

☽ *cuarto creciente á las 6 y 41 m. de la tarde.*

22 L. S. Mauricio y compañeros mártires.
23 M. Stos. Lino, papa y mr. y Constancio, ob.
24 M. Ntra. Sra. de las Mercedes.—*Indulg. de 40 h. en su iglesia.*—S. Gerardo, obispo y mártir.
25 J. Sta. María de Cervellón (ó del Socorro).—*Ind. de 40 h. en la Merced cuando se celebra su fiesta.*
26 V. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.
27 S. Stos. Cosme y Damián, hermanos mártires.
28 D. S. Wenceslao, mr. y el beato Simón de Rojas.

○ *luna llena á la 10 y 8 m. de la mañana.*

29 L. Dedicación de s. Miguel Arcángel.—*Ind. de 40 h. en su iglesia.*
30 M. S. Jerónimo, doctor y sta. Sofía, viuda.







1 M. S. Remigio, obispo.
2 J. Santos Angeles Custodio y s. Eleuterio, mr.
3 V. Stos. Maximiano y Cándido, mártires.
4 S. S. Francisco de Asís, fundador. — *Indulg. 40 h. en su iglesia.*—S. Marciano.
5 D. *Jubileo.—Ntra. Sra. del Rosario.*— S. Froilán, ob.

cuarto menguante á las 4 y 23 m. de la tarde.

6 L. S. Bruno, fundador.
7 M. S. Marcos, papa y sta. Justina, vr. y mr.
8 M. S. Demetrio, mártir y sta. Brígida, viuda.
9 J. S. Dionisio, obispo y mártir y el sto. Patriarca Abrahán.
10 V. Stos. Franc.º de Borja, Luis Beltrán y Paulino. *—Ind. de 40 h. en Sto Domingo del Smo. Rosario.*
11 S. Stos. Nicasio, obispo, y Fermín.
12 D. *La Maternidad de María Santísima.* — Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza, y s. Alfredo.— *Indulgencia de 40 h. en la Recoleta.*
13 L. S. Eduardo, rey.

luna nueva á las 7 y 48 m. de la noche.

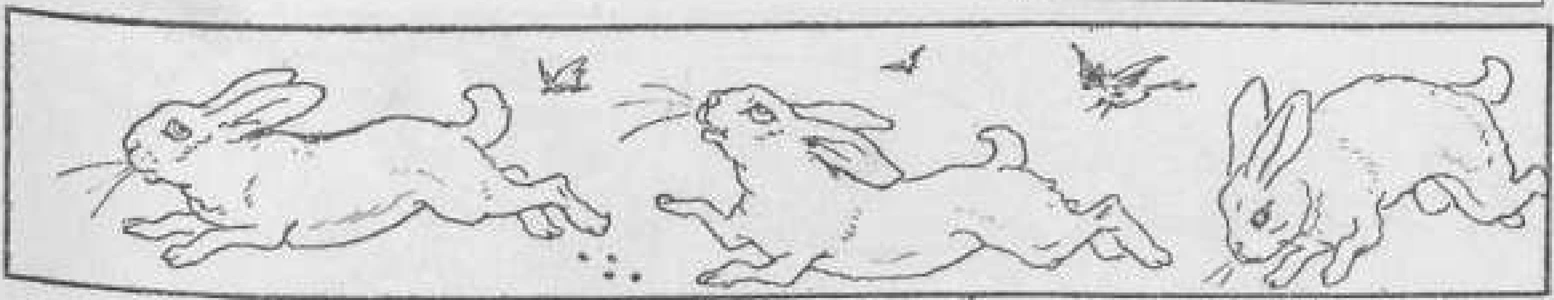
14 M. Stos. Calixto, papa y mr., Evaristo, y Fortunata, herms.
15 M. Sta. Teresa de Jesús, vn. y s. Fortunato, mr.
16 J. Stos. Martiniano, Saturnino y Nereo, mrs.
17 V. S. Florentino, ob. y mr. y sta. Eduvigis, viud.
18 S. Stos. Lucas, evangelista y Justo, mártir.
19 D. *La Pureza de María Santísima.* — S. Lucio, mr.
20 L. Stos. Feliciano, o. y m., y stas. Irene y Saula.
21 M. S. Hilarión, ob., sta. Ursula y comp. vs. y ms.

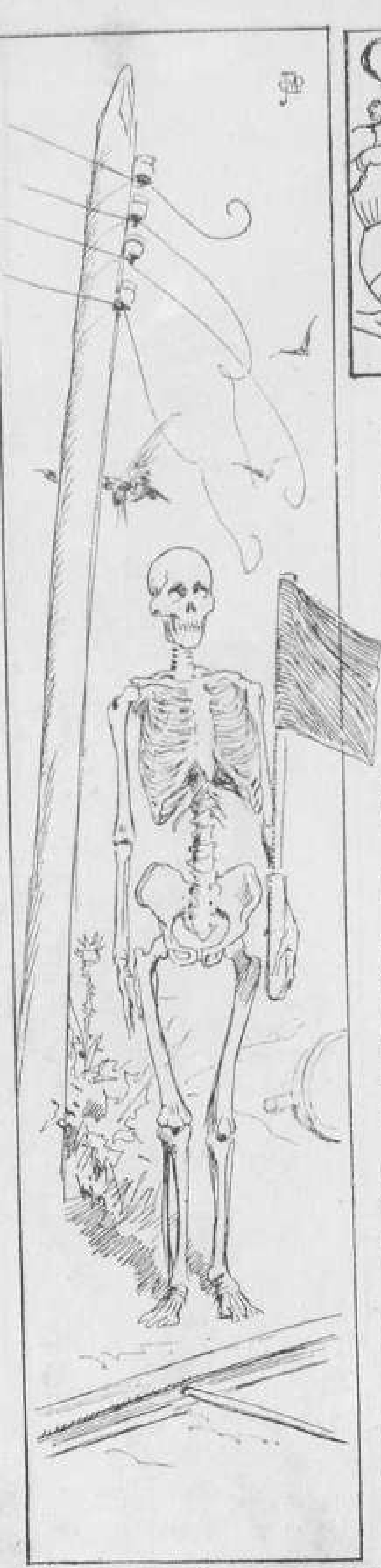
cuarto creciente á las 2 y 17 m. de la mañana.

22 M. Stos. Felipe, ob., Severo y sta. María Salomé.
23 J. Stos. Pedro Pascual, ob. y mr., y Donato, ob.
24 V. S. Rafael Arcángel.
25 S. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daria, mártires.
26 D. Stos. Evaristo, p., Servando y Germán, hermanos mrs.
27 L. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.

luna llena á las 8 y 42 m. de la noche.

28 M. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstol y sta. Cirila, vgr. y mr.
29 M. Stos. Narciso, o., Cenobio y sta. Eusebia, ms.
30 J. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.
31 V. *Ayuno.*—S. Nemesio y su hija sta. Lucila, ms.







1 S. ✠ LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.—S. Cesáreo, mr.
2 D. La Conmemoración de los fieles difuntos.—S. Ciriaco, mr.
3 L. Los innumerables Mártires de Zaragoza, santa Eustoquia.
4 M. Stos. Carlos Borromeo, arzob. y Nicandro, ob.
cuarto menguante á las 11 y 22 m. del día.
5 M. S. Eusebio, mr., y el beato Martín de Porres.
6 J. Stos. Severo, obispo y mr., y Leonardo, conf.
7 V. Stos. Floréncio, obispo y Amaranto, mr.
8 S. Stos. Severo y Victorino, mártires.
9 D. El Patrocinio de María Santísima.—*Ind de 40 h. en Balvanera.*—Stos. Teodoro y Alejandro.
10 L. Stos. Andrés Avelino. Trifon y sta. Ninfa, mrs.
11 M. S. MARTIN, obispo. Patrón principal de esta Archidiócesis.—*Indulgencia de 40 h. en la Catedral.*—Stos. Victoriano y Valentino.
12 M. Stos. Martín, papa y mr., y Diego de Alcalá.
luna nueva á las 10 y 26 m. de la mañana.
13 J. Stos. Antonino, mr., y Estanislao de Koska.
14 V. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
15 S. Stos. Eugenio, obispo y mr., y Leopoldo.
16 D. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mártires.
17 L. Stos. Gregorio Taumaturgo y Victor.
18 M. La Dedicación de la Basílica de los stos. Apóstoles s. Pedro y s. Pablo y s. Máximo, ob.
19 M. S. Ponciano, papa y mr. y sta. Isabel, reina.
cuarto creciente á las 9 y 54 m. de la mañana.
20 J. Stos. Félix de Valois y Octavio, mr.
21 V. La Presentación de Ntra. Sra.—Stos. Alberto y Honorio, mrs.—*Indulg. de 40 h. en S. Miguel.*
22 S. Sta. Cecilia, virgen y mártir.
23 D. Ntra. Sra. de la Piedad.—*Ind. de 40 h. en su iglesia.*—S. Clemente, p., y sta. Lucrecia, vg.
24 L. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, virgen.
25 M. Sta. Catalina, virgen y mr.
26 M. Los Desposorios de Ntra. Sra., y s. Fausto.
luna llena á las 9 y 58 m. de la mañana.
27 J. Stos. Facundo y Primitivo.
28 V. Stos. Gregorio III, papa y Mansueto.
29 S. S. Saturnino. CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
30 D. *1 de Adviento.*—S. Andrés, ap., y sta. Justina, v.







1 L. S. Eloy, sta. Cándida, mártires y sta. Natalia.
2 M. S. Silvano, ob. y mr. y sta. Bibiana, vr. y mr.
3 M. Stos. Francisco Javier, Crispín y Claudio, ms.
4 J. S. Pedro Crisólogo, ob., y sta. Bárbara, vr.

cuarto menguante á las 9 y 13 m. de la mañana.

5 V. *Ayuno.*— S. Sabas, abad y sta. Crispina, mr.— *En todos los Viernes y Sábados de Adviento, el ayuno es obligatorio para las personas que no guardan las vigilias reformadas.*
6 S. *Ayuno.*—S. Nicolás de Bari.—*40 h. en su iglesia.*
7 D. *II de Adviento.*-Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.
8 L. ✠ LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SANTISIMA. — *Indulgen. de 40 h. en su iglesia y en S. Francisco.*—S. Sifronio.
9 M. Stas. Leocadia y Valeria, vírgenes y mrs.
10 M. Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.
11 J. Stos. Dámaso, papa y Daniel Estilita.

luna nueva á las 11 y 56 m. de la noche.

12 V. *Ayuno.*—S. Donato y sta. Emerenciana, virg.
13 S. *Ayuno.*—Sta. Lucía, virgen y mr.
14 D. *III de Adviento.*—Stos. Nicasio,|o. y Arsenio, mr.
15 L. Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato, mrs.
16 M. Stos. Eusebio, obispo y Valentín, mrs.
17 M. *Témporas y ayuno.*—Stos. Lázaro, obispo y Floriano, mr.
18 J. La Espectación de Ntra. Sra., y s. Teótimo.

cuarto creciente á las 6 y 11 m. de la tarde.

19 V. *Témp. y ayuno.*—Stos. Nemesio y Ciriaco, mrs.
20 S. *Témp. y ayuno.*—Sto. Domingo de Silos.
21 D. *IV de Adviento.*—Sto. Tomás, ap. VERANO.
22 L. Stos. Demetrio y Floro, mártires.
23 M. El beato Nicolás Factor, sta. Victoria, vr. mr.
24 M. *Vigilia con ay. y abstinencia.*—S. Gregorio, mr.
25 J. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C., y sta. Anastasia, vr. mr.
26 V. S. Esteban, proto-mártir.

luna llena á las 2 de la mañana.

27 S. S. Juan, apóstol y evangelista.
28 D. Los Santos Inocentes, y s. Teodoro, mártir.
29 L. Sto. Tomás Cantuariense, ob. y mr. y el santo rey profeta David.
30 M. Stos. Severo, Honorio y Donato, mártires.
31 M. S. Silvestre, p., sta. Paulina y sta. Hilaria, m.





Cátulo Mendes

EMINENTE ESCRITOR FRANCÉS

EL MEJOR ALMANAQUE

I

ESTABA pensando en un poema que tenía en proyecto cuando entró en mi habitación un dependiente de comercio, que después de las felicitaciones acostumbradas me entregó el almanaque del año próximo.

Le dí el aguinaldo, y después que salió eché una mirada distraída sobre el calendario, que se diferenciaba bien poco del del año anterior. Los mismos santos, las mismas fechas, iguales fiestas, idénticas fases de luna.

Me puse á pensar que los acontecimientos de los doce meses futuros serían á su vez parecidos también á los de los doce meses pasados. Siempre el mismo retorno de vanas esperanzas, de falsas alegrías, de decepciones verdaderas; siempre la monotonía de la vida, que apenas merece el trabajo de aspirar y de espirar el aire que se respira.

Dejé á un lado el almanaque, que nada halagüeño me prometía, y con el cansancio con que se emprende un trabajo por la milésima vez, me puse á escribir el nuevo poema, que no será mejor que mis anteriores versos, y cuando levanté la cabeza hacia el espejo ví en mis ojos una mirada más triste que las lágrimas.

II

Pero del pálido rayo de sol de invierno que penetraba á través de los vidrios de la ventana fué destacándose y creciendo una forma vaga y ligera, cuyos contornos se fijaron poco á poco hasta que llegó á ser una mujercita, envuelta en una túnica de gasa y rodeada por una aureola de luz.

Hubiera sido preciso no haber vagado nunca por la selva encantada de Brocelianda para no adivinar que aquella mujer era una hada; una hada que tenía en sus ojos todo el azul claro de las primeras esperanzas y en sus labios sonrientes todas las rosas de la juventud.

—Buenos días, hada Ilusión, la dije.

—No eres tan viejo como podría creerse, puesto que aún me reconoces, dijo ella sacudiendo su cabellera, de donde se desprendieron millares de estrellitas blancas que parecían margaritas de nieve y que fulguraban y se extinguían rápidamente.

—Has hecho bien, continuó, en arrojar el almanaque que te ha dado el comerciante á cambio de algunas mone-



das. ¿Acaso encierra todo lo verdadero? Hubieras sido bien torpe en cuidarte de los meses, de las semanas y de los días. Gracias á mis consejos, no tienes reloj sobre tu chimenea por miedo de saber qué hora es. Yo te daré el único almanaque que vale la pena, el almanaque adorable con que sueñan las jóvenes y los poetas. Aquí le tienes, mírale.

Y me mostraba una hoja de rosal que debía estar marchita, puesto que estamos en invierno; pero que ofrecida por la hada Ilusión parecía verde. Entre las fibrillas de la

hoja no había nombres de santos ni de santas, ni lunes, ni martes, ni fiestas, ni fases de luna; pero se leían algunas palabras: inocencias, ternuras, primeras citas, juramentos, despedidas, besos en los labios, amores fieles, casamientos felices, risas de júbilo, lágrimas de alegría y otras frases aún más deliciosas.

Sin embargo, moví la cabeza negativamente, y dije:

—Me gusta aún menos tu almanaque que el calendario verdadero. Conozco hace mucho tiempo lo mentido de tus alegrías y lo amargo de tus dulzuras. Vé á deslumbrar á algún corazón joven que no haya sido engañado por tí todavía. No le envidio esos goces, que se convertirán mañana en desengaños.

La hada había desaparecido ya, desvaneciéndose como una nube en el azul pálido del cielo de invierno que se veía á través de los vidrios de la ventana.

III

Me había puesto á escribir de nuevo para emplear en algo el tiempo, cuando sentí detrás de mí un crujido de cristales rotos y ví salir de mi biblioteca una doncella altanera y hermosa, con la frente ceñida de laureles y el pecho defendido por una coraza de oro. Aunque nunca la había visto tan de cerca, conocí, sin embargo, que era una hada de las más ilustres.

Brotaban de sus ojos rayos llenos de esplendor, y la regia altivez de su semblante parecía reflejar el triunfo. Sin embargo, no dejaba de parecerse un poco, ilusión al fin, á la pequeña hada que acababa de desaparecer.

—Yo te saludo, hada Gloria, la dije.

—No eres tan humilde como podría pensarse, puesto que te atreves á mirarme frente á frente, contestó sacudiendo su corona de laurel, de que se desprendieron hojas luminosas brillantes como los destellos de un astro.

Y aproximándose á mí, me puso sobre la frente una de sus manos, causándome una impresión ardiente como una quemadura.

—Has hecho bien, dijo con voz sonora como el eco de un clarín y como el rumor de las muchedumbres; has hecho bien en rechazar el almanaque que te ofrecía la hada que ha venido á visitarte deslizándose sobre un rayo de sol.

¿Qué te importan los amores dichosos, las dulces promesas, las lágrimas de júbilo y las sonrisas de felicidad? Nada de eso debe ocupar el pensamiento de un hombre capaz de sentir ambiciones augustas. Hé aquí el almanaque que te conviene, el almanaque que llena las aspiraciones de los guerreros y los poetas.

Lo que me enseñaba era una tabla de oro en cuya superficie no estaban escritas aquellas hipócritas palabras:



inocencias, ternezas, citas, juramentos, besos en los labios; pero donde se destacaban, como otras tantas promesas, las palabras talento, genio, éxitos, honores, aclamaciones de los pueblos, arcos de triunfo, banderas desplegadas, y por fin el descanso bajo las arcadas de un templo compartido con los dioses.

—Quiero aún menos vuestro almanaque que el calendario de la Ilusión, hada magnánima y terrible, dije meneando la cabeza. No he conocido por mí mismo las embriagueces de vuestras alegrías, porque no he sido de los elegidos para

soportar vuestro ilustre martirio; pero he visto sufrir á los grandes, y he oído gemir, más desesperados que los oscuros mendigos de las calles, á los pensadores que daban á las almas limosnas de luz y de Paraíso.

La hada no estaba ya en la habitación. Se había escondido detrás del Shakespeare y del Hugo de mi biblioteca, y sólo quedaban sobre el suelo, reluciendo con un fulgor que tenía algo de triste, los fragmentos diseminados de los vidrios.



IV

Sin alegría ni esperanza había comenzado otra vez á escribir.

Levantando la cabeza frente al espejo, veía en mis ojos la mirada más triste que las lágrimas, cuando me pareció que se señalaba vagamente en el cristal una forma indecisa, reflejo del pensamiento que latía en mi mirada. Lentamente fué creciendo hasta tomar la figura de una joven triste y enlutada á quien reconocí en seguida.

—¿Eres tú, hada Melancolía? la dije.

La hada comenzó á hablar. Su acento tenía el eco de la voz de las personas queridas á quien ya no hemos de oir más.

—Has hecho bien, dijo, en desdeñar el calendario vulgar que te ofrecía el comerciante, y con el cual se contentan los demás hombres. Has hecho bien en no aceptar tampoco el que te prometía los encantos del amor y el que te brindaba con la agitada grandeza de la gloria. Entre los árboles no son el rosal florido ni el roble glorioso los que tienen razón: es el sauce, por lo mismo que llora. ¡Mira!

Y me mostraba una página sin letras rojas ni negras, sin nombres de santos, sin ninguna fecha marcada. Tampoco estaban impresas allí las tiernas quimeras que mienten, ni las quimeras sublimes que engañan. Era una página blanca en que nada había escrito.

—Acepto con reconocimiento tu almanaque, dije entonces, aunque tú seas también vanidad, ¡oh, hada Melancolía, de la misma manera que las otras dos hadas la Ilusión Amor y la Ilusión Gloria!

Ningún calendario vale lo que éste, que no tiene meses, ni semanas, ni fechas, ni días, ni vanas promesas; que es el almanaque de un año en que nada sucederá, en que nada nos engañará, de un año en que no viviremos, en fin.

Cátulo Mendes.



CELESTE

AL POPULAR ARTISTA Y EMINENTE POETA CATALÁN

DON APELES MESTRES



I

EL DIOS CHICO

Era Celeste una chica
de tez de nácar y rosa,
y tan linda, tan graciosa,
que el intenso amor se explica
que de súbito sintiera,
por su beldad hechizado,
un solterón anticuado
llamado don Gil de Vera.
Celeste oyó de don Gil
una frase almibarada

y se puso colorada
como las rosas de Abril.
La habló el galán, sin doblez,
de su intenso, ardiente amor,
y de Celeste el rubor
siguió encendiendo la tez.
—Pues arde en dulces sonrojos,
don Gil pensó, y sin mancilla
su alma resplandece y brilla
en el azul de sus ojos;
y al afán con que suplico
dócil ya deja Celeste
que contra su pecho aseste
sus saetas el dios chico,
¡ó á los dos nos lleva el diablo,
celoso de tal ventura,
ó á los dos nos lee el cura
la Epístola de san Pablo.—
Y ante la niña de hinojos
cayó, rendido y sin calma,
con un volcán en el alma,
de que eran cráter sus ojos.
—¿Me amas? dijo; ¿por qué, muda
á tanto afán y tormento,
no arrancas mi pensamiento
del infierno de la duda?
Verdad que no soy un niño,
—siguió con dulce vehemencia—
pero en cambio la experiencia
da más firmeza al cariño.
Y mi amor es tan profundo,
que á ser tu dueño algún día
no he de acordarme, alma mía,
ni de que vivo en el mundo,
pues olvidando del suelo
todos los terrenos lazos,
creeré, al mirarme en tus brazos...
¡que me encuentro ya en el cielo!—
Suspiró, y tras pausa breve
continuó en son de querella,
asiendo de la doncella
la mano de rosa y nieve:
—Si de mi amor al anhelo
te muestras dura é inflexible,
¡más que mujer, insensible
estatua esculpida en hielo!
á tus pies, donde me ves,
mi cráneo salta á pedazos...
¡ó vivo, amante, en tus brazos
ó muero, loco, á tus pies!
—¡Por Dios! dijo ella asustada;
¿quién piensa en eso?
—¡Quien muere

bajo el rayo que le hiere
de tu brillante mirada!
¡Quien lucha por conseguir
tu amor, en tenaz combate...
y que es mejor que se mate
si has de dejarle morir!
—Pues le escuché sin enojos,
no comprendo sus agravios...
si el pudor selló los labios,
¿no encendió, el amor, los ojos?
—¿Amor dices? ¡oh placer!
¿conque me quieres, bien mío?
—¡Con toda el alma y ansío
su sierva, su esclava ser!
—¡Ventura nunca soñada
que el corazón me enajena!
—De ese amor en la cadena
está mi dicha cifrada.
—Ansías horas dichosas,
¿y no te inspira temor
tal yugo?
—¡Para el amor
sólo hay cadenas de rosas!

. . . .

Tan dulce al verla y tan franca,
más don Gil prendóse de ella;
juró ser fiel á la bella
y pidió su mano blanca.
Y como no plugo al diablo
destruir, en flor, su ventura,
les leyó por fin el cura
la Epístola de san Pablo.



II

EN PLENO IDILIO

Celeste, la hermosa chica
de tez de nácar y rosa,

fué, desde niña, ambiciosa
y quiso, grande, ser rica.
Don Gil era un caballero,
por desgracia, ya machucho,
pero hombre, en cambio, de mucho
¡de muchísimo dinero!
Y tal su amor la pintó,
que, con rubor que se explica,
no tuvo valor la chica
para decirle que no.
Y fué Celeste al altar,
y allí, ante el ara sagrada,
con la frente coronada
de blancas flores de azahar,
no bien oyó, placentera,
(como todas las mujeres)
preguntar al cura: —¿Quieres
por esposo á Gil de Vera?
ardiendo en tiernos rubores,
dijo *sí* con tal ternura
y tal fuego... que hasta el cura
se puso de mil colores.

. . . .

Y al fin del bien suspirado
pudieron ambos gozar,
siendo, para ellos, su hogar
mágico edén encantado,
lleno, en horas tan dichosas
como breves en el suelo,
de claridades de cielo
y de perfumes de rosas.

III

PERLAS Y ROSAS

Pasó un año, y ya cansada
del *idilio*, se dijo ella:
—¿Qué importa ser rica y bella
cuando no se es envidiada?
¿De qué le sirve brillar
á la perla y ser hermosa,
si se oculta, misteriosa,
en el fondo azul del mar?
¿Quién su existencia adivina?
¿y á quién, en cambio, no encanta,
cuando brilla en la garganta
de una beldad peregrina?
Pues no hay en ello desdoro,
quiero ya con ansiedad
surgir de la oscuridad,
como surge el astro de oro;
y sin miedo á una perfidia

que envenene mis placeres,
humillar á las mujeres
y verlas morir de envidia.
¿A qué este encierro fatal?
Mejor está, por hermosa,
en el búcaro la rosa,
que escondida en el rosal.

IV

EN EL FANGO

Y tendiendo al fin las alas
tras doradas ilusiones,
brilló en todos los salones
por su hechizo y por sus galas.
Quiso honrada y pura ser
y sucumbió como muchas;
de amor en las sordas luchas
fué vencida, y al perder,
abrasada en torpe anhelo,
á la par que la quietud,
la corona de virtud
que ciñó á su frente el cielo;
viéndose, en su desventura,
de todos menospreciada,
y de su hogar arrojada
por liviana y por impura,
hundióse en el vicio ruín
y arrastró, con ansia impía,
por el fango de la orgía
sus alas de serafín.

V

EL INFIERNO DE LA TIERRA

De hinojos ante un retablo
el diablo un día la vió,
y sonriendo se acercó
á la desdichada el diablo.
—¿Acaso no eres dichosa?
dijo á su oído.
—No tal.
—Se abrió en vaso de cristal
tu blanco cáliz de rosa,
y dando hoy triste al olvido
tus sueños de encanto llenos,
¿suspiras y echas de menos
tu verde rosal florido?
—¡Bien las redes me tendiste!
—¿Yo? ¡calumnias! te equivocas;
¡si cuando dais en ser locas

ni el mismo diablo os resiste!
Te perdió la vanidad;
pero me odias y te ofuscas...
—Pues si no eres tú, ¿qué buscas
en mi triste soledad?
¿Vienes á turbar la calma
que el cielo me concedió



ó codicias mi alma?
—¿Yo?
¿para qué quiero tu alma?
No temas que te arme guerra,
aunque pecaste, el averno;
para tí, ¿qué más infierno
que el infierno de la tierra?
Altiva, rica, orgullosa

y en pos de vano placer,
un día quisiste ser
envidiada por hermosa.
Y hoy, al verte despreciada
por tu impureza y perfidia,
¡eres tú quien siente envidia
de toda mujer honrada!
—¡Y en vano piedad imploro!...
De la oscuridad dichosa
salir quise, esplendorosa,
y brillar cual astro de oro,
¡y no ví, en mi ceguedad,
al ir tras goces que humillan,
que astros y virtudes brillan
mejor en la oscuridad!

CASIMIRO PRIETO.

EL GRAN CRIMEN

Á CARLOS REY DE CASTRO

¡Vedla allí!... de su crimen ante el peso
inclina la cerviz... vedla humillada.
Hecha la luz en el social proceso,
no espere compasión, no espere nada.

¡Infame! Se avergüenzan sus amigas
de haberla recibido en los salones,
cuando antes, orgullosa, las fatigas
despreciaba de amantes corazones.

Su delito es atroz... No hay madre seria
que sin asco la nombre ó no la ultraje;
no hay viejo que no apunte su miseria
ni mozo que hoy la rinda vasallaje.

—¿Es parricida?—No; no es parricida.
—¿Ha abandonado á un padre moribundo?
—¿Fué del patrio enemigo la querida
para el odio mover de todo el mundo?

—No; no hay mote sangriento que le cuadre
ni borrón que la ponga más confusa,
pues ese monstruo, oidlo, ha sido *madre*
¡y no arrojó su vástago á la Inclusa!...

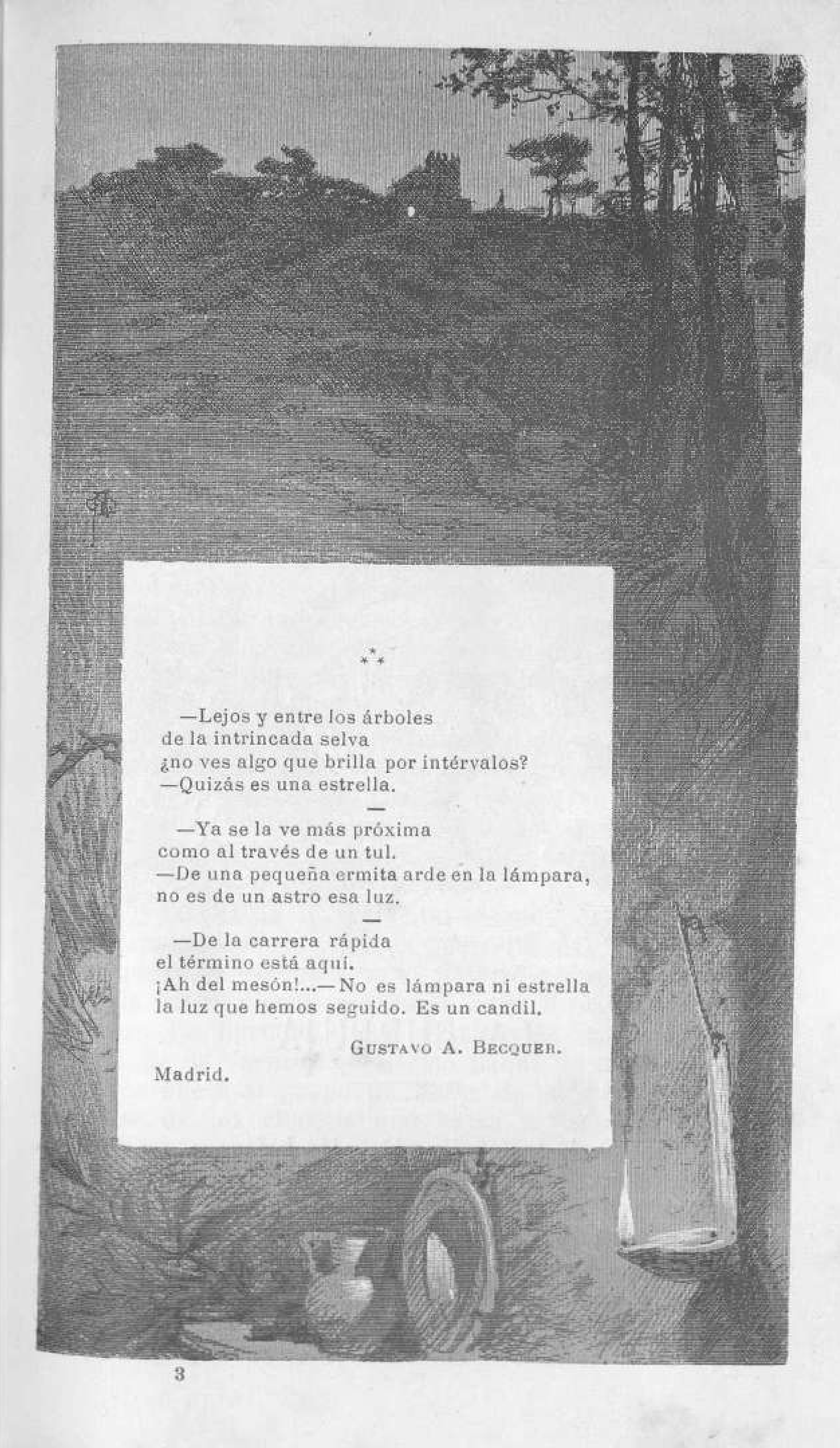
CARLOS G. AMÉZAGA.

Lima, 12 Junio, 1889.



A la galantería y á la amistad del eminente poeta y distinguido diplomático chileno don Guillermo Matta, debemos la siguiente poesía, inédita, de Becquer, con la cual, á su vez, fué obsequiado aquél por el reputado literato español don Augusto Ferrán, amigo íntimo del malogrado autor de las *Rimas*.

Hallándose dicha poesía escrita en una hoja de álbum que lleva al dorso un dibujo ejecutado por el mismo Becquer en Toledo, hemos creído honrar doblemente la memoria del insigne poeta ofreciendo á nuestros lectores estas dos muestras inéditas de la genialidad de Gustavo Adolfo Becquer.



***

—Lejos y entre los árboles
de la intrincada selva
¿no ves algo que brilla por intérvalos?
—Quizás es una estrella.

—

—Ya se la ve más próxima
como al través de un tul.
—De una pequeña ermita arde en la lámpara,
no es de un astro esa luz.

—

—De la carrera rápida
el término está aquí.
¡Ah del mesón!...—No es lámpara ni estrella
la luz que hemos seguido. Es un candil.

Gustavo A. Becquer.

Madrid.



LA BURBUJA

Dando saltos de trampolín sobre las hojas que se alargan, como lenguas, para probar el agua del río; montándose, tan pronto en una piedra oculta por la trenza del agua como precipitándose por una pendiente hasta emboscarse en la espiral de un remolino de espuma; encerrándose á veces en un sosegado círculo, donde da vueltas y vueltas para buscar la salida, como fiera que emprende su trajín dentro

de la jaula; huyendo placentera por los remansos, rabiosa por los remolinos, accidentada por los recodos, alegre y loca sobre las crestas; lamiendo á veces la tranquila orilla donde las hojas caídas toman puerto para descansar; uniéndose á veces á otra compañera para besarla y huir después por su camino, suelta, gentil, ligera, bullidora, la burbuja baila su danza permanente sobre el agua como si llevara un punto de oxígeno en su seno y hubiera arrebatado sus movimientos al azogue.

El lecho del río es un largo camino de cristal; las resonantes arboledas y las amables frondas forman la bóveda accidentada de su túnel, entre cuyos pabellones componen y escriben los pájaros su música.

La luz que penetra por las ramas, siembra de dorados lunares el agua, por donde pasa la loca burbuja, incendiando su cuerpo cristalino.

En los saltos que ejecuta, ve á un lado y otro de su camino las llanuras inmensas de los campos con las vacadas paciendo en la hierba; los grupos de mujeres que ondean los blancos cendales en la corriente; las huertas de limoneros con sus estanques y pavos reales, y la lejana casa de campo emboscada en un magnífico velo de rosales.

Llevada por impulso de rota ley de gravedad, duerme su sueño en constante movimiento; recorre en perenne viaje las márgenes que salen á su paso, y derrama la vista por la espléndida y rica baraja de paisajes de la naturaleza.

En los mármoles de la fuente, su vida es más indolente y perezosa. Revuelta en la metralla del surtidor, sube hasta tocar el elegante tallo abierto sobre el patio, por donde la luz se cierne soñolienta como á través de un velo de opio. La burbuja, dado el atrevido salto, cae sobre la taza de la fuente, que como palma de mano la recibe. Entonces únese al grupo de flores de espuma, que defendiéndose de los chorros que bajan á azotarle, hierve y se renueva, como las ideas dentro del caldeado cerebro. La burbuja mira bajo de sí los ágiles peces nadadores huir entre los círculos temblorosos como brevísimas góndolas de fuego. Un pez la traga abriendo la boca en la superficie y la vuelve á arrojar en lo hondo para que haga su ascensión por la masa movible; otro la persigue en alegre juego hasta pegarla al borde de la piedra; el de más allá la

rompe con un movimiento de la cola, y la engendra con otro nuevo movimiento.

Mientras ella va y viene dentro de la fuente y verifica una y mil veces sus evoluciones, en derredor del patio bullen en las jaulas los pájaros que hunden sus picos en las plumas y dejan oir alguna exclamación; abre el piano su larga boca, enseñando la nívea dentadura; balancéanse las personas en los asientos como en indolentes columpios, y la atmósfera embarga los ánimos y los hace resbalar dulcemente á los quietos lagos del sueño.

Dentro del círculo de piedra, la burbuja forma tan pronto parte de vistosísima randa que se desborda como colgadura por la fuente, ó se intercala al tejido de espuma que surge al caer de los chorros del agua, como se amotina en medio del bullicio de las demás, y bulle y salta y se revuelve en agitación constante y divertida.

En su incontrastable alegría, ni pára un solo punto, ni pide tregua para descansar, ni cesa una sola vez en su juego; es el movimiento continuo engendrado en un átomo microscópico.

En la copa de *champagne*, la burbuja gira en medio de más brillantes resplandores y de constelaciones más admirables. Del génesis oculto en el fondo del cristal sube entre una explosión de átomos dorados, que al igual de los astros, voltean como extraños mundos y se mueven por millares en la copa.

Al saltar de la botella el gaseoso vino en elegante tallo de espuma, las burbujas se anticipan á la caída, y en el aire forman su blanco penacho que va á llenar el cristalino vaso y á desbordarse en rumorosa cascada de alegría.

Al fino velo de espuma que cubre al pronto la copa como paño á sagrado cáliz de altar sigue la guerra encarnizada de los átomos, que se acometen y mezclan y confunden, semejantes á terrible batalla de seres formados por los gases.

Vencidos en el rudo combate los más débiles, y quedando dueños del líquido los victoriosos, suben éstos del fondo á la superficie sin osar impedirse la marma, y exclama una burbuja, en discurso que nace y muere dentro de la copa:

—«Yo soy la burladora de las leyes de gravedad, la molécula que engendra en el hombre los sueños felices,

la que empuja la frase de amor á los tímidos labios, la que excita y enardece la sangre y precipita los glóbulos rojos al cerebro, arrancando á las células desordenados párrafos de elocuencia. Yo me baño en la intensa luz de las bujías, cuando en alto la copa que sostiene la convulsa mano, miro en torno mío el cuadro ardiente de la orgía, y veo las radiantes figuras formar con sus brazos cadenas de amores á los cuellos.

Entre los mundos que ruedan por la esfera y los que se precipitan por el oscuro seno de los toneles, yo soy la poseedora de la alegría y la que contiene la chispa que da sus esplendores al talento. Yo figuro en las grandes mesas, colmadas de luces y cristales, y veo como ojo imperceptible retratarse en los vasos los trajes correctos y los ángulos agudos de las pecheras. Yo soy la molécula más regocijada de la creación, la que cierra las fiestas y banquetes, y la que entre los átomos brillantes de los demás vinos brinda únicamente por el amor.»

En el hoyo donde va á dar el engranado chorro de la canal, la burbuja se forma y deshace con más presteza que en los demás puntos donde vive. El alero de tejas muestra su fleco cristalino, que engrosa ó disminuye con la lluvia, y las gotas bajan agarradas unas á otras á formar sus rosas de burbujas en las piedras.

Con la rapidez con que desfilan á través de las ventanas del tren paisajes pintorescos, inmensos precipicios, crestas como cabelleras erizadas, arroyos, árboles, caseríos lejanos y toda la serie de incidentes que la velocidad va poniendo delante de los ojos, así se renuevan, y con más rápida ligereza, las bailadoras burbujas al caer el chorro de las canales. Un glóbulo monta sobre la espuma, apoyando su cuerpo en fragilísimos cristales; otro choca en su sutileza y le hace estallar para formarse de nuevo; el de lo hondo sube de pronto por un impensado capricho del agua; el de encima es roto con júbilo por otros que socavan su cimiento; cada burbuja nace y muere en un segundo, y cada explosión de cristales es seguida de un nuevo nacimiento de ellos, que rompen en brillantísima explosión.

En el herrado de la leche, las moléculas se juntan como para decirse secretos al oído y tomar sus medidas y precauciones. No bailan como las pompas de la fuente ni las que van con el eterno movimiento del río; se agrupan en

afiladas cordilleras y en copos de blancura azulada, de los que se desprende un levísimo tiroteo que el oído recoge con deleite. El aspecto de las burbujas hace soñar con los paisajes cubiertos por nevadas de luna, y con las alas de los cisnes blanquísimos.

Ya huyendo por el plano accidentado del río; ya girando como chispa de plata entre los mármoles de la fuente; ya irradiando como molécula de oro en la elegante copa de *champagne;* bien hirviendo bajo el alero colgado de chorros de cristales, ó adormeciéndose en el oscuro herrado como poseída de sueño delicioso, la burbuja merece los sones de la lira y las alabanzas de los poetas, porque ella suele trocar en grato esparcimiento, con su danza alegre y bullidora, las tristezas y las nostalgias del espíritu.

Para adormecer nuestras penas, póngase delante de nuestros ojos un irisado baile de burbujas, y recoja el oído la cadencia que hace la corriente al producirlo.

S. Rueda.



*
* *

Yo lucho por llegar y nunca llego,
amo sin ser amado
y me consume el fuego
que aviva el combustible del pasado.

J. Navarro Reza.



CANTOS DEL HOGAR

Á MIS HIJAS

Mi tristeza es un mar; tiene su bruma
que envuelve densa mis amargos días;
sus olas son de lágrimas; mi pluma
está empapada en ellas, hijas mías.

Vosotras sois las inocentes flores
nacidas de ese mar en la ribera...
la sorda tempestad de mis dolores
sirve de arrullo á vuestra edad primera.

Nací para luchar; sereno y fuerte
cobro vigor en el combate rudo;
cuando pague mi audacia con la muerte,
caeré cual gladiador sobre mi escudo.

Llévenme así á vosotras; de los hombres
ni desdeño el poder ni el odio temo;
pongo todo mi honor en vuestros nombres
y toda el alma en vuestro amor supremo.

Para salir al mundo vais de prisa,
¡ojalá que esa vez nunca llegara!
pues hay que ahogar el llanto con la risa
para mirar al mundo cara á cara.

No me imitéis á mí; yo me consuelo
con beberme la sangre de mi herida;
imitad en lo noble á vuestro abuelo:
¡sol de virtud que iluminó mi vida!

Orad y perdonad; siempre es inmensa
después de la oración la eterna calma,
y el ser que sabe perdonar la ofensa
sabe llevar á Dios dentro del alma.

Sea vuestro pecho de bondades nido;
no ambicionéis lo que ninguno alcanza;
coronad el perdón con el olvido
y la austera virtud con la esperanza.

Sin dar culto á los frívolos placeres,
que la pureza vuestra frente ciña,
buscad alma de niña en las mujeres
y buscad alma de ángel en la niña.

Nadie nace á la infamia condenado,
nadie hereda la culpa de un delito;
nunca para ser siervas del pecado
os disculpéis clamando: ¡estaba escrito!

¡Existir es luchar! No es infelice
quien luchando, de espinas se corona;

abajo, todo esfuerzo se maldice;
arriba, toda culpa se perdona.

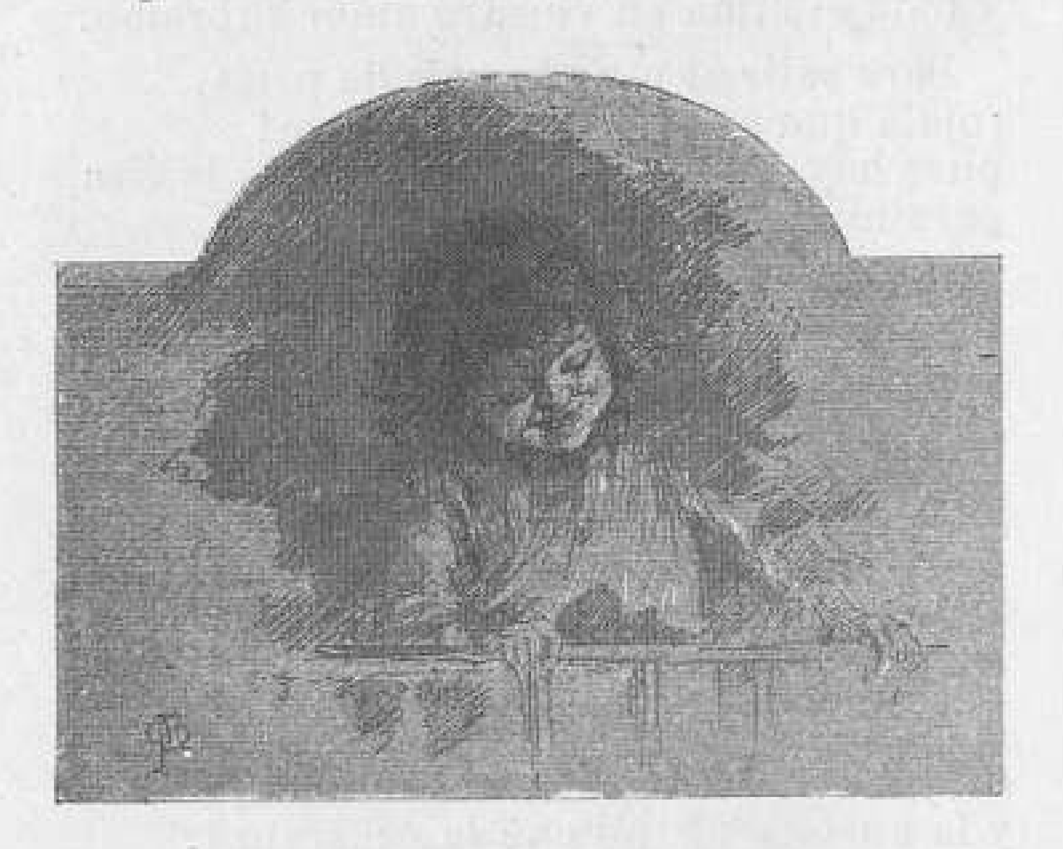
Se apaga la ilusión cual lumbre fatua
y la hermosura es flor que se marchita;
la mujer sin piedad es una estatua
dañosa al mundo y del hogar proscrita.

No fijéis en el mal vuestras pupilas
que víbora es el mal que todo enferma,
y haced el bien para dormir tranquilas
cuando yo triste en el sepulcro duerma.

Nunca me han importado en este suelo
renombre, aplausos, oropeles, gloria;
procurar vuestro bien, tal es mi anhelo;
amaros y sufrir, tal es mi historia.

Cuando el sol de mi vida tenga ocaso,
recordad mis consejos con ternura,
y en cada pensamiento, en cada paso,
buscad á Dios tras de la inmensa altura.

Yo anhelo que, al morir, por premio santo,
tengan de vuestro amor en los excesos,
las flores de mi tumba vuestro llanto;
las piedras de mi tumba vuestros besos.



EL GRAN GALEOTO

Margot está en el balcón
con medio cuerpo hacia fuera;
yo de pie sobre la acera
dándole conversación.
—¿Qué me quieres, hija mía?
—Irme contigo.
—No puedes;
Te mando que en casa quedes;
las niñas salen de día.

—¿De noche no?
—No.
—¿Por qué?
—Porque no... ya lo sabrás.
—¿Pero tú dónde te vas?
—Al teatro y al café.
—¡Al teatro! ¿Y es bonita
la comedia?
—Mucho, sí...
—Entonces llévame allí.
Voy á bajar...
—¡Margarita!
—¿Y al café cuándo te vas?
—Muy tarde, á la media noche.
—Bien, pues iremos en coche;
así, sí me llevarás.
—De noche no puedes ir
ni al teatro ni al café...
—¿Espantan?
—No.
—Pues ¿por qué?
—Porque no puedes salir.
—Pero dí, ¿por qué no puedo?
—Está oscura la ciudad.
—Dices que á la oscuridad
nunca se le tiene miedo.
—Traeré dulces al volver.
—¿Todos serán para mí?
—Todos.
—¿Pero todos?
—¡Sí!
—¿De veras?
—Todos, mujer.
—Así me quedo contenta.
—Bien, pues entra, que hace frío...
—¿Te vas?
—Me voy, ángel mío.
—Mis dulces...
—Calla, avarienta.
—¿Qué dices?
—Nada, tesoro,
que ya me voy, nada escucho.
—¿Me quieres?
—¡Te quiero mucho!
¿Y tú me quieres?
—¡Te adoro!
—Soy obediente.
—Por eso
vives ya tan consentida.
—Un beso...
—Toda mi vida
te mando con este beso.

Pasaban á la sazón
varias gentes por la acera,
y al oir de tal manera
cortar la conversación,
nos juzgan pechos de lava
que laten de amor en pos,
y dicen: —¡Vaya! ¡son dos
que están pelando la pava!



EL CUENTO DE MARGOT

—Vamos, Margot, repíteme esa historia
que estabas refiriéndole á María;
ya ví que te la sabes de memoria
y debes enseñármela, hija mía.

—La sé porque yo misma la compuse.
—¿Y así no me la dices? Anda, ingrata.
—¡Tengo compuestas diez!
—¡Cómo! repuse,
¿te has vuelto á los seis años literata?

—No, literata no; pero hago cuentos...
—No temas que tal gusto te reproche.
—Al ver á mis hermanos tan contentos
yo les compongo un cuento cada noche.

—¿Y cómo dice el que contando estabas?
—Es muy triste, papá, ¿qué no lo oiste?
—Sólo oí que lloraban y llorabas.
—¡Ah! sí, todos lloramos; ¡es muy triste!

Imagínate un niño abandonado,
de grandes ojos de viveza llenos,
rubio, risueño, gordo y colorado
como mi hermano Juan, ni más ni menos.

Figúrate una noche larga y fría,
de muda soledad, sin luz alguna,
y ese niño muriendo, en agonía,
encima de la acera, no en la cuna.

—¿En las heladas losas?
—Sí, en la acera,
es decir, en la calle...
—¡Qué amargura!
—Hubo alguien que pasando lo creyera
un olvidado cesto de basura.

Yo pasaba; lo ví, bajé mis brazos
queriendo darle maternal abrigo,
y envuelto en un pañal hecho pedazos
lo alcé á mi pecho y lo llevé conmigo.

Lloraba tanto y tanto el angelito,
que ya estaban sus párpados muy rojos...
Y á cada nueva queja, á cada grito
el alma me sacaba por los ojos.

Me lo llevé á mi cama; entre plumones
lo hice dormir caliente y sosegado...
¡Cómo hubo en este mundo corazones
capaces de dejarlo abandonado!

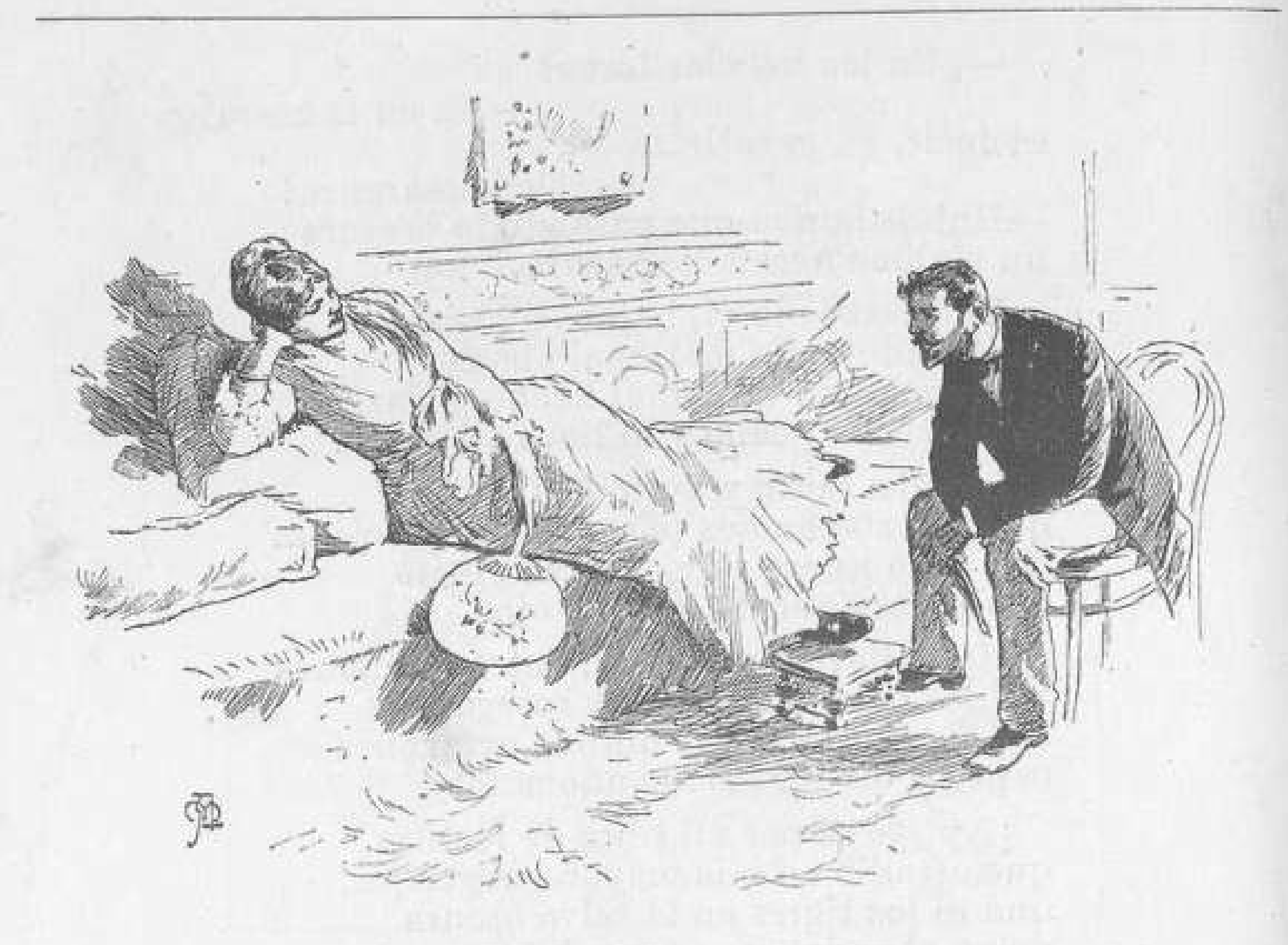
¡Ay! yo sé por mi libro de lectura,
que estudio en mis mayores regocijos,
que ni los tigres en la selva oscura
dejan abandonados á sus hijos...

¡Pobrecito! yo sé su mal profundo,
le curo como madre toda pena...
Parece que este niño en este mundo
no es hijo de mujer sino de hiena.

De mi colchón en el caliente hueco
duerme para que en lágrimas no estalle.—
Y llorando Margot, mostró el muñeco
que en cierta noche se encontró en la calle.

Méjico. JUAN DE DIOS PEZA.





LA PRIMERA PIEDRA

Descubriendo, mal velados,
de hechizos rico tesoro;
sueltos los cabellos de oro
sobre los hombros nevados,
y sentada en un diván
en actitud perezosa.
dijo, suspirando, Rosa
al calavera Julián:
—Del lujo y placer cansada,
renuncio á ellos sin pena,
y quiero, desde hoy, ser buena,
que es ya casi ser honrada.
—¿Conque estás arrepentida?
dijo él, con risa burlona;
¡bah! el mundo nunca perdona
á la mujer fementida
que su deber ha olvidado
por las blondas y brillantes,
en brazos de cien amantes ..
—Aquel que esté sin pecado,
replicó ella, desdeñosa,
contra mí, pues no me arredra,
tire la primera *piedra*...
Y él dijo, riendo: —¿*Preciosa*?

Casimiro Prieto.

CELEBRIDADES ARTÍSTICAS



María Alvarez Tubau de Palencia

EMINENTE ACTRIZ ESPAÑOLA

MARÍA TUBAU



GRACIA, talento, distinción, belleza, todo lo reune la gran artista, cuyo retrato honra nuestras páginas. No en vano los diarios de Buenos Aires le presagiaron brillantes triunfos escénicos y ovaciones entusiastas cuando se anunció su venida; todas las predicciones se realizaron de la manera más acabada.

El público bonaerense ha colmado de aplausos y de obsequios á la actriz mimada del público de Madrid y Barcelona. No hay que decir cuánto se ha sentido halagada María Alvarez Tubau ante las muestras de adoración de que la ha hecho objeto un público lleno de autoridad para discernir el mérito artístico, puesto que á sus teatros convergen todos los grandes actores de Europa. Coquelin y Sara Bernhardt, Rossi y Virginia Marini, la Dusse y el malogrado Rafael Calvo, todos han sido oídos aquí y admirados por el mismo publico que ha tributado ovaciones á María Tubau, consagrando así su portentoso talento escénico.

María Alvarez Tubau ofrece escaso trabajo para el biógrafo. Su existencia no ha sido aventurera, no ha dado margen á la anécdota mundana, y por consiguiente, con decir la fecha de su nacimiento y mencionar su boda con Palencia, puede darse como hecha su biografía. En la vida privada, es y ha sido una verdadera dama, una madre de familia cariñosa, que muchas veces habrá sentido, durante sus triunfos en América, asomar las lágrimas á sus ojos, pensando en los pedazos de su alma que dejó en Barcelona.

María, que es así como la llaman familiarmente todos sus amigos, nació en Madrid, hija de madre catalana, allá por los años 1853, de manera que cuenta actualmente treinta y

cinco años. Quince años poco más ó menos hará que se dedica al teatro, y en tan poco tiempo, ¡cuántas creaciones y cuántos triunfos! Muertas para desdicha del arte español Matilde y la Teodora, retiradas de la escena aquella Elisa Boldún, encanto de otros tiempos, y la Mendoza Tenorio, que aplaudíamos ayer todavía, nadie se atreve á disputar á María el cetro de la escena. Hoy por hoy, es la primera actriz española.

Donde nuestra actriz se reveló con todo su talento, fué en el teatro de la Comedia de Madrid, en la excelente compañía de Emilio Mario. Recuerdo todavía los aplausos que el público y la prensa le dedicaron, en la esmerada interpretación de *La Criolla*, hermosa comedia que fué como el canto del cisne del gran García Gutiérrez. Era un encanto oir á la Tubau hablando cubano, verla en las perezosas actitudes de una criolla, y sobre todo, saborear la zalamería de que rodeaba gestos y palabras.

Desde aquel momento los autores escribieron para la Tubau, y Blasco, Miguel Echegaray, Vital Aza, Ramos Carrión y Palencia, todos le deben parte de los buenos éxitos que han obtenido con sus producciones.

Más tarde, esposa del distinguido autor Ceferino Palencia, se separó de Emilio Mario formando compañía por su cuenta. Desde entonces su cuartel de invierno es el Teatro Principal de Barcelona, cuya escena gloriosa ha servido de pedestal á todos los más grandes actores que ha tenido España. Y en aquel teatro, María Tubau, separándose del repertorio de Mario, ha ido poco á poco adquiriendo un repertorio propio y exclusivo, dando participación señalada al teatro extranjero moderno.

Con este motivo ha podido demostrar la flexibilidad de su talento cómico, que con suma facilidad interpreta hoy la *Villana de Vallecas* de Tirso, y mañana la Cipriana del *Divorçons*. Y al par que comprende los tipos exóticos de los teatros de Dumas y Sardou, resucita los personajes de Bretón y de Ramón de la Cruz, y dice como nadie los discreteos del teatro antiguo. Y en interpretar lo que ve y oye, es decir, lo que puede estudiar del natural, nadie le lleva ventaja, siendo buen ejemplo de ella la chula del sainete de Ricardo de la Vega y la criolla de García Gutiérrez.

Cuando debe representar un tipo descocado y desen-

vuelto, de los que tanto abundan en el teatro francés, sin falsear el personaje sabe revestirlo de una delicadeza tal, que á nadie alarma. En una palabra, les hace perder el movimiento acancanado. Sucede lo que con aquella *apsada* de la India, á quien sirvieron una copita de ajenjo, y que con sólo aplicar los labios á la copa transformó su amargor en dulzura de ambrosía.

Esta es, descrita en pocos rasgos, María Tubau, que ¡ojalá viva muchos años para encanto de la raza española!

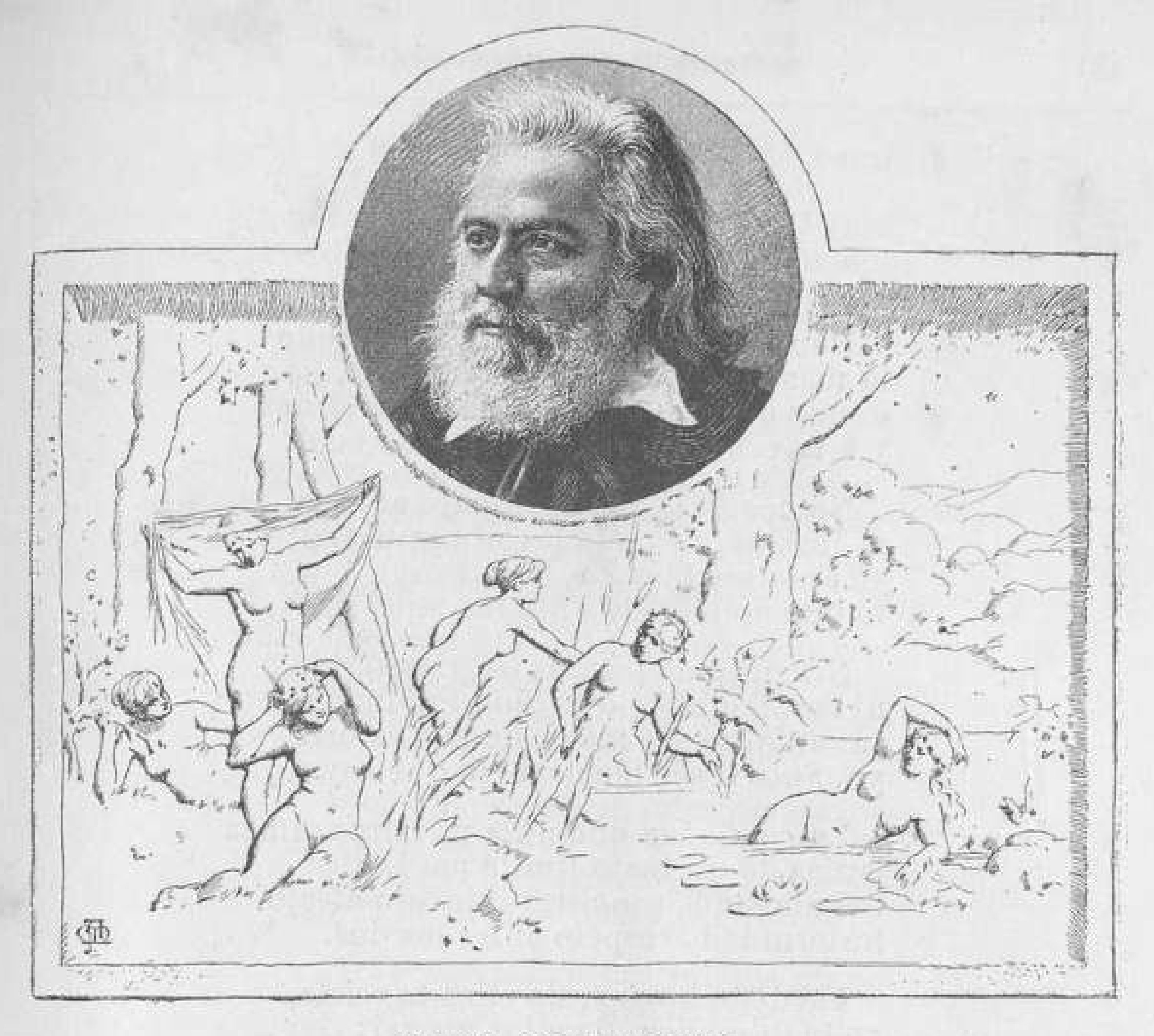
F. R.



BESOS PECAMINOSOS

—¿Tomas, Ifigenia, á mal
que te bese?
—Ten más seso:
antes de la boda, el beso
es un pecado mortal.
De mis mejillas las rosas
ajara su llama impura...
¡Lo ha dicho el cura!
—Y el cura
¿qué sabe, dí, de estas cosas?
—Pues es pecado... ¡y mortal!
—¿Y si tu madre, Ifigenia,
me da su venia?
—¿Su *venia*?
será pecado *venial*.

Casimiro Prieto.



BAJO RELIEVE

Se están bañando, entrada ya la noche
esplendorosa y cálida, en el golfo
que dulce arrulla á la sin par Corinto.
Parecen hijas de la luna envueltas
en cendales de luz. La linfa clara
de placer se estremece acariciando
en su seno azulino aquellos cuerpos
de limpia perfección. Las actitudes
de las esbeltas vírgenes desnudas
son armoniosas como un himno... ¡Urania!... [1]
Del sereno cristal el dios acaso
furtivo entre los juncos las atisba,
codicioso de amarlas. ¡Divo Scopas!
¡Oh Phydias! á inspiraros venid luego
en la contemplación arrobadora
de formas que en el mármol se eternicen.
Yo aspirando á gozar celeste dicha,
á una de esas doncellas de ojos garzos
y cabellera rubia, ante las aras
llevaré de Hymeneo al alba pura;
y si me son los númenes propicios,
hijos tendré cual Endymión hermosos,
dignos del triunfo en la brillante Olimpia.

Buenos Aires, 1889. CARLOS GUIDO Y SPANO.

[1] «Venus Urania, llamada también Venus celestial, nombre dado por los griegos y los romanos, ora al cielo tomado como diosa, ora á una Venus superior é ideal, que no puede inspirar deseos materiales.»—*Bouillet*.

A MATILDE

Hace tiempo, Matilde, que nos une
la más sincera y plácida amistad,
donde ocasión tuvimos de estudiarnos
y á la vez comprendernos cada cual.

No nos guió jamás cálculo alguno,
ni interés, ni malicia, ni inquietud;
yo ante tus ojos era lo que era
lo que eras fuiste ante los míos tú.

Ninguno de los dos ha pretendido,
ni con laudable ó pérfida intención,
tú, ante mí ser mejor de lo que eres,
yo, ante tí ser mejor de lo que soy.

La confianza que unía nuestras almas
jamás de un justo límite pasó,
fué amistad, sencillez, sincero afecto,
fraternidad, respeto entre los dos.

Me diste novias, de ellas te reiste,
yo te dí novios, de ellos me reí;
pero en tu risa ví asomar la noche,
y en la mía la aurora ví surgir.

Se altera de repente la alegría,
de tu amistad se agita el lago azul;
yo río alegre, eternamente río,
triste, muy triste te sonríes tú.

Y una noche ¿recuerdas? Tú al pïano
arrancabas gemidos de dolor,
y yo sentía entre las notas trémulas
murmullos de esperanza y de pasión.

Tú elevaste los ojos hacia el cielo,
yo, hasta tí los míos elevé,
y sentí de tu seno deslizarse
un papel que en la alfombra fué á caer.

¡Y lo leí! «¡Cuando se ríe, siento
algo que aquí en mi seno también hay:
sollozos de ángel, músicas de niños,
y las sonoras risas del hogar!»

En un coro de alegres carcajadas
trocóse el himno que cantabas tú;
y de entonces sentí melancolía,
dulce tristeza, plácida inquietud.

Y te alzaste ante mí risueña y pura,
esplendorosa, alegre, sin igual,
mientras yo triste, pálido y enfermo,
sin hallar más placer que tu amistad.

Y una tarde ¿recuerdas? Al naranjo
subí para arrojarte el azahar
que recogías tú, graciosa, abriendo
y extendiendo tu blanco delantal.

Tú elevaste los ojos hacia arriba,
entreabriendo tus labios de carmín;
desbordóse hacia atrás tu cabellera,
yo los gajos con fuerza sacudí.

Cayeron sobre tí los azahares,
entre tus labios uno se posó,
bordaron muchos tus cabellos de oro
sobre tu seno ví temblando dos.

Mas ¡cómo resistir sobre tu seno
dos argentadas flores de azahar
sin que al suelo cayeran, ya marchitas
por el fuego y la llama del volcán!

Al recogerlas, sobre tu alba mano
cayó un papel que arrebataste tú;
tiñéronse de sangre tus mejillas
y le leíste al fin con inquietud.

«El suave ritmo que la curva línea
de tu inocente seno hace ondular,
tiene algo de esa música celeste
que causa en mi alma inexplicable afán.

»Siento el eco de risas infantiles
y de tus labios creo ver surgir
inefables sonrisas de angelitos
que acrecientan mi dulce frenesí.»

Y desde entonces, tristes, pensativos,
viendo alzarse la espléndida visión
de una casita que un sauzal rodea
y presta aromas un naranjo en flor;

por la maldita suerte separados,
con la esperanza del supremo bien,
vamos los dos, unidos por el alma,
soñando con la risa de un bebé.

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos-Aires, Junio de 1889.



EL FAUNO

Á CARLOS GUIDO Y SPANO

Entre la sombra del follaje hundido,
esconde el viejo Fauno su figura,
y acecha, cauteloso, en la espesura,
la blanca ninfa que su pecho ha herido.

Brillan sus ojos lúbricos... El nido
le habla de amor, el viento le murmura
cálidas frases, y en la selva oscura,
¡amor! repite el pájaro escondido.

Flotar dejando sus cabellos de oro,
ligeras, ondulantes, vaporosas,
cruzan las Ninfas en alegre coro;

el Fauno elige de las más hermosas,
y huye á ocultar su espléndido tesoro,
del bosque en las penumbras misteriosas...

Buenos Aires, 1889. LEOPOLDO DÍAZ.

HUALLPA INCA

ó

EL EMPERADOR ANDALUZ

(1665)

No sólo en Münster y en otras ciudades de Alemania hubo profetas falsos y embaucadores ladinos en los siglos pasados. En América los hubo también, y fueron teatro de sus embustes la sultana del Rimac y la togada Chuquisaca, los valles poéticos de Tucumán y las ásperas serranías de Catamarca.

A mediados del siglo XVII, apareció en las calles y en las plazas de Lima un hombre singular de una labia asombrosa y abundantísima, que con sus arengas y narraciones traía revuelta á toda la ciudad. Contaba maravillas de lo que había visto en las tierras altas del Perú y en las fragosidades de las comarcas chilenas.

Dábase á aquel extraordinario personaje el nombre de Pedro Bohorques, aunque las malas lenguas de las beatas viejas de Lima, decían que no era Bohorques, sino Clavijo y muy Clavijo, y que por tal lo tenían en Potosí, donde el pájaro era más que conocido por astrólogo, metamorfoseador, adivino, y rufián también, entre la crema social potosina de aquellos tiempos. Pero en Lima, el aparecido se hacía llamar Bohorques y por Bohorques lo tenían todos los que en él creían; y como desde el Virrey abajo no había uno solo que dudara de la veracidad de sus hallazgos y aventuras, por Bohorques tomaba todo el mundo á aquel especie de Cagliostro que tanto ruido hizo en las crónicas coloniales del tiempo.

Cuando el recién llegado se paraba en la plaza Mayor de Lima, las mujeres y los hombres le rodeaban; juntábanse en torno suyo soldados y paisanos, cholos, indios y negros, europeos, criollos y mestizos, y todos, con la boca abierta, oían deslumbrados las aventuras y episodios de sus viajes,

que, aunque durasen de sol á sol, siempre eran cortos para tanto majín descompuesto con la sed de riquezas y para tanta imaginación montada hasta el quinto cielo con la idea de encontrar la piedra filosofal en las entrañas de América.

Aquel padre de los charlatanes y saltimbanquis, que tenía puntas de Cagliostro, de Mesmer y de Casanova, y que les daba diez vueltas á los tres juntos, contaba su estadía y su asilo en la ciudad de los Césares, allá en los senos más hondos de la cordillera, en una gran laguna resumida, donde vivía un gran pueblo, muy retirado del mundo, sobre un suelo aurífero, de diamantes y zafiros, cuyas armas y herramientas eran todas de metales preciosos, y en cuyas moradas gigantescas, las columnas, los pisos y los techos, los estucos y las paredes, eran de oro y de plata, superando en riquezas á todos los palacios que tuvo el gran imperio de los incas en el reinado famoso de Huaina Capac.

El pueblo se electrizaba con aquellas historias; los no ordenados renunciaban á su santísima carrera, los frailes y los ordenados, no pudiendo renunciar, tiraban los hábitos, dejaban poblarse la corona y crecer la barba, y formaban especie de mesnadas entre ellos, para ir en busca de aquel famoso pueblo, más famoso que los de las Mil y una Noches. Olvidaban las beatas las novenas y las setenas y andaban embarulladas con los cuentos del andaluz. La historia, parca en sus narraciones, no dice como la crónica, que hubo hasta monjas á quienes llegaron las historias y que se mandaron mudar de sus conventos, vestidas de caballeros, con las ropas del sacristán que las prestaba gentilmente para la escapatoria. En fin, toda Lima andaba alborotada con el forastero, y las tapadas se encargaban de alborotarla más, pues se dice que Bohorques, además de embaucador de hombres, era embaucador de mujeres y tuvo muy buenas fortunas, así en las bajas como en las altas clases sociales, debido no sólo á las habilidades de su lengua, sino también á su hermosa y gentil apostura.

Llegó el renombre del recién llegado al palacio del Virrey y la Virreina lo recibió en su cámara, y los oidores de la Real Audiencia no quisieron ser menos y lo llevaron á sus casas y se entusiasmaron con él las *oidoras;* y lo buscaron los fiscales de cámara y los miembros del Tribunal

de Cuentas y los alcaldes y demás concejales. Andaba Bohorques de un lado á otro, como Niño Dios, y todos lo adulaban y todos lo festejaban, bebido, alimentado, agasajado en todas las casas, llevado á bodas y bautismos, á saraos, á toros y cañas, á cuanta fiesta se daba en Lima por aquellos días de bendita credulidad.

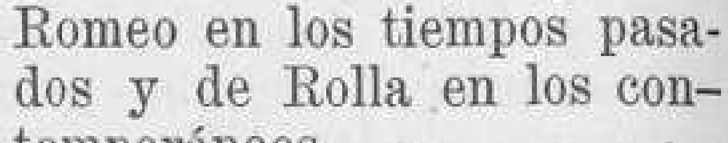
Se le había desatado la lengua al andaluz diez veces más que cuando la soltaba para hablar al pueblo. Mentía y rementía por los codos, y como era el único que en aquel tiempo de la pajuela tenía fósforo en la imaginación, más feliz que Colón y que los famosos descubridores, él contaba con las enormes tragaderas del auditorio para echar cada bola como un templo con una admirable desenvoltura y zafaduría.

Cuando los cascos limeños estuvieron bien enardecidos con las patrañas de aquel mágico aventurero, comenzó éste á mostrar otro género de habilidades. Era un brujo de nota, hacía desaparecer palomas de entre las manos; tragaba fuego, se comía las agujas de las damas de cámara de la Virreina, les hacía desaparecer y reaparecer las piochas á las damas de campanillas, le sacaba al Alcalde de primer voto las onzas del chupetín y al Preboste de la Hermandad le extraía huevos de gallina de las narices y de la boca.

Hacía dormir á los maridos con tres ó cuatro puñados de aire que les tiraba á la cara, y durante el sueño del consorte se tomaba libertades que un lector del siglo XIX no necesita que le expliquen. En Lima, donde nunca ó rara vez llueve, él hacía llover; anunciaba los remesones, la llegada fija de los galeones, los hechos de armas del continente, y en fin, todo cuanto era extraordinario en aquellos días en que el teléfono y el telégrafo estaban esperando los dos siglos largos que les faltaban para nacer.

Con todas estas habilidades, aquel descubridor de ciudades de oro, las encontró en Lima sin ir más lejos; las arcas reales se derramaron en sus bolsillos y hasta las de los jesuitas, que ya empezaban á ser banqueros y especuladores de avería en el mundo, quedaron limpias para pagar los secretos de aquel prodigioso mago y magnetizador. Tenía bien llenos sus talegos y sus arcas Pedro Clavijo, y más de un balcón limeño se abría para él solo á altas horas de la noche, cuando el Gran Inquisidor, un

fraile de campanillas de la Real orden de Santiago, á quien aquel famoso don Juan le había seducido la dama, metió tal bulla y tanta protesta en los antros del Santo Oficio, que Clavijo, denunciado por hereje, fué prendido una madrugada, en el instante mismo en que bajaba de su balcón favorito, después de haber pasado una noche, digna de Romeo en los tiempos pasados y de Rolla en los contemporáneos.



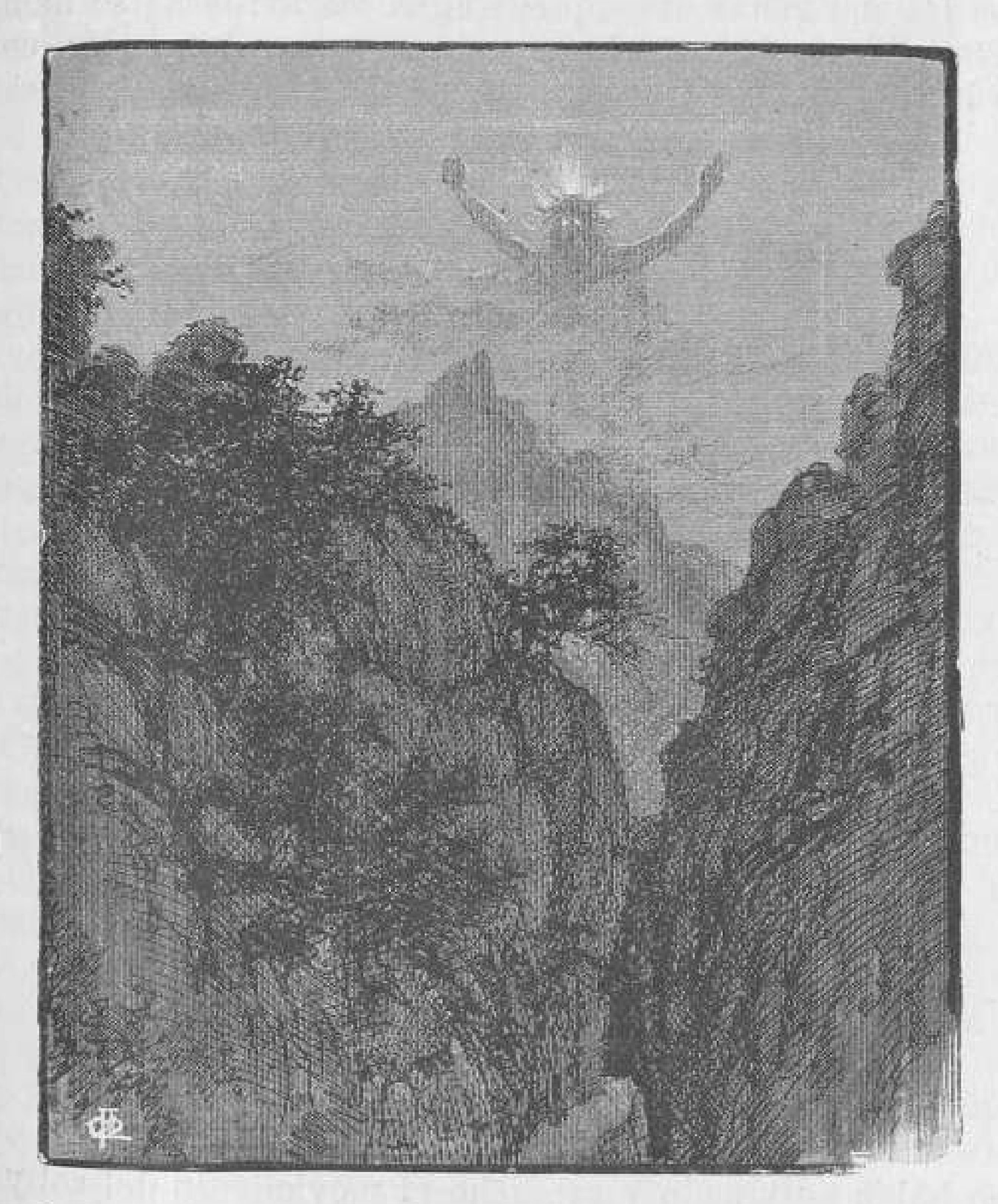
Se despertó el marido á los gritos y alarmas de la ronda, y en paños menores, con un frío de todos los diablos, empuñó la llave de la puerta de la calle, que más que llave era arcabuz ó mosquete, la abrió y se encontró con los corchetes del Inquisidor Mayor que prendían á Bohorques; dió las gracias á la autoridad por la manera cómo le defendía la honra, y regresando al techo conyugal, muy satisfecho de la policía de Lima, aplicó á su consorte una recomendable azotaina y se durmió muy contento de haberse vengado de una manera tan capital.

El pregón anunciaba al día siguiente que Pedro Bohorques no era otro que Pedro Clavijo, andaluz zaparrastroso, falsificador y ratero, venido á Indias para deshonra de andaluces, y que juzgado por el Santo Oficio se le desterraba al presidio de Chile en una saetía próxima á zarpar de la rada del Callao.

En vano pidieron por él casadas y solteras, de alto y bajo cuño, beatas y reclusas; todo fué en vano: fué desairado el bello sexo de Lima; y cuando el crepúsculo caía sobre las aguas del Callao, desde lo alto de sus fuertes,

pudo verse á la saetía cubierta de velas, que aprovechando las brisas panamaenses, salía viento en popa, llevando á su bordo aquel Lovelace y hechicero que llenó con sus hazañas y aventuras el salón limeño de siglo XVII.

Poco tiempo después, en los ópimos valles del Tucumán, los arrieros que venían de Salta y Jujui, llegaban contando



que habían visto entre los árboles del camino ó sobre los altos picos de las sierras, una figura majestuosa, que por la noche atravesaba como una sombra llevando en la cabeza un capullo de luz blanquecino. Decían los arrieros que cuando aparecía la fantasma, las mulas temblaban y luego tomaban la carrera, desbarrancándose muchas de ellas en la fuga. Venían las mismas especies de Catamarca, y más graves aún, porque allí decíase que la fantasma había visi-

tado los campamentos de los indios calchaquíes pacificados desde el gobierno de don Felipe de Albornoz, y que se había presentado una noche en sus aduares, había tocado la roca con una vara, haciendo brotar de ella un chorro de agua roja, que los indios habían bebido cayendo en una especie de encantamiento. Contábase, además, que embriagados los indígenas con aquella agua maravillosa, se habían congregado alrededor del aparecido, y que les había contado las hazañas de sus antepasados; cómo el Inca Pachacutec había adivinado y predicho el movimiento del sol y de los planetas; cómo Huaina Capac, había atravesado desde el Cuzco hasta Tucumán, montañas, ríos y raudales con trescientos mil guerreros, y como los españoles habían derrumbado, ensangrentado y robado todo el maravilloso imperio de sus mayores.



Gran susto se pegaron con la noticia las autoridades de Tucumán, y las devotas y los frailes no cabían en sus camisas, cuando supieron que el fantasma no era otro que

Huallpa Inca, descendiente en línea recta de Manco Capac y de Mama Oello, á quien los calchaqueís, ya en armas, obedecían ciegamente formando huestes guerreras y amenazando de nuevo las ciudades cristianas.

El susto fué grande, cuando una noche borrascosa aparecieron en las vecindades del pueblo los fogosos calchaquíes, y los escuchas vinieron contando que allí estaba Huallpa con diez mil guerreros, ceñida la frente del *llautu*, cubierto por una cota deslumbrante de pechos de colibríes y lleno de collares de perlas y piedras preciosas.

Temblaban los soldados y creían en ánimas, y el Gobernador á la sazón del Tucumán, don Alonso Mercado y Villa-corta, anduvo más que corto para tomar las de Villadiego y tratar con paños calientes á aquel aparecido, que en son de guerra le venía á molestar en sus dominios. Pidió el Gobernador una entrevista al Inca, y éste se la otorgó en su campo, donde después de muchas arengas y aparatos, quedó convencido el español de la necesidad de tratar con aquel monarca que le aseguraba la paz de los indios, mediante ciertas contribuciones personales.

Entretanto, llegaba á Lima la nueva de la aparición; y de la quebrada de Humahuaca, y de Oruro y de Potosí, iba el chisme de que el aparecido era ni más ni menos que Clavijo. Juraban los del presidio de Chile, que Clavijo había muerto y que estaba enterrado, y que el que de allí se había fugado, era un Bohorques, que tanto les había rogado y adulado que le dieron libertades que se tomó más de las necesarias.

—¡Vaya un alcornoque ese guardián de presidio! exclamó el Inquisidor, cuando supo la candorosa respuesta del de Chile.

Y en el acto salió un propio para el gobernador Mercado, que á paso de mula y por medio de chasquis pedestres llegó á Tucumán en treinta días, con orden de batir al Inca y de tomarlo vivo ó muerto.

Hizo de tripas corazón Mercado contra el miedo de los aparecidos; convocó á la gente de guerra, y con treinta arcabuceros y ciento ochenta espadas con sus correspondientes adargas y rodelas, y un pedrero, salió de Tucumán para Salta, no sin poner en juego antes las artes de la diplomacia para ganarse al falso Inca, que comprendió las tretas del Gobernador y se puso en retirada para las gua-

ridas de los calchaquíes y humahuacos en Salta. Hasta allí le siguió el Gobernador y allí los arcabuceros y la gente de arma blanca dió á Su Majestad el Inca Pedro Clavijo tan recia batida, que dos meses después el aparecido estaba bien seguro en el lomo de una mula, acompañado de un oidor de Chuquisaca, viaje de Lima.

Alborotóse el cotarro de las mujeres; la Virreina metió su influencia y la metieron las *oidoras, las fiscalas* y las *licenciadas* de alto coturno, y se perdonó la vida de tan famoso y adulado personaje, hasta que un nuevo levantamiento de los *calchaquíes* en que él tenía tanta parte como el Santo Padre, lo echó, quieras ó no quieras, al patíbulo de la Plaza Mayor, donde unos dicen que murió á garrote y otros despedazado por cuatro potros, que todo es lo mismo para entregar el rosquete al diablo.

Lloraron las matronas y damiselas limeñas la muerte de Pedro Clavijo, y las leyendas indígenas referían, hasta ahora un siglo, que en las minas de Catamarca y en los bosques de Tucumán, solía aparecerse el Inca Huallpa, contando su regreso de la ciudad de los Césares y sus buenas fortunas en la sultana del Rimac.

LUCIO V. LÓPEZ.



LA COPA ETERNA

De las penas de muerte que ejecuta
nuestro destino impío,
en Sócrates se llama la *cicuta;*
en Cristo *hiel*, y en cuanto vive *hastío*.

1889. RAMÓN DE CAMPOAMOR.



LAS MUSAS

Vivaz, armonïosa,
risueña y sonrosada,
el trágico coturno
crujiéndole en las plantas,
volcado el traje en opulentos pliegues,
la Musa excelsa de los griegos pasa.

Morena, y tan hebrea
la carne como el alma,
musa de los cantares,
noctívaga inflamada,
la dulce Sulamita, olor de rosas
por los viñedos de Engadí derrama.

Batiendo entre las nieblas
del Rhin la veste blanca,
tendidas al castillo
las silenciosas alas,
desciende, envuelta en claridad de luna,
la pensativa Inspiración germánica.

Cruzando aquí llanuras,
trepando allá montañas,
joven, hermosa, llena
de ensueños y esperanzas:
—«¡Al ideal, nos grita, á las alturas!»
la adolescente Musa americana.

Rafael Obligado.



PROMESA CUMPLIDA

Á MI HIJA SARAH EN LA NOCHE DE SU BODA

(EN SU ÁLBUM)

«—Ruego que no se rompa el sello que reserva estas hojas.» *Sarah.*

Al pensil hermoso donde está su nido
dos tórtolas llegan... con dulce gemido
que es himno á la vez,
su fronda sacude gentil naranjero
y de blancas flores tapiza el sendero
que huellan sus pies.

—

Brilló Héspero entonces, más vivo en el cielo. .
nubes de azahares formaron un velo...
la orquesta calló;
y cual si la hiriese del misterio el ala,
á poco, en silencio, la espléndida sala
desierta quedó...

—

Ya todos se fueron... y también aquella
que era *en mi horizonte* la polar estrella,
ángel de mi hogar,
maga encantadora, forma peregrina,

corazón amante, bondad que domina
sólo con mirar!

—

Cubrían la alfombra, del baile despojos...
llanto indefinible cayó de mis ojos...
El *álbum* tomé...
Y el sello y la banda — con nerviosa mano, —
que en tres hojas puso como íntimo arcano,
mi Sarah, rasgué.

—

¿Dolor ó alegría?... No sé, ni podría
en aquel momento decirte, hija mía,
lo que yo sentí.
Oir parecióme tu voz dulce y grata
que me repetía: *¿Cuándo pone, tata,*
sus versos aquí?

—

¿Mis versos?... Pedazos del alma, destello
de lo más sentido, más fúlgido y bello
de mi inspiración,
velado en torrentes de luz y armonía,
quisiera en tu *álbum* poner, vida mía,
y en tu corazón!

—

En páginas albas, el sello era emblema
de la que aguardaba, sublime diadema,
tu sien virginal;
con ella ahora entras en el prometido
edén, cuyas puertas sólo abre el ungido
amante nupcial!

—

¡Que tu unión bendiga quien todo lo puede!
¡que adversa ó propicia, tu existencia ruede
pura y siempre en flor!
Brinda al tierno esposo, y él te dé colmada,
siempre embriagadora, la copa encantada
del sincero amor!

—

Cual raudal fecundo, de esperanzas lleno,
los vástagos sean que brote tu seno,
como él, como tú;
y nazcan en lecho de lauros y rosas,
los hijos, valientes; las hijas, hermosas;
todos con virtud.

—

Si tú eres la estrofa mejor de mis cantos,
como dijo un bardo famoso entre tantos
que te dan loor;
¡musa inspiradora, realiza en la tierra
el mejor poema que la vida encierra,
que es el del amor!

—

Y cuando abandones las nativas playas,

sol esplendoroso, doquiera que vayas
revela, ideal,
el tipo acabado de gracia y belleza
que imprime á sus hijas la genial grandeza
del pueblo oriental.

—

¡Salud, oh gran pueblo!... Salud, nobles almas,
que habéis arrojado mirtos, lirios, palmas
á mi serafín!
¡Que en vos, vuestros hijos y en cuantos os amen,
con pródiga mano los cielos derramen
ventura sin fin!

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

Montevideo, Mayo 26 de 1888.

RETRATO Y CONSULTA

Es un diablo, lector, esta María,
de quien pretendo haceros el retrato;
su ex novio, cuando lo era, me decía:
—¡Yo la dejo ó la mato!...

Es un pillo, incapaz de corregirse,
que llama con los locos de sus ojos,
y se hace enamorar, para morirse
de risa, á sus antojos.

Más traviesa que un niño de cinco años
es su pálida cara, siempre en juegos;
se goza en ver brotar los desengaños,
y en rechazar los ruegos.

Y tiene en las mejillas dos pocitos,
que gritan, yo les oigo: ¡vengan besos!...
Los labios quieren irse á sus niditos,
á cometer excesos..

¡Qué mujer!... ¡Qué mujer tan exquisita!...
Tiene un cuerpo de forma irreprochable,
aunque es gruesa, es derecha y es bajita
la perversa adorable.

Son sus dientes, lector, de esa blancura
de la carne del coco americano,
símil que, si no mío, es por ventura,
novedoso y galano.

Su voz... pues yo su voz no la he escuchado;
su pie... su pie lo he visto, es delicioso;
y su mano... su mano no he estrechado,
y la amo, y soy celoso.

No es amor de estos tiempos el que tengo;
pero diga el lector, por mi retrato,
—al juicio del lector siempre me atengo—
¡si la dejo ó la mato!...

JUAN CANCIO.

CELEBRIDADES ARTÍSTICAS



Francisco Tamagno

FRANCISCO TAMAGNO

Como los tenores Fraschini, Negrini, Gayarre, Roppa, Masini y otros que han alcanzado gran celebridad, Tamagno es de modesta cuna.

Nació en el año de 1850, en el arrabal de Turín llamado *la Aurora*, de humildísimos padres, que tenían puesto un pequeño comercio.

Estudiada la música en las clases del Liceo de aquella ciudad, hizo en público sus primeras armas el año 1873, figurando modestamente entre las filas del cuerpo de coros del Teatro Real y estrenándose, luego, cantando la reducida parte de *Nearco* en el *Poliuto,* en cuya ópera debía alcanzar, andando el tiempo, tan ruidosas ovaciones. Desempeñaba, pues, en el citado teatro las dobles funciones de corista y de *comprimario* y todo esto por la modestísima paga de 290 liras, y aún así, durante toda la temporada de carnaval-cuaresma.

Han asegurado algunos biógrafos que antes de entrar en el cuerpo de coros había sido mozo de fonda ó café. Sea como quiera, la diferencia de honorarios de entonces á hoy ha puesto, realmente, á prueba el destino reservado á cada hombre.

Con el joven tenor en ciernes cantaban durante aquella temporada, en el citado Teatro Real de Turín, la *prima donna* Bianchi Montaldo y Monzini.

Es preciso fijarse en esta circunstancia, que ciertamente no hemos recordado en vano, porque honra á Tamagno, puesto que al lado de artistas de la talla de aquellos logró hacerse aplaudir en la parte de *Nearco.* Sin embargo, sus estudios eran, á decir verdad, bastante incompletos, y por consejo de algunos amigos se dedicó seriamente al especial del arte del canto, primeramente con el profesor Tassó y luego con la afamada maestra Candiani, aplaudida ex cantante.

Su primera exhibición artística data de la temporada en que cantó en el teatro Víctor Manuel de su ciudad natal: la ópera elegida para su estreno fué *Guarany,* pero su estilo

y condiciones vocales no alcanzaron á despertar la atención del público como la despertó, poco más tarde, en el teatro Bellini de Palermo, en donde, realmente, empezó á pronunciarse su nombre como artista que prometía, y fué solicitado por varias empresas, tanto nacionales como extranjeras.

Cantó en Barcelona en distintas ocasiones en el Gran Teatro del Liceo, y puede asegurarse que en Barcelona recibió su bautismo artístico, pues la ciudad condal fué el origen positivo de su brillantísima carrera.

Debemos hacer mención aquí de una circunstancia referente á una de las cláusulas de su contrato en el referido teatro Bellini de Palermo, según la cual, si el novel tenor no era aplaudido tres veces en cada representación, se tendría por nulo y sin valor el contrato firmado con el aditamento de una cláusula tan ridícula. Tamagno la aceptó, considerándose seguro y dueño de todas sus facultades. Así se explica que desde la primera representación del *Ballo in maschera*, que fué la ópera elegida para tal experiencia, levantó tanto entusiasmo que logró tranquilizar á la atribulada empresa.

Ya desde aquel punto y hora las empresas parece que le habían otorgado carta blanca, y tanto fué así, que las contratas, á cual mejores, se sucedían conforme crecían el favor y el crédito alcanzados ante el público.

Del Bellini de Palermo pasó á la Fenice de Venecia para cantar *Guarany* y *Poliuto*, y después á España, América é Inglaterra. De vuelta del extranjero cargado de dinero, se arregló con la empresa de la Scala de Milán, en donde por tres veces se presentó en las óperas *Africana*, *María Tudor*, *Don Carlos*, *Re di Lahore* y otras.

Tentado por las proposiciones que de nuevo recibió de América, hizo un viaje de dos años á aquellas regiones. Regresó á Milán y luego volvió á salir contratado por el empresario Ferrari para realizar su brillante campaña artística de Buenos Aires, en donde se halla de nuevo en el momento en que trazamos estos apuntes.

En el intermedio estrenó en Milán la última obra del insigne maestro Verdi, el *Otello*, alcanzando un triunfo de aquellos que forman época en la historia de los artistas.

Para un artista excepcional como es Tamagno, es superfluo un artículo biográfico. El llamado *rey de los tenores*

ha hecho resonar su potente *voz de oro* en las escenas de Europa y América, y en todas partes ha despertado la admiración de la muchedumbre. No hay alabanza que no se le haya prodigado ni honor que no se le haya concedido.

La voz de Tamagno es de tal manera potente y vibrante cuando produce las notas agudas de su hermoso registro vocal, que domina una masa coral de 150 voces robustas y una orquesta de 120 profesores en los momentos en que la sonoridad alcanza su maximum de potencia.

Y esta voz colosal explica los inmensos éxitos alcanzados por Tamagno en la ejecución de los variados tipos de su repertorio, aumentado actualmente con la creación de la parte que le cabe en el *Otello* de Verdi y en el *Asrael* de Franchetti.

F. Pedrell.

AMOR Y CELOS

La amaba y le dió su vida,
su corazón altanero,
su negro potro ligero
y su libertad querida.

Mujer al fin, porque venza
su capricho á sus recelos,
ella, riendo de sus celos
á otro gaucho dió una trenza...

Por la inmensa herida abierta
sangre del alma brotó:
ciego, el cuchillo sacó
¡y á sus pies tendióla muerta!

Con orgullo soberano:
—¡Así se venga un celoso!—
rugió, y se volvió al dichoso,
el arma pronta en la mano.

Luego, en su prenda ¡tan bella!
clavó la triste mirada,
y hundióse el arma acerada,
¡aún tinta en la sangre de ella!

Segundo I. Villafañe.

Buenos Aires, 1889.

UNA VISITA



—¿La señora de Avendaño
está en casa?
—Sí, señor;
pero se encuentra en el baño.
—Pues anuncia... ¡á un nadador!

LAS TRES ALMAS

Al alcázar de soles revestido
llamó el alma del triste pecador,
y las puertas le abrió compadecido
el ángel del amor.

A su vez hasta el pórtico esplendente
la del justo, alma pura, también fué,
y las puertas abrióle reverente
el ángel de la fe.

Al templo donde alcanzan nueva vida
las almas que el dolor purificó,
llamó temblosa el alma del suicida
y nadie respondió.

SIMÓN CALCAÑO.

AL FIRMAMENTO

¡Salve, superna bóveda azulada,
donde el Arcángel del misterio habita,
en cuya inmensidad que me anonada,
de soles tachonada,
la gloria miro de mi Dios escrita!

¡Salve, palio triunfal, gasa extendida
en el confín del cristalino espacio;
corona de la tierra, bendecida
alfombra enriquecida
del esplendente y celestial palacio!

¿Quién al mirarte en su ardimiento osado
no ha querido volar hasta tu seno?
¿qué pecho al contemplarte no te ha amado,
ya al verte en luz bañado,
ya de mil nubes caprichosas lleno?

Y en la serena noche, ¿quién no ansía
tus luceros besar desparramados,
que fingen á la loca fantasía
los ojos de María
en tu diáfano azul multiplicados?

¿Quién no admira los vívidos colores
que en la muerte del sol y el nacimiento
reflejan tus espejos brilladores?
¿quién no ama los fulgores
del carro de tu luna soñoliento?

¿Quién no se encanta al ver en tus regiones
la augusta majestad de los planetas
que bordan de la noche los crespones?
¿y á quién pavor no impones
con la siniestra luz de tus cometas?

Obra gigante de mi Dios, te adoro;
yo me prosterno ante tu azul sereno,
ya te ilumine el sol con hebras de oro,
ya brame en tí, sonoro,
tras breve rayo prolongado trueno.

Ya en nubes de purísimos vapores
envuelvas tus tesoros inmortales,
ya el Ángel de la luz y los colores,
esparciendo fulgores,
tienda el iris franjado en tus cristales.

Siempre grande y sublime y portentoso
te contempla extasiada el alma mía,
al ver que nunca tu dosel pomposo
mortal pisó orgulloso,
tu brillo así manchando en su osadía.

¡Ah! yo te creo la eternal barrera
que por velar su espléndida morada
alzó el Dios que mi espíritu venera
diciendo al hombre:—«Impera
bajo esa tienda de zafir colgada.

»Te hago del mundo dueño soberano,
mares y montes cruzarás contento,
aunque te sean misterioso arcano;
mas nunca con tu mano
los globos tocarás del firmamento.»

Así le dijo y se cumplió. Pasaron
generaciones mil, y en su carrera
sólo tus ricas galas contemplaron;
que vanamente osaron
rasgar el éter y escalar la esfera.

Si no, la gran Babel hé allí atrevida
en su demencia amenazar tu velo,
y luego, como el águila, rendida,
caer al fin vencida
y avergonzada de su torpe anhelo.

Nadie tu faz tocó, ni en su locura
triste, irrisoria y mísera, ha podido
el menguado mortal medir la altura
que hay de la tierra oscura
á tu lumbroso pabellón tendido.

Y el sabio que levanta sus miradas
al través de su vidrio en tí leyendo,
¿en qué invierte sus ímprobas veladas
á tí tan consagradas?
Sólo el cálculo al cálculo añadiendo.

Que juzgándose dueño de un tesoro
de ciencia, ni comprende la fugada
rápida exhalación, lágrima de oro,
chispa de luz, meteoro
que rueda por la atmósfera azulada.

¡Oh! cada chispa en tu extensión prendida
es un misterio para el ser que piensa
y te contempla en su ilusión querida;
mas ¿durará la vida
para admirar tu majestad inmensa?

¿Siempre habrá rayos que tu velo doren?
¿siempre luceros bordarán tu asiento?
¿nubes de tintes mil que te coloren
y raudas se evaporen
siempre tendrás, remoto firmamento?

No: cuando la trompeta pavorosa
el fin anuncie á cuanto el orbe encierra,
tú has de quedar, pero con faz luctuosa,
como la inmensa losa
que las cenizas cubra de la tierra.

DOMINGO RAMÓN HERNÁNDEZ.

Caracas.

UNA SANTA

SONETO

¡Miradla! ¡es ella! en su cupé tendida
su vanidad ostenta y su hermosura;
mueve los labios... ¿rezará?—murmura,
ó se mofa del bien; esa es su vida.

Siempre halagada, aunque jamás querida,
ni el duelo siente, ni el placer apura,
que hasta vergüenza tuvo la natura
de hacerla madre en hora apetecida.

Pasa por santa: los que ven sus ojos,
donde asoma el fulgor de la inocencia,
los juzgan tristes al mirarlos rojos;

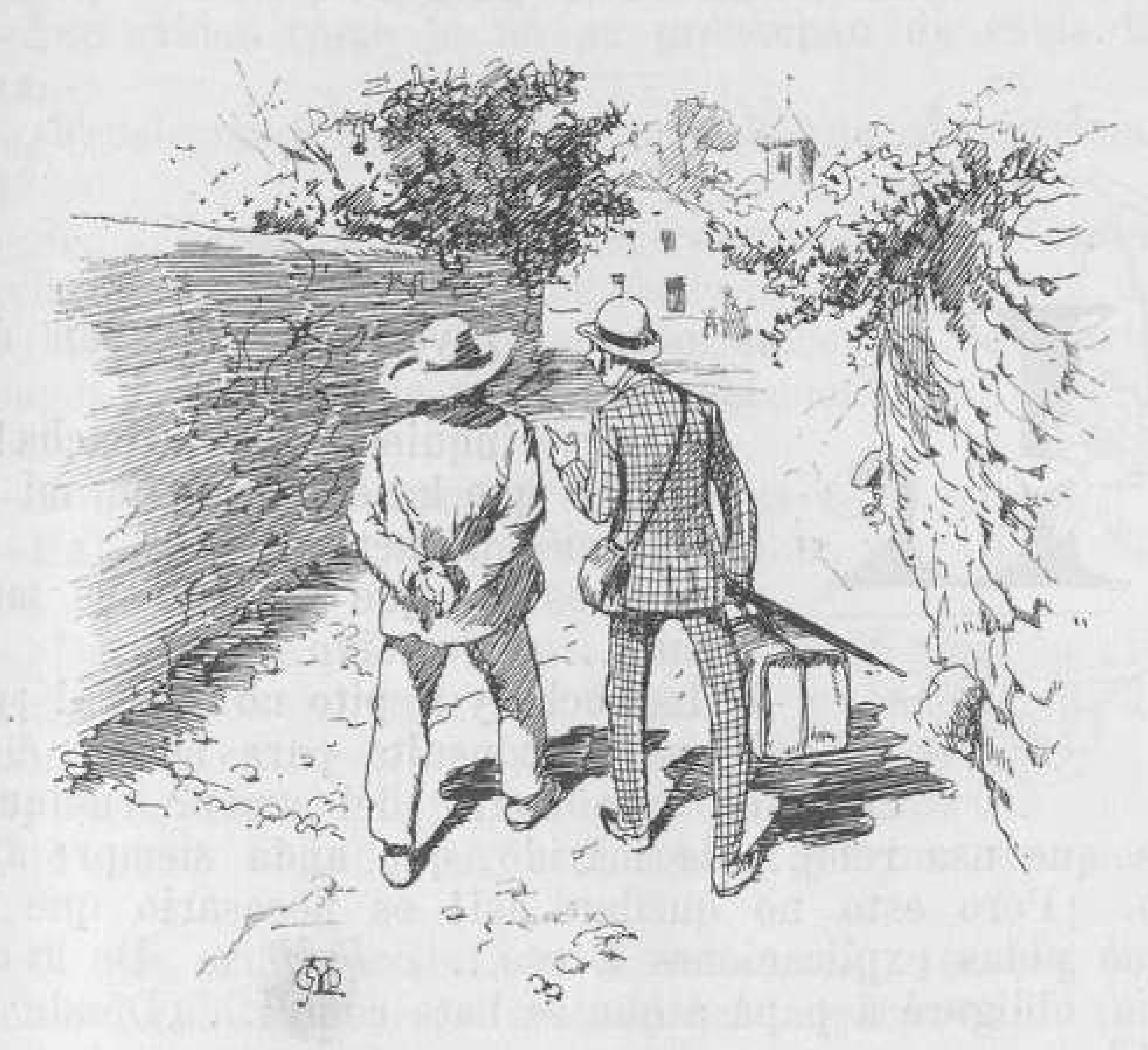
Embustero antifaz de una conciencia
en que vierten la hiel de sus enojos
el orgullo, la envidia y la impotencia.

MANUEL DEL PALACIO.

EPIGRAMA

—¿Qué mal aqueja á mi esposa?
dijo al médico, Simón.
—Tiene el estómago sucio.
—¿Nada más? ¿y qué le doy?
—Para eso son excelentes
las pastillas...
—¿De jabón?

EL VERANEO



—¿Conque dices, Eleuterio,
que es tan sano este lugar?
—¡Mucho! para inaugurar
el moderno cementerio,
viendo el alcalde, mohino,
que aquí nadie se moría,
determinó el otro día
hacer matar á un vecino.

EL AMOR

Del universal dualismo
es Amor cifra y emblema;
pues el amor, en sí mismo,
es el supremo egoísmo
en la abnegación suprema.

NUMA POMPILIO LLONA.

ESPERANDO AL NOVIO



Las ocho!... ¿oyes, mamá? ¡han dado las ocho!

—¡Qué inquietud de muchacha!

—¡Es que ha estallado en mí una sublevación de nervios!

—Pues hay que sofocar ese movimiento... subversivo.

—¡Las ocho y Pepito no parece! ¡pues qué! ¿ya no consulta para acudir á mis citas el cronómetro del amor? cualquiera diría que usa reloj... de marido, que anda siempre atrasado. ¡Pero esto no quedará así! es necesario que hoy mismo pidas explicaciones á ese... *caballero*. De lo contrario, obligaré á papá á que se bata con él... ¿Dónde está papá?

—En la azotea.

—¿En la azotea con este huracán?

—En la azotea, con huracán y todo.

—¿Y qué hace allí?

—Experimentos científicos. Ya sabes que tiene ambición de gloria y que quiere legar su nombre á la posteridad. Al principio se preocupó de la navegación aérea, pero viendo el desgraciado éxito de sus ensayos, ha limitado á más baja esfera sus aspiraciones, aunque sin abandonar su idea de ilustrar el nombre que lleva con un descubrimiento que le haga famoso. Cree que por ahora la dirección de los globos es una utopia y consagra su talento á la solución de otro problema de indiscutible utilidad en días de huracán deshecho, en que todo vuela y en que es imposible transitar por las calles.

—Pero en resumidas cuentas, ¿qué busca?

—La dirección de los paraguas.

—Papá está loco.

—¡No dirán lo mismo los transeuntes... de la posteridad!

—Mejor sería que papá pidiese explicaciones á Pepito.

—Los sabios como él no se preocupan de estas fruslerías.

—¿Fruslerías llamas á mis amores? ¿no se casó contigo papá?

—Sí, se casó conmigo, efectivamente; pero entonces todavía no era sabio... ó al menos lo ignoraba, pues no lo supo hasta que se lo dijo un periódico: la sabiduría es célibe; la tontería es la única que frecuenta el templo de Himeneo.

—Mamá, parece imposible que digas estas cosas.

—Hablo por boca de ganso; es decir, por boca de tu padre.

—¿De manera que si Pepito cometiese la traición aleve, la negra infamia de venir... á las ocho y cuarto, quedaría impune y sin castigo? ¡mamá, tú no me quieres!

—¡Pero, hija! ¿quién ha pensado en ofenderte?

—¡Pepito! Cuando no está aquí, prueba que no me ama.

—O que se lo ha llevado el huracán... ¡es tan ligero ese chico! ¡ahí tienes! ¡si se hubiese descubierto la dirección de los paraguas!...

—¡Ay, de mí! ¡cuán desdichada es mi suerte!

—¡Pues no llora la muy tonta! ¡cálmate, mujer!

—¡Imposible! mi alma se deshace en lágrimas y mis ojos se anegan en esa inundación del sentimiento que acabará por ahogarme! Porque es indudable que Pepito ama á otra; de lo contrario, ¿cómo se explicaría esa tardanza sin precedente en los fastos, ya infaustos, de nuestra pasión? Pero yo me vengaré de ese monstruo y seré... del primero que me quiera; á Dios gracias, mis ex novios no han abandonado aún el culto de mi hermosura. Como tenga Pepito el descaro de presentarse ante mis ojos, le pondré de patitas en la calle.

—Vamos, hija, no digas desatinos; por ese camino no llegarás nunca á la vicaría: hay que subir la agria cuesta que te separa de ella con la cruz de la resignación en el alma, y una vez en la cumbre... una vez en la cumbre tiempo te queda para clavar en esa cruz á tu marido. ¡Ay, hija mía! en los tiempos que corremos los novios vuelan

muy alto y no hay perdigonada de suspiros y miradas que les hiera y derribe á nuestras plantas; es necesario recurrir al lazo del engaño para atraerles: nada de invectivas en los labios, nada de relámpagos de ira en los ojos. Sea tu corazón blanda cera á sus caprichos y no dura roca en el mar de su vida porque temerá estrellarse en ella en cuanto sople viento de tempestad. ¿Que comete algún pecadillo venial? haz la vista gorda. ¿Que falta algún día sin motivo justificado á la visita oficial? no le pidas explicaciones de ningún género y ponle buena cara: la docilidad es lo que más enamora á los hombres en la mujer y lo que conviene es que formen de nuestro carácter una idea que les haga mirar sin espanto el matrimonio y crean candorosamente que han puesto su cariño en corazones de paloma. No enseñes á tu novio los grilletes antes de entrar en la cárcel, y no agites en las manos las cadenas que han de sujetarle á tu albedrío: sean tus amores y tus sonrisas las flores que oculten esos hierros, cuya vista acobarda al más valiente y apasionado: que vea en tus ojos resplandores de sol, no reflejos de acero, pues la mirada de una novia debe brillar como la luz de los cielos, no como espada desnuda... Créeme, hija mía, á los hombres no hay que enseñarles los dientes antes de tiempo, sino cuando no tienen escapatoria.

—Y después, ¿quién le domestica?

—Una vez en tu poder, harás de él lo que quieras en el yunque del amor y bajo el martillo de tu voluntad, pero eso sí, ¡en caliente! porque si dejas que se entibie su entusiasmo, machacarás en hierro frío. En los primeros tiempos del matrimonio es cuando toda mujer puede *forjarse* un marido á medida de su gusto.

—No obstante, ¿y si más tarde se rebela contra mi autoridad de esposa?

—Declaras su corazón en estado de sitio y no resistirá á un asedio... por hambre. Desengáñate, cuando un hombre tropieza con un carácter firme y decidido, no tiene más remedio que capitular y rendirse á discreción. Primero, rienda suelta para que trote á su antojo por los campos de su capricho, pero después se refrena poco á poco su marcha y se le conduce adonde una quiere, aunque relinche de furor al sentir la espuela de nuestra voluntad.

—¿Y si se desboca?

—¡Deja que se desboque! ya verás como se cansa y vuelve mustio y dócil á tu lado. Lo que conviene es no asustarle ahora con exigencias intempestivas, ni tratarle como se trata... á un marido. ¡Ay, hija mía! tú no sabes lo que me costó á mí pescar uno; años y años me pasé echando el anzuelo, hasta que se lo tragó el atún de tu padre. ¡Y eso que veinte años atrás no estaban los tales peces tan *escamados* como ahora!

—¡Bah! ¿crees que es tan difícil pescar marido?

—¡No lo sabes bien, hija mía! Por eso me estremece la idea de que Pepito rompa las redes de la seducción donde le tienes preso, porque si se escabulle... ¿cuándo caerá otro?

—Con todo, yo creo que papá debe pedir una explicación á mi novio.

—Ya sabes que no hay que contar con tu padre para nada, hasta que no pase el huracán.

—¡Pues me gusta la calma!

—Los sabios son así: cuando creen estar á punto de resolver un problema científico, por nada de este mundo abandonan sus experimentos ó sus cálculos, aunque el cielo se desplome sobre sus cabezas ó aunque el suelo se hunda bajo sus plantas. Cuando el cura, al pie del altar, preguntó á tu padre si me quería por esposa, ¿sabes qué contestó? *¡eureka!* y soltando mi mano, salió corriendo de la iglesia en medio de la estupefacción general; todos creían que se había vuelto loco. Recuerdo que mi pobre madre se arrojó en mis brazos llorando á gritos y diciendo:—¿Quién será esa *Eureka?*—¡Alguna perdida! observó mi padre, retorciéndose el bigote con furor y paseando en torno suyo una mirada imponente.—Es necesario aclarar ahora mismo este misterio, agregó la primera, dirigiéndose á su esposo; anda en busca de ese infame, y si le encuentras con la *otra*... no desmientas la altivez de tu raza: ya sabes que desciendes de los Doce Pares de Francia. Mi padre, que ardía en deseos vivísimos de vengar la afrenta recibida, se fué en derechura á casa de su presunto yerno, al cual pidió explicaciones sobre la escandalosa escena ocurrida...

—Y papá, ¿qué contestó?

—Que acababa de resolver el problema de la navegación aérea y que estaba decidido á no volver á la iglesia sino en globo. Desgraciadamente fallaron sus cálculos, como de

costumbre, y sospechando mis padres que si yo tenía que ir por los aires á casarme, corría gravísimo riesgo de quedarme soltera toda la vida, le obligaron con buenas razones á cumplir su palabra.—Si no podemos ir todavía en globo á la iglesia, decía mi pobre madre con mucha sensatez, ¿qué importa? iremos en carruaje: afortunadamente, hace ya mucho tiempo que se ha descubierto la dirección... de los coches.

—¿Oyes?... ¡llaman!

—Será Pepito.

—¡El es!... únicamente él llama de este modo... ¡Infame! no sé si podré contenerme.

—¡No hagas disparates, mujer!

—¡Quién sabe de dónde viene!

—Lo que importa es saber adónde va, y creo que se dirige á la vicaría.

—¿Y he de ahogar en el corazón la ira que pugna por saltar en rayos á los ojos y en apóstrofes á los labios?

—Esas escenas, hija mía, se dejan para más tarde: si el novio sabe lo que espera al marido... lo más probable es que el marido no venga.

Casimiro Prieto.

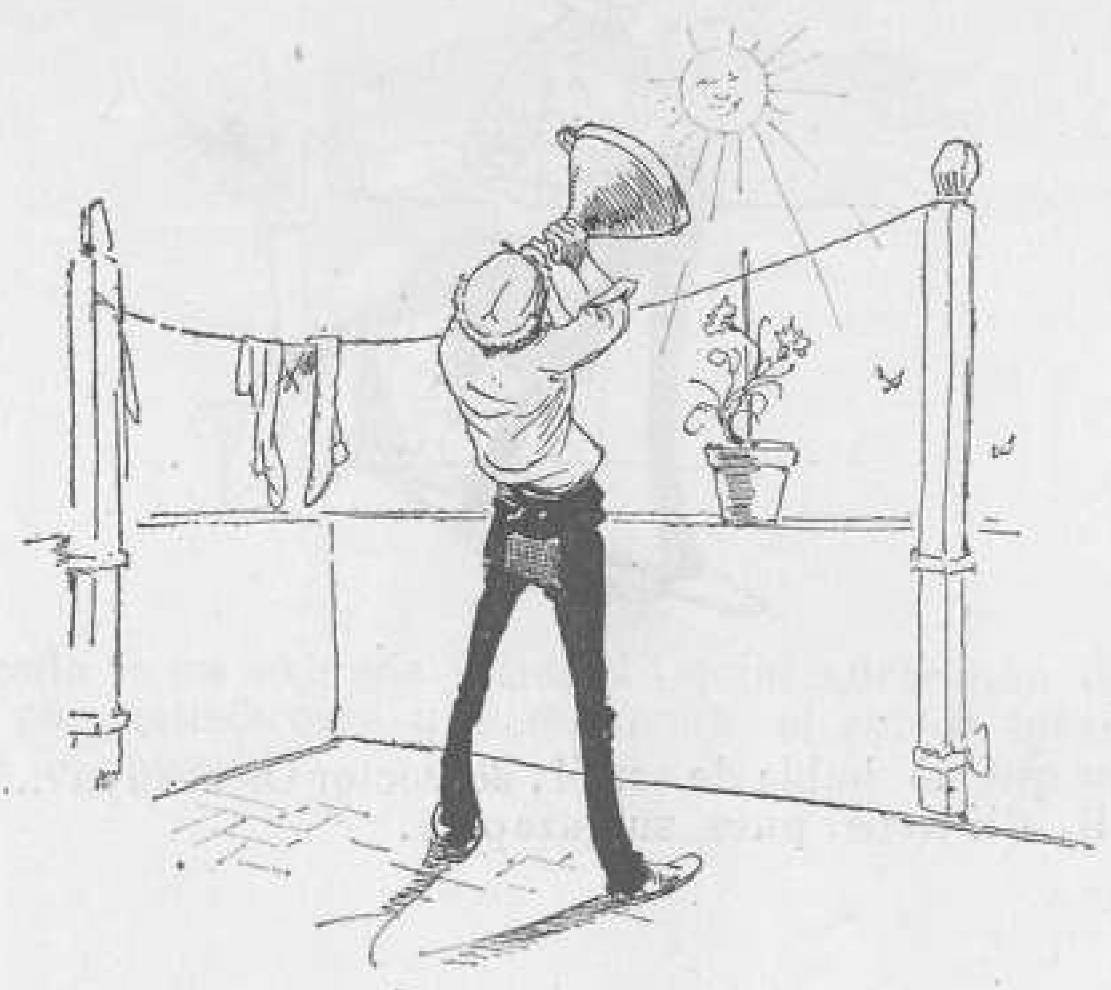


EPIGRAMA

—¿Conque es tan desaplicada
tu discípula, Ventura?
pues su novio me asegura
que está muy *adelantada*.

EN BUSCA DEL SOL

VIAJE EXTRAORDINARIO, POR APELES MESTRES



A vuelta de tenaces y prolongadas observaciones y merced á los más perfeccionados instrumentos, el Doctor Olécranon ha descubierto que el sol es...



Ni más ni menos que una inconmensurable onza de oro purísimo. ¡Qué filón para el mortal que lograre apoderarse de ella!



¿Y por qué no había de ser él, el Doctor Olécranon?... La *onza* sale de allí; allí tiene, pues, su gazapera.



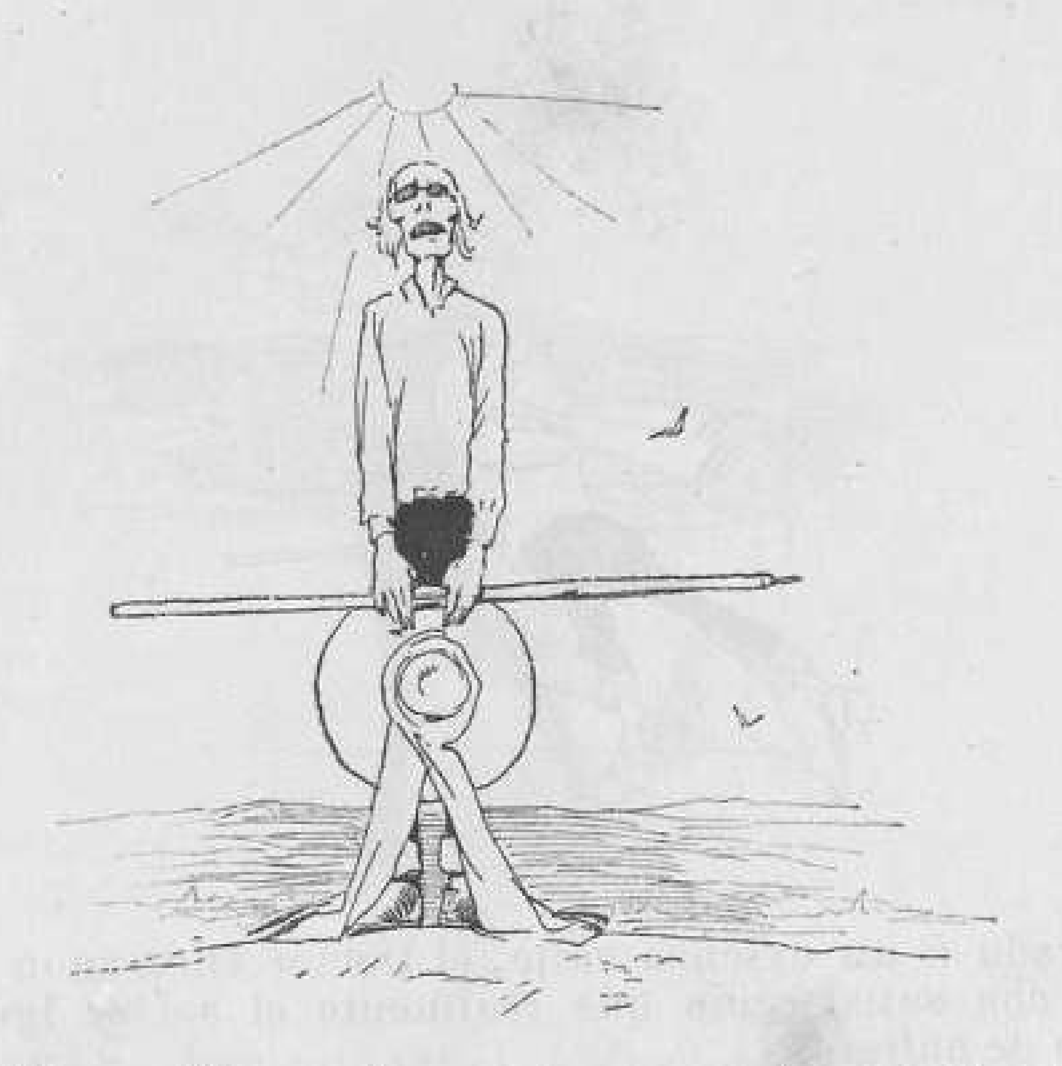
Y hacia *allí* se dirige el sabio Doctor apercibido para el más prodigioso y fructífero de los viajes.



Llegado á un extenso valle, el Doctor Olécranon descansa y observa con satisfacción que realmente el sol se levanta de la montaña de enfrente.



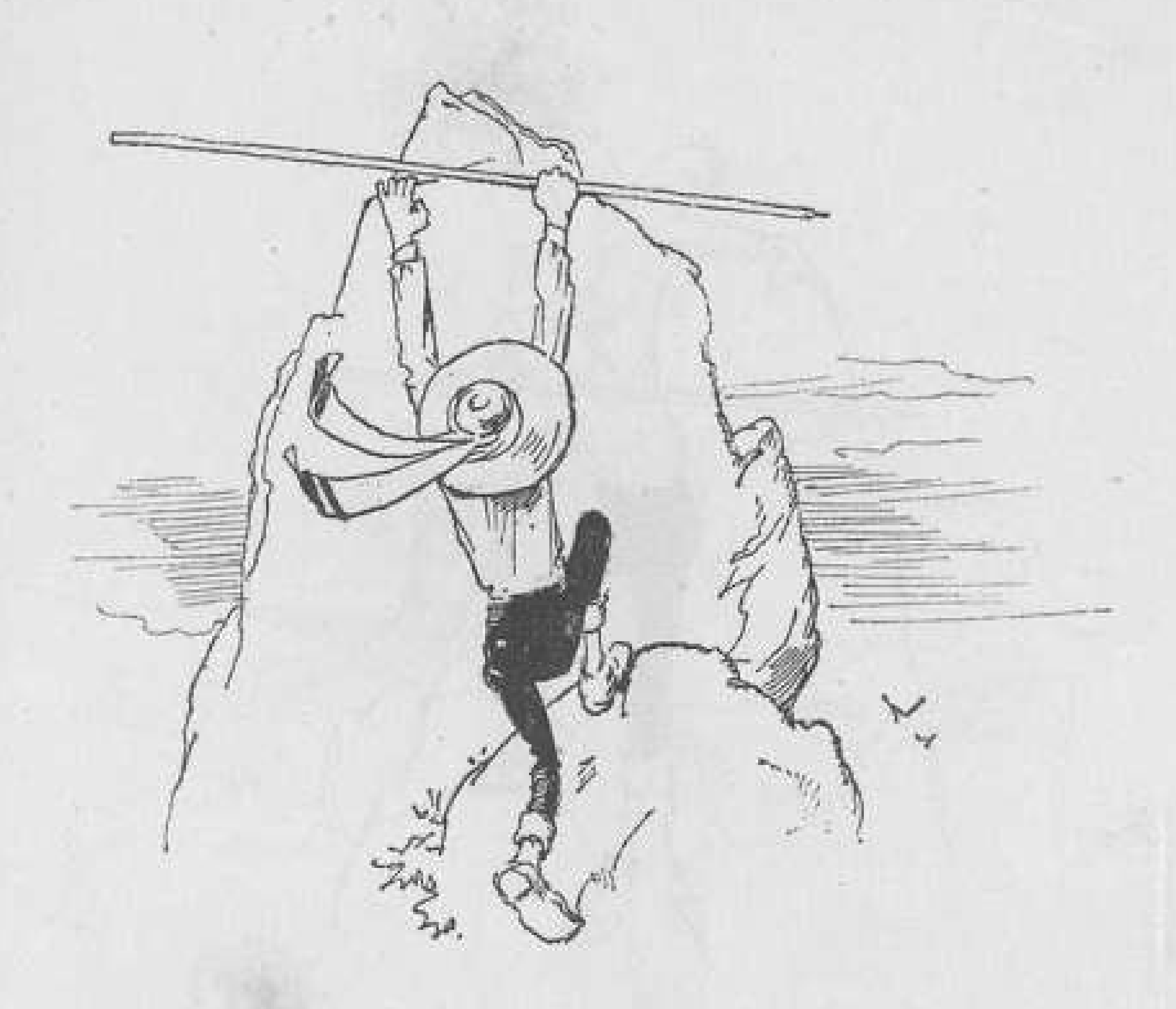
Y con ánimo esforzado trepa por la bendita montaña.



Pero al llegar á la cumbre se convence de que el sol sale de *más allá*.



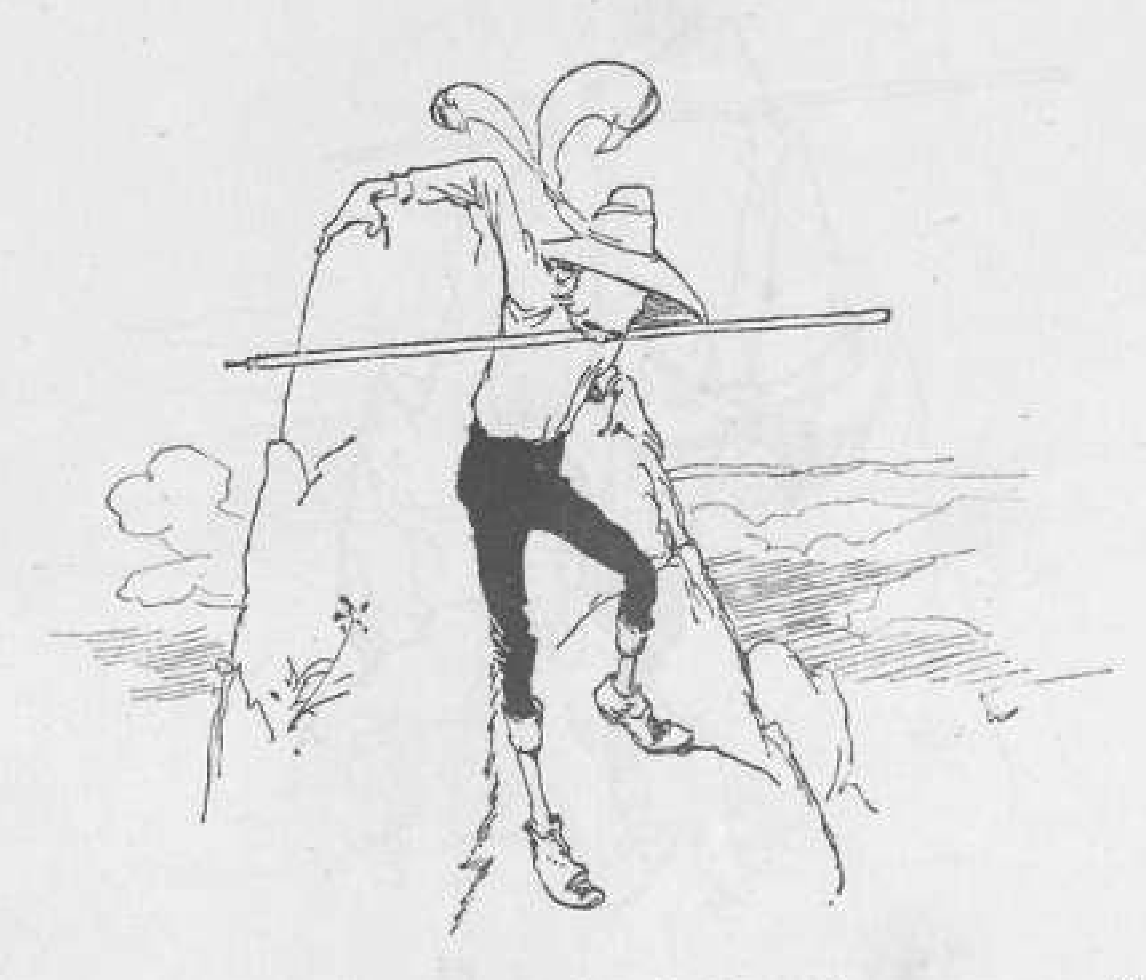
Y con ánimo no menos esforzado desciende por la ladera opuesta.



Y traspasa otro valle y escala otra cumbre.



Y una y otra vez se convence de que el sol sale de *más allá*.



Y abandona por fin el más alto de los picos convencidísimo de que el sol tiene su escondrijo en el mar.



Detiénese en la playa, echa sus cálculos y toma una barca por su cuenta.



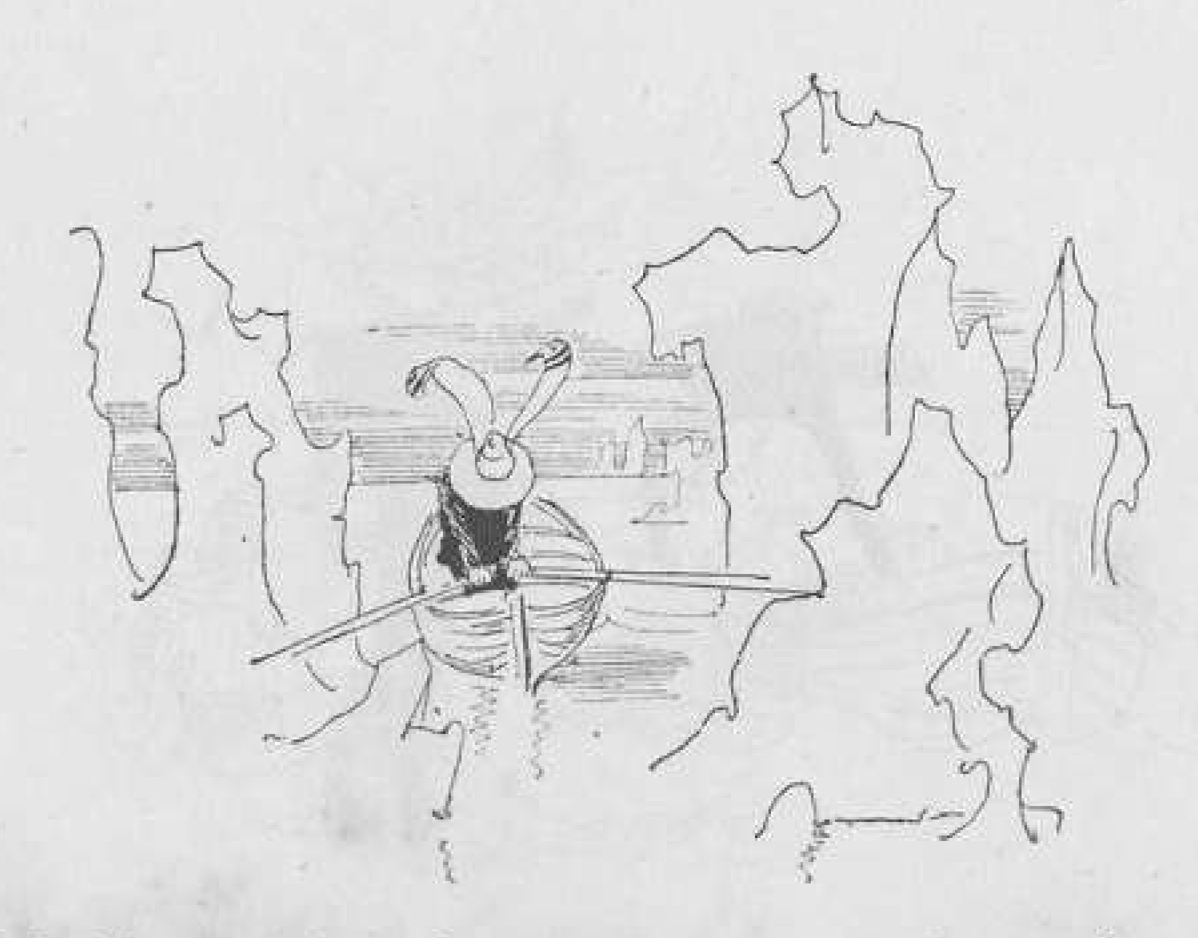
Y empieza á bogar en dirección á una isla de la cual sale el sol. ¡Vaya si sale! no le queda de ello ninguna duda.



¡Nuevo desencanto! En la isla no hay rastro de onza de oro.



Nueva peregrinación á un islote que ha divisado en lontananza. ¡Pero el sol sale de *más allá!* ¡Siempre *más allá!*



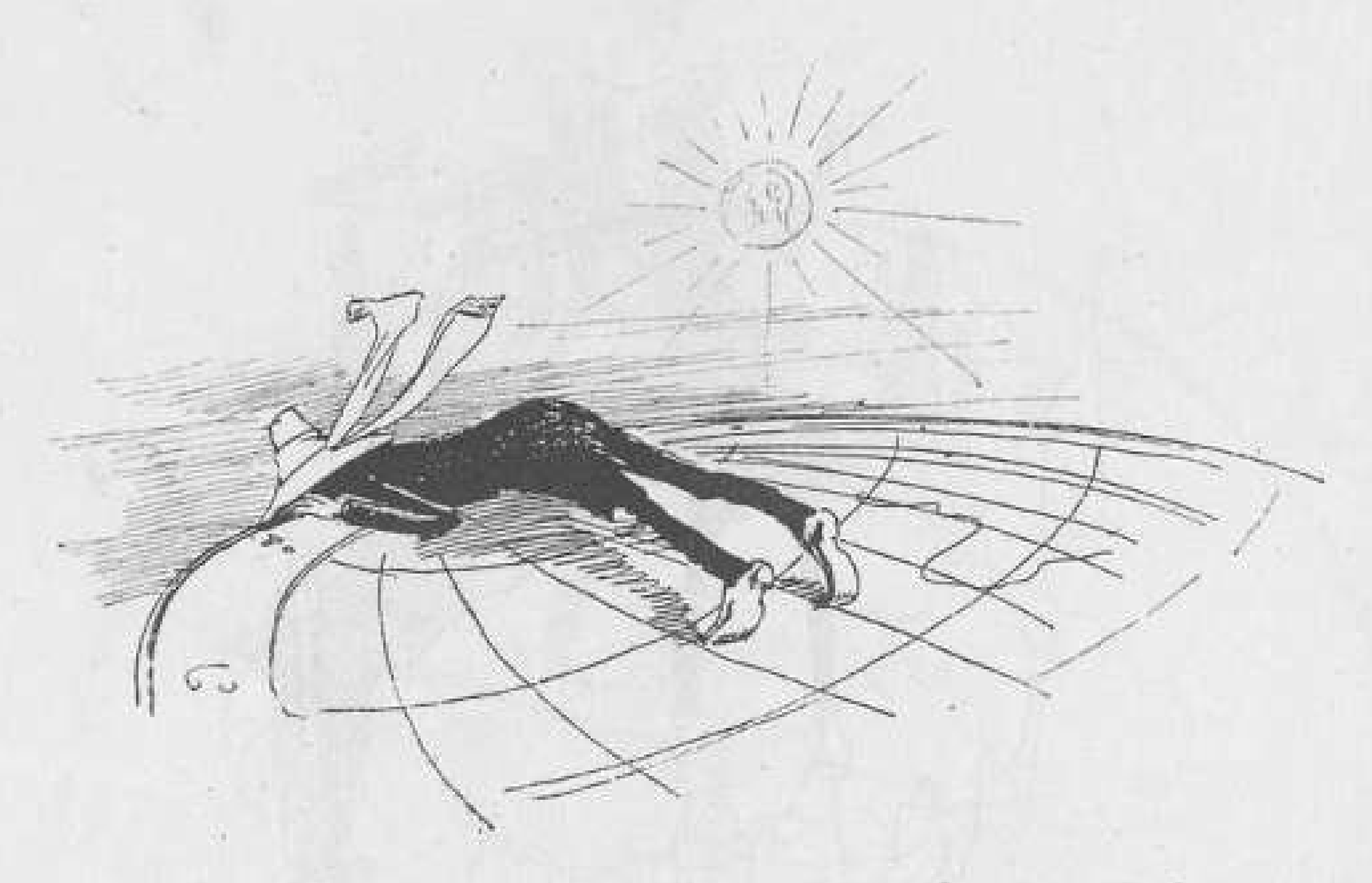
Y de isla en isla y de mar en mar penetra en las regiones boreales, de donde no puede salir sino con la suya, es decir, con la *onza.*



Pero ¿qué es esto? Entre él y el sol va interponiéndose siempre un témpano tras otro témpano.—¿*Más allá* todavía? ¡No importa!



Y andando, andando, encontróse con estupefacción al extremo del mapamundi.

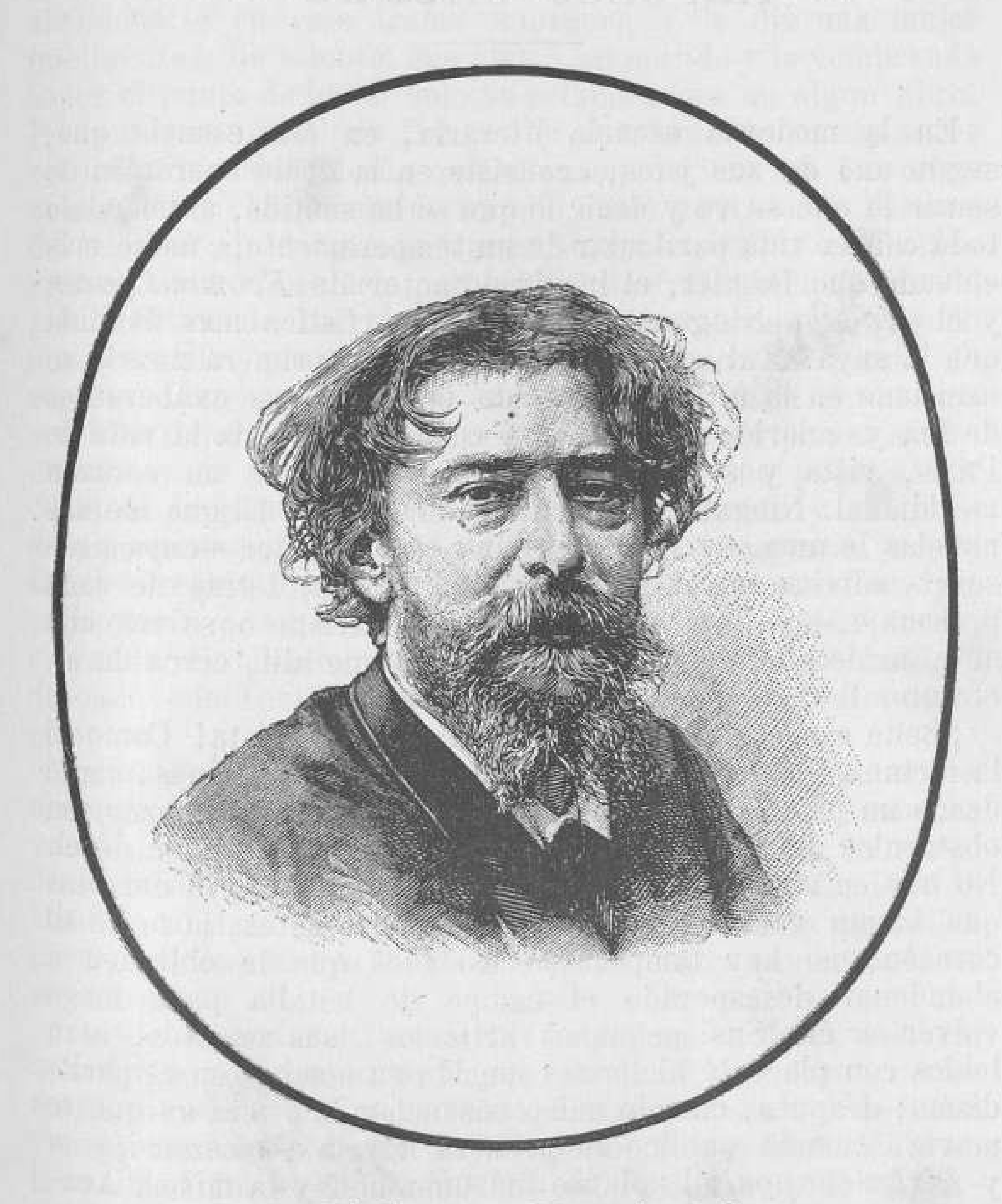


Ergo: el sol sale de *más allá* todavía. Ergo: la bola terrestre es una *bola*... ¿Qué es, pues, lo que hay *más allá* del planisferio?



Y tanto se asomó que dió con su cuerpo abajo... no del mapamundi, como él creía, sino de lo alto de su casa, por donde andaba viajando el Doctor Olécranon completamente derretidos los sesos.

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS



Alfonso Daudet

EMINENTE NOVELISTA FRANCÉS

ALFONSO DAUDET [1]

En la moderna escuela literaria, en esa escuela que, según uno de sus jefes, «consiste en la doble operación de sentir lo que se ve y decir lo que se ha sentido, animándolo todo con la vida particular de un temperamento,» nadie más elevado que Daudet, el inspirado autor de *Fromont joven* y el *Nabab*. Ninguna personalidad artística más definida que la suya. Tal como se presenta en su primera novela se mantiene en la última, trazando esos cuadros exuberantes de luz y colorido en que está concentrada toda la vida de París, vista y sentida con todo el fuego de un corazón meridional. Ninguna tampoco más simpática. El que lee sus novelas le ama, se funde en uno con el autor—cuya presencia adivina en el fondo de cada cuadro, detrás de cada personaje,—y llora ante un episodio triste ó se regocija ante un detalle alegre, persuadido de que allí, cerca de él, el autor llora también ó también se regocija.

¡Bello espectáculo la vida del famoso novelista! Como si la fortuna le hubiera agraciado con todos sus dones, sigue desde un principio el camino que se trazó, sin tropezar con obstáculos insuperables que ni un momento le desvíen de él. No hay en su vida contrariedades, ni disgustos, ni derrotas que hagan vacilar, siquiera sea por instantes, la fe de su corazón; no hay tampoco necesidades que le obliguen á abandonar desesperado el campo de batalla para luego volver á él. Sus pequeños artículos, sus cuentos, eran leídos con placer é hicieron conocido su nombre en el periodismo; después, cuando quiso ensanchar la esfera en que se movía, cuando publicó su primera novela *Fromont joven* y *Risler mayor*, el aplauso fué unánime, y la misma Academia le dió un premio, no pudiendo recelar lo que se escondía debajo de aquel drama interesante con tanta sencillez desarrollado. Treinta años tenía apenas cuando podía escribir al lado de su apellido esa palabra que tanto apre-

[1] Creemos que nuestros lectores verán con gusto la reproducción del notable estudio biográfico dedicado al ilustre novelista francés, que formando prólogo á la traducción española de una de sus obras más celebradas escribió el conocido literato don Eugenio de Olavarría y Huarte.

cian los franceses: *decoré*. Luego, llegó para él esa hora en que el hombre tiene necesidad de crearse una familia, se casó, y la fortuna, que tanto le ha favorecido, no quiso abandonarle en este trance supremo, y le dió una mujer inteligente y de talento, que ama á su marido y le comprende hasta el punto de haber sido su colaboradora en algún libro. La confianza que tiene Daudet en el talento de su esposa es conocida de todos, desde que el autor escribió sus *Reyes en el destierro*. El exceso de trabajo había agotado las fuerzas del escritor; la sangre hervía en su pecho, subía en oleadas y amenazaba ahogarle; pero él seguía trabajando dominado por la fiebre de las ideas, convulso, palpitante, acabando una cuartilla para empezar otra sin darse un punto de reposo. Llegó un momento en que los ojos se cerraron, los sentidos dejaron de funcionar y el cuerpo rodó por el suelo: entonces, en aquel supremo instante en que podía sentir cerca de su rostro el hálito helado de la muerte y antes de desvanecerse por completo, tal vez para no despertar jamás, Daudet reunió todas las fuerzas que le abandonaban ya, para decir á su mujer:—*Acaba mi libro*.—Más tarde, contando él mismo este episodio, ha dicho:—Le hubiera acabado admirablemente. Mi mujer conoce el arte tanto como yo.

La vida de los grandes escritores no puede ser nunca asunto indiferente para aquellos que les admiran: muchas veces se encuentra en ella la clave de sus obras, la razón de su modo de ser y de su modo de pensar. Tratándose de Daudet, el dato es tanto más interesante, cuanto que quizá pueda explicarnos la extraña contradicción que se nota en sus obras.

Daudet es naturalista en toda la extensión de la palabra; naturalista por convicción, que sólo trata de hechos reales en sus novelas; que no presenta más personajes que aquellos con quien se ha codeado en el mundo, y que han vivido en la realidad mucho antes de vivir en la ficción. Zola, juzgando á Daudet, le cree desprovisto de toda fantasía, le juzga incapaz de imaginar una acción más ó menos inverosímil desarrollándose entre seres que nunca hayan existido. Lleva al libro las personas que le rodean, los hechos de que fué testigo en algún tiempo: al pie de todas las figuras que se mueven en el *Nabab*, la perspicacia parisién puso nombres conocidos, y lo mismo sucede con los *Reyes en el*

destierro y *Numa Roumestan;* hablando de *Jack,* dice él mismo en el *Prefacio* que ha puesto á la última edición: «Es un libro cruel, un libro amargo, un libro lúgubre, sí; pero ¿qué es, al lado de la *existencia verdadera* que acabo de contar?» Todos los sucesos de ese drama íntimo que publicó con el título de *La Evangelista,* le fueron narrados por la madre de la inocente joven víctima del fanatismo religioso. Y, sin embargo, á pesar de esta tendencia á no trabajar sino sobre *documentos humanos,* las obras de Daudet no pueden ser admitidas por la escuela naturalista sin ciertas salvedades y reservas, porque no son francamente naturalistas. En todas ellas hay algo convencional, algo falso, algo de que, es verdad, puede prescindirse en la lectura sin que la acción principal se resienta de la supresión, pero que altera la virtud del procedimiento y forma como una disidencia tanto más terrible, cuanto que la nueva escuela nace ahora, y en la lucha que sostiene debía presentar á todos sus partidarios unidos en un mismo pensamiento y en una misma aspiración, y teniendo todos iguales opiniones sobre aquellos puntos que son fundamentales de su doctrina literaria. Zola lo reconoce así cuando dice: «En la gran lucha de la escuela naturalista con el público, es una fortuna que la novela francesa cuente con un seductor tan grande como el autor de *Fromont joven* y *Risler mayor,* que va delante, sonriendo, encargado de conmover los corazones y abrir la puerta á los novelistas más rudos que le siguen. Acostumbra al público al análisis exacto, á la pintura del mundo moderno, á las audacias del estilo. Al acogerle los burgueses, no sospechan que han dejado entrar en su hogar al enemigo, al naturalismo; porque cuando M. Alfonso Daudet haya pasado, los otros pasarán.»

Pues bien; quizá la vida del autor da la clave de esta contradicción, así debe llamarse, que se advierte en sus obras. De un lado está la convicción, presentando la naturaleza tal como es, sin desfigurarla, «sin teñirla de color de rosa,» para que parezca bella; de otro el temperamento, la inclinación invencible, reservándose un pequeño rincón del vasto lienzo para hermosearle con los sueños de una fantasía risueña. Figuraos un mar tumultuoso en que riñen los elementos, en que hay seres que mueren y maldicen y blasfeman, en que se representan cien y cien trágicas

escenas que amedrentan el corazón, y todo esto ocupando el vasto escenario; y aquí, en primer término, para que se vea bien, á un lado, un paisaje de primavera lleno de calma y de dulzura, un mar tranquilo reflejando un cielo sin nubes, el sol radiante alumbrando con sus rayos de oro la felicidad de unos cuantos personajes, y tendréis la copia exacta de una novela de Daudet. Sus obras todas son noches oscuras en que, sin embargo, nunca falta un rayo de luz; desiertos inacabables, que encierran siempre un oasis. Y si en la noche, si en el desierto están sus mejores figuras, en la luz, en el oasis, tenéis las más delicadas. Aquéllas son más humanas; éstas son más atractivas. Y por muy naturalista que seáis, nunca borraríais una siquiera de estas últimas, porque guardan el secreto de vuestras más puras emociones; porque habéis llorado con Desideria Delobelle, habéis reído con Alina Joyeuse, habéis saludado con respeto á la pobre reina de Iliria arrodillada junto á la cuna de su hijo. Y esto puede consistir en que Daudet, que no ha sufrido, que no tiene amarguras que recordar, admite que en el mundo hay maldad, porque la ve; pero no quiere negar que hay también algo bueno, seres felices, porque él es uno de ellos. Por eso sus cuadros no están exclusivamente dedicados á la pintura de lo malo.

Explicada ó no, esta contradicción forma el carácter distintivo de Daudet; marca su verdadera significación en el naturalismo; le da fisonomía propia, aquí donde tan fácil es caer en la imitación y dejarse llevar al extravío. Zola ha hecho en dos líneas el retrato literario del autor de *Sapho*. «La naturaleza, benévola, dice, le ha puesto en ese punto imperceptible en que acaba la poesía y empieza la realidad. A un mismo tiempo aporta el documento exacto y añade á él una nota personal.» Trata lo malo, lo feo, porque no rehuye nada; pero sabe detenerse á tiempo para no verse obligado á profundizar y sacar á la luz algo más feo, algo más malo todavía. Si encuentra en su camino un estanque de agua corrompida, marca su situación y lo describe, pero no se complace en revolver las turbias aguas para aspirar todas sus emanaciones. Sus personajes hablan el lenguaje que se usa en el mundo, pero no emplean esas palabras de mal sonido que Zola oye y anota en su libro de memorias. Daudet las oye también, pero prescinde del detalle innecesario y la palabra fea no aparece.

Y no es que él no tenga energía suficiente para dar relieve á los hechos y personajes que describe; nada de eso. La Sidonia del *Fromont joven* es el tipo de adúltera más acabado que puede presentar la literatura moderna; nada más banal que el duque de Mora del *Nabab;* nada más sencillamente ridículo que el d'Argenton de *Jack;* nada tampoco más sombrío que la Mme. d'Autheman, la fanática sectaria de *La Evangelista*. En la paleta de Daudet se encuentran todos los colores, desde el más risueño al más oscuro, pero emplea unos y otros á la vez, sin hacer exclusivo gasto de uno de ellos. El naturalismo, volviendo por los fueros de la verdad, desconocida por las exageraciones románticas, pone á discusión el hombre tal como es, con sus nervios y sus músculos, con sus vicios y sus virtudes, con sus defectos y sus cualidades; estudia el medio en que se mueve para deducir de aquí la influencia que sobre él ejerce este medio, y no cargarle en cuenta culpas que no sean suyas; pero en la disección detenida que se hace del organismo humano, un detalle escapa al escalpelo, y ese detalle es algo que no puede acusarlo la observación, porque no está en los nervios ni en los músculos. Por eso en las novelas naturalistas en que todo es fatal, en que todo está previsto de antemano, el público indiferente echa de menos una cosa: precisamente el lado bonito de las novelas de Daudet; el vaso de agua que, calmando su sed en los momentos más penosos, le da fuerzas y aliento para proseguir la jornada; un pequeño rincón del mundo en que el hombre no se siente inclinado forzosamente al mal, en que los seres humanos pueden ser buenos y felices; cifra simbólica de una aspiración al bien que existe en todas las almas.

De aquí que, examinado en conjunto, el mundo de Daudet parezca más verdadero que el de Zola, y en general, el del naturalismo. Quizá sea menos científico, pero de seguro es más posible. La familia Joyeuse, la familia Delobelle, la familia de los Loric-Dufresne, consideradas cada una en la novela de que forman parte, pueden ser un defecto, una contradicción; reunidas todas ellas dan á la acción en que figuran un sello de verdad indiscutible, porque sin ellas la pintura de la humanidad no sería completa. Alguien ha dicho, hablando de *Pot-Bouille,* que la casa de Mr. Duveyrier es un lupanar, un hospital y un

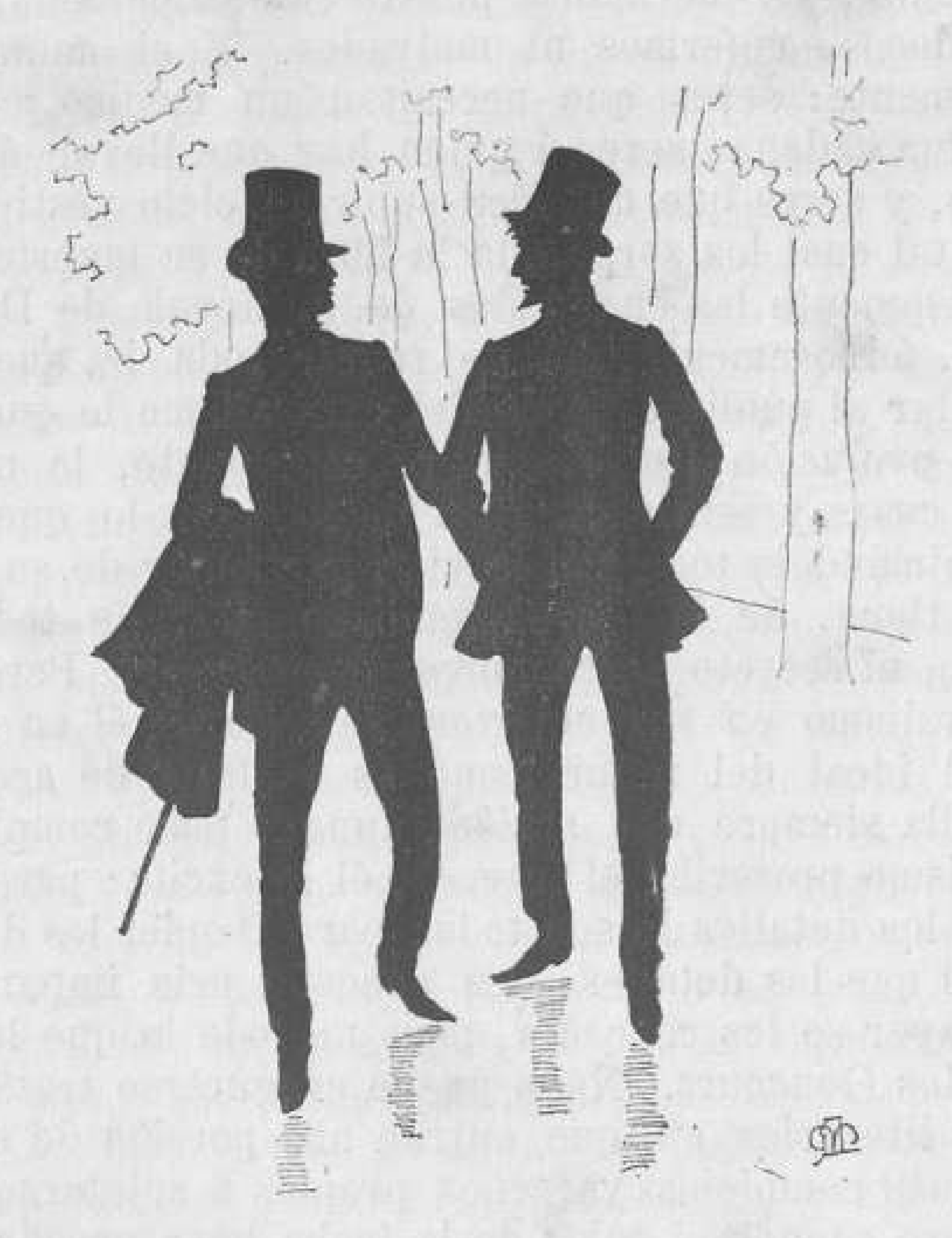
presidio suelto; si Daudet hubiera tratado ese asunto, la casa famosa sería una casa habitada por gente de todas condiciones, porque habría puesto en ella personajes que no fueran locos, enfermos ni malvados. Y el mundo es eso precisamente: seres que necesitan un médico y seres que piden una cadena; seres á quien hay que llevar á un manicomio, y seres que merecen subir al cielo vestidos y calzados, tal cual los sorprenda la hora de su muerte.

Precisamente las cualidades de la novela de Daudet son las que, forzosamente, ha de reunir toda la que aspire á conquistar al público. Tiene del naturalismo lo que quedará de esta evolución literaria: el procedimiento, la manera de ver las cosas y sentirlas, para luego decir lo que ha sentido, animándolo todo con la vida particular de su temperamento; tiene, de las leyes fundamentales de todo género literario, el secreto de conmover é interesar. Pero si sigue al naturalismo en sus aciertos, se aleja de él en sus errores. El ideal del naturalismo es la falta de acción, y él desarrolla siempre una acción, aunque poco complicada; el naturalismo proscribe el interés, él lo excita; para el naturalismo los detalles lo son todo; para Daudet los detalles no son más que los detalles; les concede más importancia de la que ayer se les concedía, pero no toda la que le otorgan Zola y los Goncourt. Nada puede asegurarse tratándose de géneros literarios en que entran una porción de elementos á cual más complejos y menos propios á sujetarse á reglas fijas; pero cuando el calor de la lucha haya pasado, cuando las exigencias disminuyan y la exageración no entre para nada en el mérito ó demérito de una obra, es muy posible que la novela que quede victoriosa del combate hoy emprendido se parezca más á la novela de Daudet que á la de Zola. La personalidad del autor de *Pot-Bouille* será siempre más grande que la del autor del *Fromont joven;* pero la obra de éste será más duradera que la de aquél, no porque sea mejor, sino porque es más humana.

. . . .

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

EMBRIAGUEZ AMOROSA

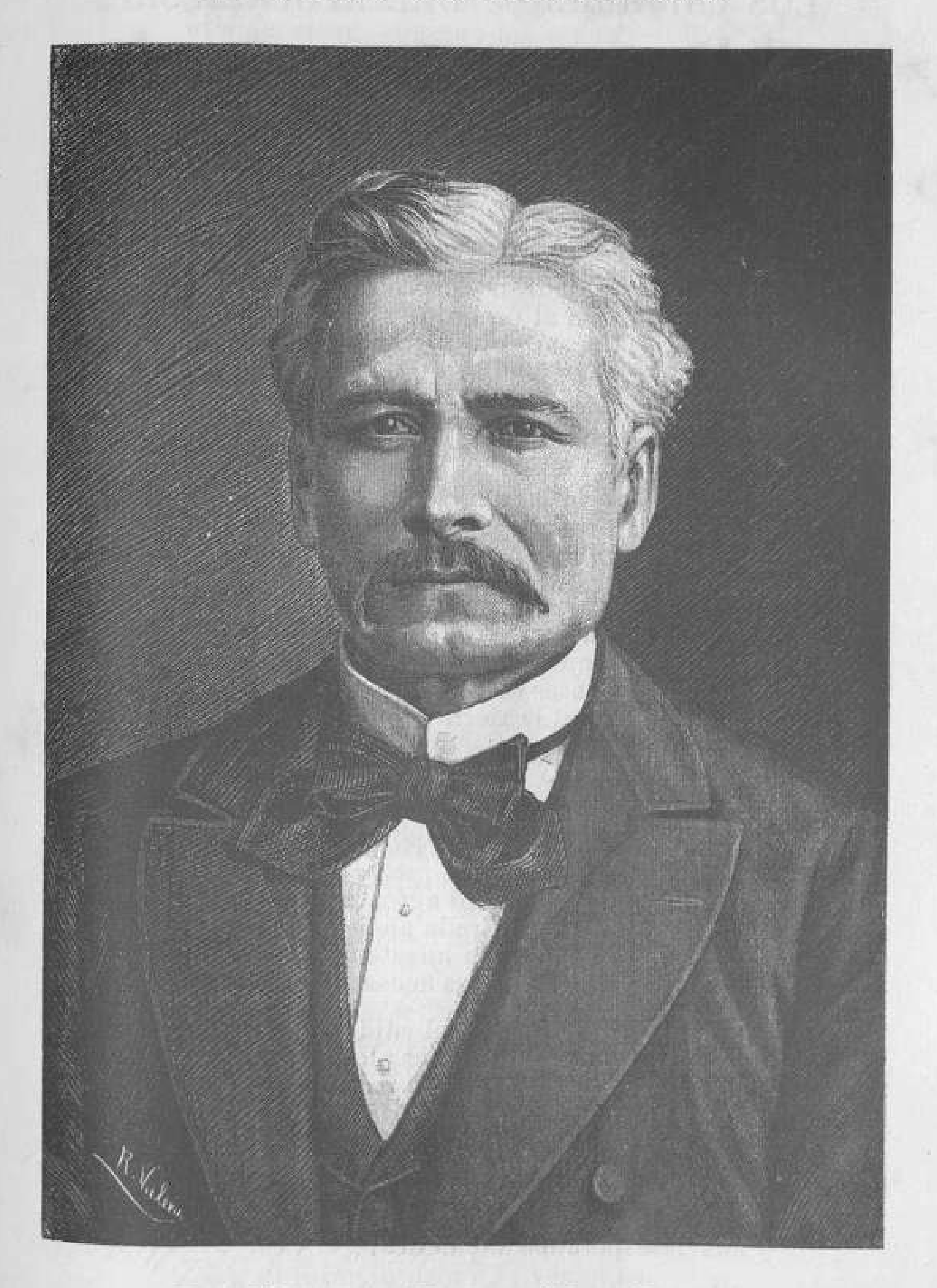


—¿Conque aún sigues con Esther?
—Ya sé que no es una santa;
pero, chico, ¿qué he de hacer
si me embriaga esa mujer?
—Pues, hombre, *¡no tomes tanta!*

EPIGRAMA

El arrojo y la osadía
ponderando de un torero,
su mujer me dijo un día
con entusiasmo sincero:
—Su intrepidez se comprende
y se explica su valor;
¡como que Paco desciende
del mismo *Cid Capeador!*

NUESTROS COLABORADORES



D. Numa Pompilio Llona

EMINENTE POETA ECUATORIANO

LOS CABALLEROS DEL APOCALIPSIS

(Cuadro de Mr. Cluysenaar)

Á DON JOSÉ MARÍA SAMPER

Ciegos huyen en rápida carrera;
y, de terror en hondo paroxismo,
en confuso escuadrón y espesa hilera,
derechos corren al profundo abismo:

Por largas horas, en combate crudo,
á invencible falange resistieron;
mas, arrojando al fin lanza y escudo,
la rauda grupa del corcel volvieron:

Pálidos, polvorosos, jadëantes,
tendidos con espanto en los arzones,
cual lívidos fantasmas anhelantes
aguijan sin descanso sus bridones;

Toscos soldados, fieros capitanes,
revueltos huyen como indócil horda,
y de sus voladores alazanes
el sonante tropel la tierra asorda;

Por la llanura y la infecunda arena,
por fragosas pendientes y peñascos,
cual sordo trueno á la distancia suena
el rudo golpe de los férreos cascos;

El horizonte y soledad agreste
devora ardiente su mirada ansiosa,
y cerca ya la vencedora hueste
les parece sentir, que les acosa;

Y sentir les parece ya el rüido
del contrario bridón que les alcanza,
y en su espalda su ardiente resoplido,
y entre sus carnes la punzante lanza!...

Por entre el polvo, á la menguante lumbre,
la expresión de los hórridos afanes
se ve de la apiñada muchedumbre,
y sus desesperados ademanes!

El uno, allá en el fondo, al firmamento
dirige inenarrable una mirada,
y alza en su mano trémula, sangriento,
el trozo inútil de su rota espada!

Crujiendo el otro de furor los dientes,
de su fuga en los ímpetus veloces
ambos brazos abiertos é impotentes
al cielo eleva, con airadas voces!

Y ayes, imprecaciones y gemidos
por el rigor lanzando de los Hados,
todos por fuerza incógnita impelidos,
todos en confusión atropellados,

¡Allá van! cual ondeante se arrebata
furibunda corriente estruendorosa,
y, cual rauda viviente catarata
van á hundirse en la sima pavorosa!

¡Horror! ¡horror!!... de todos el primero,
cuando aun el brío del corcel irrita,
desde el borde del gran despeñadero
ya al abismo sin fin se precipita;

Quiere el bruto cejar; mas, acosado
por el recio talón ó aguda espuela
ciego ya de dolor, desatentado,
sobre el vacío despeñado vuela;

En lo alto, las pupilas dilatadas,
de hórrido espanto las narices hincha,
y convulso, y las crines erizadas,
con alarido fúnebre relincha...

Y el jinete el escuálido semblante
entre sus brazos con horror oculta,
y, de angustia infinita palpitante,
en el profundo abismo se sepulta!...—

¡Pintor sombrío! en la visión siniestra
que en el lienzo fijó tu osada mano,
la fantasía sin cesar me muestra
la triste imagen del destino humano!

De la vida en la lid, el hombre agota
todo el vigor de sus robustos años;
mas cede al fin ante la hueste ignota
de Dolores y adustos Desengaños;

Y, estremecido de su gran miseria,
el ser,—sobreponiéndose al espanto
del bruto vil de la soez materia
y á su propio terror y su quebranto,—

Por el furor injusto ó la venganza
acosado, sin tregua, de la Suerte,—
dando un adiós eterno á la esperanza...
se arroja en el abismo de la muerte!

NUMA POMPILIO LLONA.

SOL Y ALAMBRES



A PRISA, aprisa, Apolo, fustiga esos caballos!—¡Diantre contigo!—Mira que se nos va el tiempo sin sentir, y no quiero que se diga nunca que el Sol es un faltón y un informalote. Pues, señor, no me llega el disco al cuerpo; tengo más miedo que si me fuera á sobrevenir algún eclipse... Esa Luna, mi mujer, es muy capaz, en sus celos, de entrar en Acuario, como lo anuncia en el almanaque, la víspera de San Isidro.—¡Y yo que he prometido al Santo asistir á la romería, y dorarle el horizonte y darle un limpión al cielo para que esté muy azul!—Es preciso tomar á mi mujer la delantera, porque sino voy á hacer un pan como unas hostias. ¿De dónde sacará mi costilla que yo ando enamoricado de la Tierra? ¡Que la alumbro! ¡Pues claro, como que si no, lo pasaría á oscuras! No sé yo que sea infidelidad el cumplir uno con su deber.—Cierto que me gusta la Tierra, y que me entusiasma la orgía de tonos que ofrece desde aquí arriba, con sus ríos de cristal, sus vegas de esmeralda, sus frondas de oro oscuro, sus flores de colorines, sus bosques verdes y sus montañas azules; pero es una admiración de artista la que le profeso... En la Tierra hay vida y alegría y eso no lo ve mi mujer, que es una romántica trasnochada, muy metida en que sólo ha de brillar por la noche, porque se le antoja más poético. ¡Cosas de mujeres!...

—¡Atiza!... ¡Vaya una parada en firme!... ¡No sé cómo no hemos volcado!... ¡Eh, Apolo!... ¿Qué es eso? ¿Sabes que te portas casi peor que tu chico Faetón?... ¿Qué ha sucedido?...

—Que se me ha asombrado la cuádriga...

—Pero, por vida de Proserpina, ¿qué es ello, mal simón?

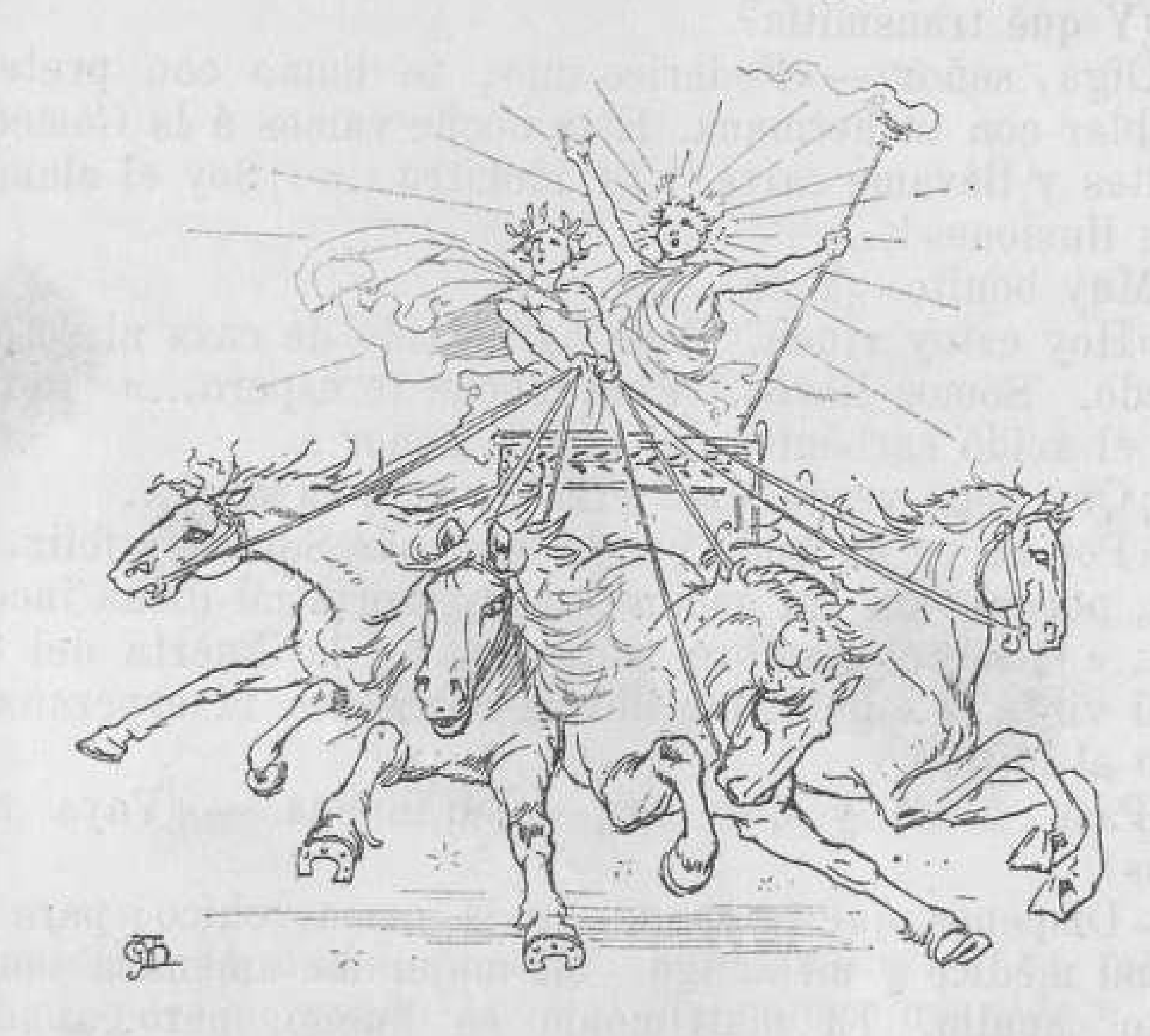
—Asómese usía, y lo verá...

—¡Calle... pues si estamos ya en Madrid, y en la Puerta de mi nombre!

—Sí que estamos; pero no podemos pasar con la carroza. ¿Cómo vamos á atravesar esa red de alambres que cruza la Puerta de usía de banda á banda?... ¿Para qué habrán puesto eso?

—¡Qué sé yo!... ¡Mal eclipse me oculte, si entiendo qué significan tales hilos!... Esto debe ser obra de la Luna, de mi mujer, para detenerme.

—Mire usía, toque ese alambre... ¡Quieto, caballo!...



Está humedo, y la humedad es amarga, como de lágrimas...

—Tienes razón, voto á Jove... Por este hilo que me roza la cara, se siente como la caricia de un aura suave; cualquiera creería que es algún suspiro que va de viaje...

—¡Es particular!

—No, pues á mí nadie me viene con roncas, y en mis propiedades nadie manda... ¡Eh, alambres! ¿Qué hacéis ahí quitándole vista al cielo?... ¿No tenéis lengua?... Pues ya veréis... Apolo... ¡tráete un rayo de los de canícula, del baúl... ¡Voy á fundir á esta gentuza!... Yo tendré las riendas mientras...

—¡Piedad, señor, no nos queme su excelencia las entrañas!... Hablaremos, aunque nos está prohibido.

—¡Hola, hola!... Ya me lo sabía yo; con el Sol no se juega. ¿Qué hacéis por los tejados?

—Transmitir palabras, señor; comunicar á la gente para que se hable desde lejos...

—¡Mal bólido!... ¡Vaya una invención; el demonio son los hombres!... ¿De modo que yo puedo hablar desde aquí con Neptuno, el del Salón del Prado?

—Exacto...

—¿Y qué transmitís?

—Oiga, señor:—«Federico mío; te llamo con pretexto de hablar con tu hermana. Esta noche vamos á la Comedia; no faltes y llévame carta. Te idolatro...» ¡Soy el alambre de las ilusiones!...

—Muy bonito. ¿Y tú?

—«Hoy estoy viuda. Pepe ha partido de caza al soto de Robledo. Somos libres. Esta noche te espero...» Por mí corre el ácido carbónico del hogar, señor...

—¡Qué poca vergüenza! ¡Lástima de rayazo!...

—«Por fin es mi boda por la mañana. Soy muy feliz. No faltes, porque sin mi mejor amiga, sería mi dicha incompleta...» ¡Soy el alambre más rico de la Puerta del Sol. En mí vibra la felicidad y llevo en mi seno la esperanza... ¡Paso al idilio!

—Pase usted y que sea enhorabuena.—¡Vaya unos humos!

—«Dispensa que te saque de la cama, chico; para eso eres mi médico y mi amigo. Mi mujer me amenaza con el cuarto capullo. El matrimonio es bueno, pero... no te cases. ¡Vén pronto, que la cosa apura...» ¡El hilo de la prosa!...

—Já, já, já... ¡qué chusco es todo esto, Apolo!...—Hombre, yo no creí que en esta Tierra tan hermosa andaban las cosas tan revueltas. Las ilusiones se cruzan con los desengaños; lo pequeño se atraviesa con lo grande; por el alambre de arriba va la realidad, y por el de abajo la poesía. ¡Qué jaleo!—Arrea, arrea, Apolo.—Vámonos un poco más allá... Ahí parece que se pegan los hilos... ¡Eh! —¿Por qué andáis á la greña?...

—Porque todos quieren ser los primeros, y sólo yo merezco la primacía. Yo soy el alambre más español y

comunico á una dama la colocación de un recomendado... ¡Yo anuncio el triunfo de Friné!...

—Alambre, váyase usted á paseo y no sea indiscreto.

—¡Soy el hilo del gran mundo! Oiga su excelencia. «¿Ha llegado de París el *milord* que me has prometido? Mándale á la pobre de mi madre mil reales que la hacen falta. Adiós, marquesito mío.»

—A los pies de usted, señora Venus... ¡Vaya usted con Jove, alambre celestino.

—Yo soy el hilo del sarcasmo. «Lo siento; comprendo



la situación de usted, cesante, con familia, y su esposa enferma; pero no puedo darle el dinero que me pide.»

—¡Habrá tenido que comprar otro coche á Citerea!

—«Tampoco puedo hoy pagarle la cuenta. Con las cuarenta horas, la rifa y la junta del Asilo no he tenido tiempo de revisar la factura.»

—«Que sea enhorabuena por el ascenso.» ¡Yo transmito la felicidad!

—«Mi mujer acaba de morir, querido tío. Véngase en seguida.» Yo llevo la desdicha.

—No quiero oir más, Apolo; se me está revolviendo la bilis. Vaya una ensalada de contrastes; vaya una mescolanza de miserias y noblezas, de cinismos é hipocresías, de venturas y penas.

Oye, Apolo, sigue con el carro á Poniente, y no te olvides de decirle á Eolo, en cuanto llegues á la sierra de Guadarrama, que suelte á su hijo mayor el viento Norte, para que no me deje un celaje en el horizonte hasta que pase el día de San Isidro. Yo me voy á patita hacia la torre frontera á la calle Mayor, donde van á parar todos estos hilos. Hasta luego...

Servidor de ustedes... ¡Sí, señor!... Deseo que me pongan en comunicación con la ermita de San Isidro del Campo. ¡Ya me sospechaba yo que andaba en el ajo la electricidad!... Arriba tenemos mucho fluido de ese... Yo mismo poseo una rentita regular... ¡Muchas gracias!...

Soy el Sol, señor Santo. Acabo de llegar á la Tierra, y aun cuando la Luna se anuncia en Acuario, duerma usía tranquilo. Aquí estoy yo, y no me marcho hasta que pase la fiesta... hasta que pase la fiesta—¿oye usía bien?—Le respondo que el día de su celebración lo será de calma y sereno... estoy dispuesto á sorberme cuantas nubes se me quieran subir á los rayos.

Alfonso Pérez Nieva.

Madrid.

Á MYRIAM

Que jamás el olvido y los dolores
llenen tu corazón de su veneno,
ni el áspid de la duda entre tu seno
marchite nunca las lozanas flores.

Que del rencor los lívidos fulgores
jamás empañen tu mirar sereno;
que el infortunio y el escarnio ajeno
aliviados se sientan cuando llores.

Levanta al pecador en su caída,
conduce al débil por tu propia senda,
haz el fecundo bien, la injuria olvida;

Arranca del error la oscura venda
y esparce claridades en la vida
como el hada gentil de la leyenda!

Leopoldo Díaz.

Buenos Aires, 1889.

EL NUMISMÁTICO Y EL BOHEMIO



—¿Conque es de Carlos tercero
este duro?
—¡A no dudar!
Utrumque unum: ejemplar
que abunda poco, Severo.
Se lo compré sin reparos
á un actor, lleno de apuros.
¡Como es tan raro!...
—Los duros
han sido siempre muy raros.

EPIGRAMA

Envié una *Historia Moderna*
á cierto encuadernador,
y tal dura su labor
que amenaza ser eterna.
Con conducta tan ambigua,
si vuelvo la *Historia* á ver,
cuando llegue á mi poder
me va á resultar *Antigua*.

PRIMAVERAL

Á ALFREDO IRARRÁZABAL Z.



Mes de rosas. Van mis rimas
en ronda á la vasta selva,
á recoger miel y aromas
en las flores entreabiertas.
Amada, vén. El gran bosque
es nuestro templo: allí ondea
y flota un santo perfume
de amor. El pájaro vuela
de un árbol á otro y saluda
la frente rosada y bella
como á un alba; y las encinas
robustas, altas, soberbias,
cuando tú pasas agitan
sus hojas verdes y trémulas,
y enarcan sus ramas como
para que pase una reina.
¡Oh amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

Mira en tus ojos, los míos;
da al viento la cabellera,
y que bañe el sol ese oro
de luz salvaje y espléndida.
Dame, que aprieten mis manos
las tuyas de rosa y seda,
y ríe, y muestren tus labios
su púrpura húmeda y fresca.
Yo voy á decirte rimas,
tú vas á escuchar risueña;
si acaso algún ruiseñor
viniese á pararse cerca,
y á contar alguna historia
de ninfas, rosas ó estrellas,
tú no oirás notas ni trinos,
sino, enamorada y regia,
escucharás mis canciones
fija en mis labios que tiemblan:
¡Oh amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

Allá hay una clara fuente
que brota de una caverna,
donde se bañan desnudas
las blancas ninfas que juegan.
Ríen al son de la espuma,
hienden la linfa serena;
entre polvo cristalino
esponjan sus cabelleras,
y saben himnos de amores
en hermosa lengua griega
que en glorioso tiempo antiguo
Pan inventó en las florestas.
Amada, pondré en mis rimas
la palabra más soberbia
de las frases de los versos
de los himnos de esa lengua;
y te diré esa palabra
empapada en miel hiblea...
¡Oh amada mía! en el dulce
tiempo de la primavera.

Van en sus grupos vibrantes
revolando las abejas
como un áureo torbellino
que la blanca luz alegra;
y sobre el agua sonora
pasan radiantes, ligeras,
con sus alas cristalinas
las irisadas libélulas.
Oye, canta la cigarra
porque ama al sol, que en la selva
su polvo de oro tamiza
entre las hojas espesas.
Su aliento nos da en un soplo
fecundo la madre tierra,
con el alma de los cálices
y el aroma de las hierbas.

¿Ves aquel nido? Hay un ave.
Son dos: el macho y la hembra.
Ella tiene el buche blanco,
él tiene las plumas negras.
En la garganta el gorjeo,
las alas blandas y trémulas.
¡Y los picos que se chocan
como labios que se besan!
El nido es cántico. ¡El ave
incuba el trino, oh poetas!
de la lira universal
el ave pulsa una cuerda.
¡Bendito el calor sagrado
que hizo reventar las yemas

¡oh amada mía! en el dulce
tiempo de la primavera!...

Mi dulce musa Delicia
me trajo un ánfora griega
cincelada en alabastro,
de vino de Naxos llena:
y una hermosa copa de oro,
la base henchida de perlas,
para que bebiese el vino
que es propicio á los poetas.
En la ánfora está Diana,
real, orgullosa y esbelta,
con su desnudez divina
y en su actitud cinegética.
Y en la copa luminosa
está Venus Citerea
tendida cerca de Adonis,
que sus caricias desdeña.
No quiero el vino de Naxos
ni ánfora de ansas bellas,
ni la copa donde Cipria
al gallardo Adonis ruega.
Quiero beber el amor
sólo en tu boca bermeja,
¡oh amada mía! en el dulce
tiempo de la primavera.

RUBEN DARIO.

Santiago de Chile.



DEBILIDADES HUMANAS

Pongámosle á debilidad por hombre y al cincuenta por ciento añadámosle á razón de diez debilidades por barba. En seguida agreguemos que cada mujer es una debilidad de los pies á la cabeza, que por algo se le califica de sexo débil, y tendremos, en suma, que el mundo es una gran debilidad de su autor.

¿Y la variedad y extravagancia de las debilidades humanas? Conozco un hombre bueno, sano, justo y honesto, por lo menos en la apariencia, aun cuando de esta última no respondo.

Ese hombre, *tranquilo en paz vivía sin saber lo que era* la Bolsa. Un día le encalabrina un corredor de esos que para sus clientes hacen lo que Cristo en las bodas de Canaán, del agua clara rico vino tinto, y vende tres casitas techo de azotea, con maderas duras, en sitio céntrico con tranvía á la puerta; vende también á vil precio las máquinas de hacer barquillos y helados ambulantes y se presenta en la Bolsa dispuesto á operar y ser operado.

Al tercer día se encontró como el pez en el agua en aquel mundo bursátil tan lleno de terremotos, de inundaciones y de cataclismos económicos.

Era cosa de alquilar balcones para oirle hablar de títulos, cotizaciones, alzas, bajas, pases y agios.

—Compre, amigo, compre acciones del «Banco de la Paciencia.» Yo le *garanto* que se levanta usted cien mil *nacionales,* me dice con aire convencido.

—¿De dónde los voy á levantar? ¿Del suelo?

—Haga lo que le digo: mire—á esto baja la voz, me agarra de la solapa, me mete la nariz en la oreja y zamarreándome de lo lindo, me dice con voz sofocada, entre candentes resoplidos,—mire, de muy buena fuente, sé yo, solamente yo, que esos títulos se van á las nubes. Siga mi consejo, compre cien mil, á fin de mes, á cualquier precio y se hace usted una fortuna volando.

—¡Ay, amiguito! le digo conteniendo sus ímpetus; para volar se necesita ser pájaro.

—Usted no me cree y le va á pesar. Yo he dado orden

á mi corredor (las dos palabras *mi corredor* las pronuncia ahuecando la voz) de que me compre cuatrocientas mil, mitad para el sábado y el resto para el 31. Es indudable; usted comprende que yo no soy ningún nene que me chupo el dedo: cuando yo hago esa operación estaré bien informado. Esta vez me redondeo. No siempre ha de ser perder, usted comprende...

—Entonces, ¿usted perdió antes?

—Pero es claro, amigo. Uno no nace enseñado: siempre el aprendizaje cuesta; pero yo puedo asegurarle que ahora me río de todos esos que se las echan de vivos y de bolsistas. *¡Trompetas*, mi amigo, *trompetas!* En cuanto cierre esa operación me voy á Europa á dar un paseíto. Quiero ver París, gozar de aquellos furiosos cancanes de *Maraville* (el pobre diablo llamaba así á *Mabille)*. Vaya viendo si tiene algún encargo que hacerme para su tierra.

—Hombre, sí: le daré una carta para el Papamoscas de Burgos.

—¡Las dos! exclama, sacando el reloj de níckel; perdone, amigo, pero voy á la segunda rueda.

Y sale el bueno del barquillero bolsista corriendo como potrillo, atropellando á todo el mundo para llegar á tiempo de dar una vuelta á la *segunda rueda* del molino de su estulticia.

¿Y qué creen ustedes que sucedió?

Pues muy sencillo: las acciones del Banco de la Paciencia en vez de irse á las nubes se fueron á los aljibes y se dieron un baño; es decir, que se convirtieron en papeles mojados. El corredor denunció á su comitente, que sólo pudo pagar, de lo que debía por diferencias, un modesto tres por ciento, si bien es verdad que de lo recibido por las tres casitas y las heladeras no le quedó ni un mísero centavo. ¡Sólo el recuerdo!

Pues todavía este hombre, debilidad y media, me hablaba del asunto cuatro días después del *maremoto* bursátil en estos términos:

—¡Qué quiere, mi amigo! así son las cosas. Yo adiviné el derrumbe de esos títulos, porque usted comprende que yo conozco la Bolsa como mis dedos. Le dije á mi corredor (todavía le llamaba suyo), ¡venda! ¡venda! pero no me oyó con la gritería de la rueda y cuando quise recordar ya me había clavado.

—Usted me avisará, le dije con toda seriedad, cuando quiera que le escriba la carta aquella...

—¿Cuál? el bolsista me miró con interés. ¿Carta de crédito?

—No, la carta para el Papamoscas.

—¡Ah! El año que viene. Me he de levantar muy pronto.

—Sí, sí: al que madruga Dios le ayuda.

La debilidad le sirve de consuelo.

ENRIQUE ORTEGA.

Junio, 1888.

CAÍN

SONETO

Lívido el rostro, inquieta la mirada,
entre el miedo y la cólera luchando,
quedóse el fratricida, contemplando
la víctima á sus plantas inmolada.

Tendió al cielo después la diestra armada,
y en un grito su angustia condensando,
acercándose á Abel, besó temblando
la tierra por su crimen profanada.

Sobre el valle cayó la noche oscura,
y oyendo al eco repetir el grito
que infamia y pena y destrucción augura,

dijo Caín con risa de precito:
—Si comienza ultrajando la natura,
¿dónde tendrá su límite el delito?

MANUEL DEL PALACIO.

EPIGRAMA

—¿Conque Andrés ¡qué atrocidad!
se pegó un tiro?
—Es verdad;
¡consecuencias del amor!
—Pero, ¿ha muerto?
—No, señor;
se suicidó la mitad.

UN CHASCO



—Al cuarto de mi mujer
asciende ya por la escala...
—Pues voy á enviarle una bala.
—¡No tires! ¿qué vas á hacer?
—¡Matar al ladrón!
—Prefiero
divertirme con su fiasco;
¡no va á llevarse mal chasco
al ver que allí no hay dinero!

EPIGRAMA

Dije ayer á Juan Morales:
—¿Conque esa es tu cara esposa?
y me contestó en voz baja:
—¡Hombre, no! la *cara* es otra.

CELEBRIDADES ARTÍSTICAS



Emma Nevada

EMMA NEVADA

Emma Nevada, el *ruiseñor de California*, como la llaman sus admiradores, nació en Elpha (California, Estados Unidos), y es hija del doctor Vixom, de Nueva York.

La vez primera que se exhibió en un concierto público, en Virginia, sólo tenía tres años. De pie sobre una mesa, en medio de un estrado decorado con el pabellón norteamericano, la precoz artista cantó una linda balada popular con afinación, gracia y estilo tan sorprendente, que, según la frase de un periódico neoyorkino «hizo furor»; y como entonces era costumbre en los Estados Unidos arrojar monedas á los artistas en señal de aplauso y satisfacción, en pocos momentos la cantante en miniatura tenía una mano llena de *dollars*, tan llena que, viéndose en grandes apuros para recogerlos todos, tuvo la ocurrencia de quitarse con la otra uno de sus diminutos zapatitos, el cual llenaba gravemente de monedas. Tal fué el primer éxito de Emma Nevada.

Sin más dilación, observadas sus felices disposiciones para el cultivo del arte, ingresó en el colegio Hills, de Nueva York, y de allí salió para Europa á proseguir sus estudios musicales; mas el doctor Ebele, que había aceptado gustoso la misión de acompañarla á Berlín con algunas de sus amigas, ávidas de iniciarse en el estudio del arte, falleció en la travesía, y las animosas jóvenes encontráronse abandonadas al desembarcar en Hamburgo.

Acordóse una de ellas que tenía cartas de recomendación para el célebre doctor Erlich, de Berlín, y partieron todas hacia la capital de Prusia. Pocos días más tarde, el celebrado y muy conocido crítico musical Erlich, impresionado por las extraordinarias facultades de Emma Nevada, envióla á Viena con recomendación entusiasta para la señora Marchessi, la cual, retirada ya de la carrera de la escena, dirigía en aquella capital una acreditada escuela de canto, de la que han salido excelentes artistas que hoy ganan brillantes lauros en los primeros teatros líricos de Europa.

Nuestra biografiada, á los dos años de estudio bajo la dirección de la señora Marchessi, obtuvo una escritura para *debutar* en el teatro de la Opera italiana, de Berlín; pero

víctima de grave dolencia, contraída por exceso de trabajo, marchó á Italia, obedeciendo á prescripción facultiva, para restablecer su salud. Conoció en Milán al famoso empresario coronel Mapleson, entonces director del *Her Magesty Theatre*, de Londres, que reclutaba artistas para sus campañas de ópera, y escrituró á la joven Nevada, y la presentó al público londonense desde el principio de la temporada.

Más tarde se presentó en la Scala de Milán, donde interpretó veinte noches la parte de *Amina* en la *Sonámbula*, una de sus óperas favoritas, y la reina Margarita de Saboya, que asistió á la representación, volvió á oirla otras dos noches en la misma ópera, favor que no había otorgado, según se dijo entonces, á ninguna cantante por celebrada que fuese. Luego pasó al teatro de la Ópera Cómica de París, donde cantó *Mignon* por espacio de tres meses, y la *Perla del Brasil*, ópera que el director del infortunado coliseo, Carvalho, hizo repetir expresamente para la joven *diva*, quien obtuvo en ella una serie de nuevos y entusiastas triunfos. Marchó después á Inglaterra, y cantó en el gran festival de Norwich, en el teatro Coven-Garden, alternando en las representaciones con Adelina Patti, y en los salones de Malboroug-House, residencia de los príncipes de Gales. Poco después, aceptando brillantísimas proposiciones de un empresario norteamericano, regresó á los Estados Unidos, su patria, y dió setenta y tres conciertos y representaciones en larga y productiva *tournée* por las principales poblaciones de la América del Norte.

Ultimamente ha cantado en el teatro de San Carlos, de Lisboa; en el *New Majesty-Theatre*, de Londres, y en la Scala de Milán, donde fué escriturada por la empresa del teatro Real de Madrid, en cuya escena, lo mismo que en la del Teatro Principal de Barcelona, donde cantó después, ha sido objeto de entusiastas y clamorosos aplausos.

Todos los aficionados al divino arte, que han tenido la fortuna de oirla, han hecho unánimes esta afirmación: Emma Nevada, por sus condiciones y extraordinarias aptitudes, está llamada á ser la digna sucesora de la Patti y la Nilson: para ello cuenta con notables facultades vocales, con un ardor artístico de primer orden y con el conocimiento del estilo que requiere la escuela del *bel canto* para distinguirse de las que no han tenido la suerte de nacer predestinadas para la gloria.—F. PEDRELL.